

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta con motivo del Día de la Iglesia Diocesana 1367
- Decreto 1370

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1372
- Defunciones 1373

Conferencia Episcopal Española

- El sacerdote Antonio Gómez Cantero, nuevo obispo de Teruel y Albarracín 1375
- Discurso del presidente de la Conferencia Episcopal Española y arzobispo de Valladolid, cardenal Ricardo Blázquez, en la sesión inaugural de la 108ª Asamblea Plenaria de la CEE 1377
- Saludo del Nuncio Apostólico en España, S.E.R. Mons. Renzo Fratini 1389
- Saludo del Cardenal Ricardo Blázquez a SS.MM. Los Reyes de España en su visita a la Asamblea Plenaria 1393
- Carta del cardenal Blázquez al papa Francisco 1396

Iglesia Universal

- Consistorio Ordinario Público para la creación de nuevos cardenales 1397
- Santa Misa de clausura del Jubileo de la Misericordia 1401
- Carta Apostólica misericordia y paz 1405

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXIV - Núm. 2895 - D. Legal: M-5697-1958

SR. CARDENAL-ARZOBISPO
BULA PAPAL DEL NOMBRAMIENTO EN LATÍN,
DE CARDENAL OSORO

FRANCISCVS EPISCOPVS

SERVVS SERVORVM DEI

VENERABILI FRATRI *Carolo Osoro Sierra, Archiepiscopo Natiuensi,*

ELECTO SANCTAE ROMANAE ECCLESIAE CARDINALI, SALVTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM. CVM NOBIS SIT VISVM TE, VENERABILIS FRATER, CLARIS DOTIBVS ORNATVM DEQVE CATHOLICA ECCLESIA BENE MERITVM, IN PVPVATORVM PATRVN COLLEGIVM COOPTARE, HOC IN CONSISTORIO, APOSTOLICA NOSTRA POTESTATE TE CARDINALEM *Presbyterum* RENVNTIAMVS, CVM OMNIBVS IVRIBVS ET OFFICIIS CARDINALIVM TVI ORDINIS PROPRIIS, ASSIGNANTES TIBI INSIGNE HVIVS ALMAE VRBIS TEMPLVM

S. Mariae trans Tiberim,

CVIVS RECTORI, CLERO CETERISQVE OMNIBVS QVI EIDEM SVNT ADDICTI, PATERNE SVADEMVS, VT TE, CVM EIVS POSSESSIONEM CAPIES, LAETISSIMO ANIMO SVSCIPIAN AC PERAMANTER COLANT. CETERVM DVM SVMMO AFFICIMVR GAVDIO QVOD, IN CATHOLICAE ECCLESIAE SENATVM ALLECTVS, AD SVPREMA GERENDA NEGOTIA NOBIS ES AVXILIO ROMANAEQVE SEDI HONORI, BENIGNISSIMO DEO ENIXAS ADMOVEMVS PRECES VT SVIS TE CVMVLET DONIS, GRATIA ET OPE IVGITER CONFIRMET. DATVM ROMAE, APVD S. PETRVM, DIE VNDEVICESIMO MENSIS NOVEMBRIS, IN PERVIGILIO SOLLEMNITATIS DOMINI IESV CHRISTI, VNIVERSORVM REGIS, ANNO DOMINI BIS MILLESIMO SEXTO DECIMO, PONTIFICATVS NOSTRI QVARTO, IVBILABO MISERICORDIAE EXEVNTE.

Francisco

Marcos Ponselli, prosecretario.

BULA PAPAL DEL NOMBRAMIENTO EN CASTELLANO
DE CARDENAL OSORO

FRANCISCO OBISPO
SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS

AL VENERABLE HERMANO Carlos Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid,

ELEGIDO CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA. COMO HEMOS VISTO EN TI, VENERABLE HERMANO, QUE ESTÁS PROVISTO DE LÚCIDAS CUALIDADES Y ERES BENEMÉRITO EN LA IGLESIA CATÓLICA, CON NUESTRA POTESTAD APOSTÓLICA TE ELEGIMOS EN ESTE CONSISTORIO PARA EL COLEGIO DE LOS PADRES PURPURADOS Y TE CONSTITUI-
MOS CARDENAL PRESBITERO, CON TODOS LOS DERECHOS Y OBLIGACIONES PROPIOS DE LOS CARDENALES DE TU ORDEN, ASIGNÁNDOTE EL INSIGNE TEMPLO, DE ESTA SANTA CIUDAD, DE

Santa María Transtiberina,

Y A SU RECTOR, A SU CLERO Y A TODOS CUANTOS LE ESTÁN CONCERNIDOS, LES IMPULSAMOS PATERNALMENTE PARA QUE, CUANDO HAYAS TOMADO POSESIÓN, TE RECIBAN Y TE TRATEN SIEMPRE CON ESPÍRITU MUY GOZOSO. ADEMÁS, MIENTRAS NOS ALEGRAMOS MUCHO DE QUE HA Y AS SIDO INTRODUCIDO EN EL SENADO DE LA IGLESIA CATÓLICA PARA QUE NOS AUXILIES EN ADMINISTRAR LOS ASUNTOS DE ESTA SEDE HONORABLE ROMANA, ELEVAMOS A DIOS BONDADOSO NUESTRAS ORACIONES REITERADAS PARA QUE TE COLME DE SUS DONES Y, POR SU OBRA Y GRACIA, TE FORTALEZCA CONTINUAMENTE. DADO EN ROMA, JUNTO A SAN PEDRO, EN EL DÍA DIECINUEVE DEL MES DE NOVIEMBRE DEL AÑO DEL SEÑOR DOS MIL DIECISÉIS, CUARTO DE NUESTRO PONTIFICADO, EN LA VIGILIA DE LA SOLEMNIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO, AL CONCLUIR EL JUBILEO DE LA MISERICORDIA.

Francisco

Marcelo Rosetti, protonot. apost.

CARTAS

ATRÉVETE A DEJAR ENTRAR A CRISTO EN TU VIDA

(31 de octubre a 6 de noviembre)

Las fiestas de Todos los Santos y de los Difuntos que hemos celebrado nos recuerdan que solamente Dios nos hace intrépidos y valientes para afrontar todas las situaciones de la vida. Da plenitud a nuestra existencia, logrando que todas las dimensiones de nuestra vida se desarrollen y, por ello, la santidad, que es vivir en la comunión con quien es Santo. Solo Dios es Santo. La revelación de la santidad y de la plenitud del ser humano se nos regala en Jesucristo Dios y Hombre verdadero. Al experimentar y vivir sabiendo que nuestra vida alcanza plenitud y tiene sentido, que hay metas verdaderas, se hacen verdad aquellas palabras del apóstol san Pablo: "Si vivimos, vivimos para Dios y si morimos, morimos para Dios; en la vida y en la muerte somos de Dios".

Hemos tenido testigos de que estas fiestas, a las que os aludía al inicio, han sido vividas plenamente por hombres y mujeres de todos los tiempos. En nuestras propios familiares, amigos y conocidos nos hemos encontrado con personas que dieron importancia a la santidad y a vivir en comunión con Jesucristo, revelación del Santo de los Santos y muestra evidente del sentido pleno que tiene la vida humana

cuando se pone en manos de Dios, con la seguridad absoluta de que es de Él y Él la cuida y la lleva a las manos de quien salió.

¡Cómo no dar gracias a Dios celebrando estas fiestas que han sido vividas por personas concretas que han llenado nuestra vida de sentido! ¡Cómo no celebrar las fiestas de Todos los Santos y de los Difuntos! Al hacerlo manifestamos que creemos en la alegría del Evangelio. El Evangelio llena el corazón de los hombres y la vida entera de alegría. Jesucristo llena nuestra vida y le da sentido pleno. Él nos libera del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento, y nos lleva a la gracia, a la libertad, a la alegría plena, a acercarnos a todos los hombres en todas las situaciones en las que se encuentren. La alegría del Evangelio nunca descarta, siempre une, reconcilia, nos hace partícipes de la comunión que Dios quiere tener con todos los hombres.

Cuando celebramos la Santa Misa se nos regala una misión primera y fundamental, la recibimos en estos santos misterios que celebramos: es la misión de dar testimonio con nuestra vida de Cristo. Por eso, el asombro por el don que Dios ha hecho en Cristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, totalmente nuevo, cada vez que celebramos la Eucaristía. Un dinamismo que engendra la comunión con Jesucristo, nos compromete a ser testigos de su Amor. ¿Cuándo nos convertimos en testigos, en dadores de la santidad que el Señor nos da y en valientes testigos por saber que somos de Dios siempre? Cuando por nuestras acciones, palabras y modos de ser aparece ese Otro que es Cristo y se comunica a través de nosotros. Ese Otro se hace presente realmente en el misterio de la Eucaristía; entra en nuestra vida y no tenemos más remedio que dar de lo que recibimos, dar su rostro, dar su vida. Podemos decir que el testimonio es el medio por el cual la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitando a acoger libremente esta verdad radical. Jesús vino para dar testimonio de la verdad y quiere seguir mostrando esa verdad que es Él, que es su amor a través de nosotros sus discípulos. El testimonio hay que darlo hasta el don de sí mismo, hasta el martirio, que ha sido considerado en la Iglesia como la cumbre del nuevo culto espiritual: "Ofreced vuestros cuerpos" (Rm 12, 1). El cristiano que ofrece su vida en el martirio entra en plena comunión con la Pascua de Cristo y así se convierte con Él en Eucaristía.

¡Qué diferencia más abismal entre querer renovar el mundo con una ideología que es capaz de dar muerte al hermano, que es todo hombre, y la vida de Cristo que nos compromete a renovar el mundo, hasta dando la vida por quien nos la está quitando aparentemente y nos hace desaparecer de esta historia! Nunca tengamos

la tentación de renovar el mundo con la muerte, así el mundo cada vez es más viejo y menos habitable, estropeamos y destruimos lo creado, negamos la defensa ecológica. Renovemos el mundo con la Vida, que es Jesucristo. Tengamos la capacidad de amar incluso sufriendo por amor a la Verdad que es Cristo. Este es criterio de humanidad, de "humanismo verdadero" como decía san Pedro Poveda, quien dio su vida por Cristo. Dad este amor. Demos este amor.

1. Seamos conscientes de que todos pertenecemos a Dios y de que Dios ama a todos los hombres. ¡Qué fuerza tiene escuchar desde lo profundo del corazón lo que dice de Dios el libro de la Sabiduría!: "De todos tienes compasión, porque lo puedes todo [...]. Amas a todos los seres [...] todos, Señor, te pertenecen y amas todo lo que tiene vida [...]. Por eso, a los que pecan los corriges y reprendes poco a poco, y les haces reconocer sus faltas, para que apartándose del mal crean en ti, Señor". El cristiano vive y muere con la certeza de que Dios lo ama y, por ello, no antepone nada al amor de Cristo. Sabe que eligió la mejor parte y quiere vivir en comunión con Cristo, consciente de que es germen de vida fecunda y de que abre al mundo senderos de paz y de esperanza.

2. Solamente sabremos dar la vida si permanecemos en diálogo con el Señor y aprendemos a vivir de su bondad. Qué manifestación más gozosa la de san Pablo: "Oramos siempre por vosotros, pidiendo a Nuestro Dios que Dios que os tenga por dignos de haber sido llamados por él, y que cumpla con su poder todos vuestros buenos deseos y los trabajos que realizáis impulsados por la fe. De esta manera el nombre de Nuestro Señor Jesús será honrado por vuestra causa, y él os honrará conforme a la bondad de Nuestro Dios y del Señor Jesucristo". Permanezcamos en diálogo con el Señor. Pensemos como Él. Actuemos como Él, no nos dejemos asustar. La oración, el diálogo con el Señor, cambia la historia, cambia el corazón de los hombres.

3. Nunca apartemos a nadie de amor de Dios, todos están llamados a conocerlo y nosotros a darlo a conocer. Todos los hombres somos Zaqueo. Todos tenemos curiosidad por conocer a personas, situaciones, realidades, que parece que cambian la vida. Hoy más que nunca los hombres buscan sin cesar. Y a todos, el Señor, en algún momento de nuestra vida, llega y nos dice: "Baja, que hoy quiero quedarme en tu casa". ¿Estoy dispuesto a dejarlo entrar? La enfermedad más grande que ataca al ser humano hoy tiene unos síntomas muy claros: no saber quiénes somos, desaliento y desesperanza, falta de metas o ser vagabundo. Precisamente por ello, cada día los hombres tienen más necesidad de Dios. Un Dios que nos da

rostro verdadero, esperanza, salidas y metas. Hace falta que existan discípulos-misioneros que estén dispuestos a dar la vida por mostrar su rostro. Cuando entra el Señor en la vida de los hombres, todo cambia. Todo es nuevo. ¿Qué le pasó a Zaqueo? ¿Qué nos pasa a nosotros, los nuevos Zaqueos? La vida cambia, las relaciones cambian, decidimos que lo nuestro es para cosas importantes; tenemos rostro, tenemos esperanza, tenemos metas. De ahí la respuesta de Zaqueo y la nuestra también: "Voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes y si he robado algo a alguien, le devolveré cuatro veces más". Dar y no retener, repartir vida a todos y no hacer descartes, no robar la dignidad del hombre, respetar su imagen que es hechura de Dios, es lo nuestro. Esto es ser testigos. Y para ello hay que estar dispuesto hasta dar la propia vida.

Cuando nos dejamos conquistar el corazón como Zaqueo, escuchamos en lo más profundo de la existencia: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa", a este hombre, a nosotros, que somos casa de Dios, lugar donde Dios tiene que vivir para que pueda alcanzar la dignidad. Esto hay que hacerlo amando como Jesús.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Arzobispo de Madrid

RETRATOS DE MARÍA CAMBIARON LA HISTORIA: CONTÉMPLALOS

(7 al 13 de noviembre de 2016)

María fue la primera morada de Dios, a través de Ella Dios se hizo conocido para nosotros, tomó rostro humano y nos enseñó que en Él, "todo se hace nuevo". Todo es nuevo. ¡Qué fuerza transformadora tiene el ver con los ojos de Dios la realidad! Contemplad a María. Fijad en Ella la mirada, acogedla como el regalo más grande que se hizo a los hombres de parte de Dios. ¿Quién es esta mujer que cambió la historia, esta mujer a la que el Señor nos da como Madre? ¿Quién es Nuestra Madre? Os acerco tres retratos de Ella:

1. El retrato de su sí a Dios: con su sí logra que a esta historia entre la Belleza. La Belleza es Dios mismo. Es revelada por Jesucristo que nos dice quién es Dios y quién es el hombre. Es la Belleza que nos dice que solamente el ser humano se realiza plenamente y realiza a los demás en la entrega de sí mismo. Es la Belleza que se manifiesta en María con una entrega incondicional a Dios, no en beneficio propio, sino para dar vida a los demás. María es el ser humano que hizo posible que la Belleza verdadera tuviese rostro en esta tierra. Y puso y prestó su vida para esta

misión. Ella nos muestra a los hombres y mujeres que hacer un mundo distinto no es un sueño irrealizable, sino que es posible. Pero, como Ella misma dice, solo es posible para Dios. Por ello, hay que abrirse a la vida, a todas las realidades de la vida. Es imposible experimentar y entregar la Belleza si convertimos nuestra vida en una plaza en la que nos juntamos por grupos y decimos cada uno "yo soy bueno y esos otros son malos"; es imposible hacerlo cuando me encierro en el edificio de mi ideología por muy bonito que sea. La Belleza llega cuando hay corazones abiertos que trascienden, mentes abiertas que ven desde las atalayas más altas. Si pensamos diferente, ¿por qué no nos vamos a hablar? ¿Por qué nos vamos a tirar la piedra? ¿Por qué no darnos la mano para hacer el bien? Cuando María dijo sí, Dios mismo entró en este mundo tomando rostro humano, manifestándonos dónde está la plenitud y dónde está la dignidad de toda persona humana, que no es otra que ser imagen de Dios; una imagen que nadie puede romper o estropear. Todo hay que ponerlo al servicio del hombre y todos nos tenemos que poner al servicio de la persona.

Con María entró en el mundo el rostro de la esperanza, que no es lo mismo que el optimismo. La esperanza que entró llevó a cabo un proyecto y sacrificó la vida para llevarlo adelante sin matar a nadie. Fue Él quien sacrificó la vida para que el ser humano tuviese futuro. Porque comienza a existir esperanza cuando nadie está descartado. La cultura del descarte crea desesperanza. María nos trajo a quien crea la cultura del encuentro. Es Dios mismo quien inicia esta cultura: quiere encontrarse con todos los hombres y quiere que todos nos encontremos como hermanos, sin descartar a nadie. Todos: niños, jóvenes, familias, ancianos, enfermos, personas con capacidades diferentes... Todos son necesarios. Todos tienen cabida y protagonismo en este mundo. Es más, Jesucristo nos dijo: "Ahí tienes a tu Madre", entre otras cosas, porque sabía que su Madre era la promotora de la cultura del encuentro, pues a Él le dio morada para encontrarse con los hombres y para decirnos que somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

2. El retrato de su salida al camino: después de decir sí a Dios, María salió inmediatamente al camino atravesando, como nos dice el Evangelio, una región montañosa, es decir, no exenta de dificultades. En nuestro Plan Diocesano de Evangelización, Comunión y misión en el anuncio de la alegría del Evangelio, os estoy invitando a todos los cristianos a salir. Tenemos que hacerlo con obras y palabras. Hay que decir a la gente que nos encontremos por el camino, como hizo María nada más recibir la noticia de que iba ser Madre de Dios y a dar rostro humano a

Dios. Ella salió, pero salió a servir. Salgamos corriendo, como María, a prestar un servicio a los demás.

¡Cuántos niños necesitan experimentar que no quieren cosas, sino que quieren cariño, amor, entrega a sus vidas, que les revelen y hagan crecer en todas las dimensiones que tiene la vida, en la que está también la trascendente! ¡A cuántos jóvenes hay que hacerles ver que no sean viejos, que sueñen, que Cristo vive, que no nos quita libertad; al contrario, la da, nos hace libres; que Cristo no es una idea más de las muchas que hay! ¡Hay que hablar a los jóvenes con la Vida misma de Cristo! ¡Cristo cambia la vida! ¡Cristo cambia nuestras relaciones! ¡Cristo elimina egoísmos! ¡Cristo da juventud porque cambia el corazón y solamente lo pone en la dirección del prójimo! Y lo hace metiendo en nuestra vida su amor y su misericordia, un amor que no mata al otro, sino que le da Vida y horizontes, salidas reales para que llegue a tener lo que todo ser humano debe tener, el respeto absoluto a todos los derechos fundamentales que le corresponden. Hay que contar a los jóvenes que hay algo grande que merece la pena hacer presente en esta tierra. Salgamos pero sin buscar el maratón del éxito, pues si así lo hacemos es muy probable que excluyamos a alguien, en el sentido de aparcarlo, y que no existan lugares para seguir siendo y construyendo.

3. El retrato de su primer encuentro después de haber dicho sí: es muy importante tomar conciencia de lo que representa aquel gozoso encuentro de María con su prima Isabel. Es un encuentro que transparenta la alegría de la fe y que impregna todo de esa alegría. Cuando se acoge a Dios en nuestras vidas, formula y da una manera de vivir, con metas, dirección y resonancias que las perciben aquellos con quienes nos encontramos. Incluso el niño que aún no había nacido y estaba en el vientre de Isabel, "saltó de gozo", percibió con fuerza la presencia de Dios en María. E Isabel siente esa alegría de la presencia de Dios y lo manifiesta con aquellas palabras: "Dichosa tú que has creído que lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". María salió, caminó, se desinstaló, no se centró en Ella, se transformó en servidora de todos por amor a su Hijo. Alegría y servicio al prójimo van unidos. No hay verdadero servicio al prójimo sin la alegría de hacerlo, que siempre es provocadora de bienestar a los que nos encontramos. Y tampoco hay alegría verdadera si no nos lleva a servir y a hacer partícipes a los demás de la misma. Salir de nuestros planteamientos para entrar en los de Dios y acogerlos es lo que nos hace ver este retrato de María. Por eso, acoger a Dios en nuestra vida nos hace creativos, alegres, y nos regala la dicha de la bienaventuranza. Este momento de la historia de la humanidad nos pide creatividad. Como

María, ofrezcamos alegría y servicio al prójimo, desde unas vidas que las dejamos ocupar por Dios.

Digamos sí a Dios como María, salgamos a los caminos por los que van los hombres como María, y ofrezcamos la alegría y el servicio que provoca la presencia de Dios en nuestras vidas como lo hizo María.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, arzobispo de Madrid

**FE, AMOR Y ESPERANZA:
"VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO"**

21 al 27 de noviembre

Quiero daros palabras que hagan crecer vuestra fe, amor y esperanza y deseos de asumir el compromiso de ser discípulos de Cristo. Las palabras de Jesús: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5, 14), tienen un eco especial en mi vida. Mi corazón y mi cabeza las ha traducido así: que el Evangelio sea el criterio que guíe siempre tus decisiones y el rumbo de tu vida. Solamente así lograrás ser discípulo misionero, evangelizador con la alegría del Evangelio, misionero con la vida, con los gestos y las palabras y, dondequiera que trabajes y vivas, serás signo del amor de Dios y testigo creíble de la presencia amorosa de Cristo. No olvides estas palabras: "No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín" (Mt 5, 15), pues nos piden un compromiso que sintetizo así:

1. La vida misma de Dios, un título y una realidad que nos regaló el Señor. Os invito y me invito a mí mismo a mantener un diálogo sincero con el Señor para saber lo que hizo en nosotros por el Bautismo. Escuchemos de sus propios labios: "Vosotros sois la luz del mundo". Os pido que hagáis una composición de lugar. Pensemos todos por unos momentos que no vemos absolutamente nada. Incluso

hagamos la experiencia de cerrar los ojos y todos nuestros sentidos. No poder saber nada de quien está a nuestro lado, no poder distinguir lo que sucede, no poder oír ningún ruido... esta experiencia tiene que ser tremenda. Pero lo es más aún cuando, teniendo todos los sentidos, no sabemos vivir como hijos de Dios y por ello como hermanos de todos los hombres. Aunque distingamos a quien tenemos a nuestro lado, nos quedamos en lo más superficial de él. Es terrible pasar por la vida sin saber de verdad nada de uno mismo ni de los demás.

¿Os imagináis lo que es pasar por la vida, hacer la historia de esta manera, construir este mundo así? Os invito a tener una experiencia diferente. Os invito a descubrir y a vivir aquello que nos dice el Señor y que nos entregó el día en que morimos a la vida antigua y nos dio su misma vida por el Bautismo: "¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron" (Mt 13, 16-17). Señor, ¿qué sucedió en nuestra vida el día de nuestro Bautismo? Fue un día tan excepcional como indescriptible, porque alcanzamos las medidas de Dios y estas no se pueden describir. Un día el Señor hizo una obra maravillosa con nosotros. Nos dio su propia vida en el sacramento del Bautismo. El Bautismo nos incorpora a la Iglesia.

2. Gracias Señor por el Bautismo que me hizo entrar en tu santidad. Os invito a decir conmigo, desde el silencio de vuestro corazón, así: gracias Señor, por esta vida que me entregaste y por este mundo que me diste a gozar y a trabajar por mejorarlo. Gracias porque me hiciste instrumento tuyo, porque tú eres quien hace todo bien sin que me necesites para nada. Gracias por hacerme gustar hoy quien soy yo verdaderamente. Por el Bautismo he entrado en la santidad de Dios. Me has injertado en ti, Señor. No puedo contentarme con una vida mediocre. Quiero ser santo Señor. Todo lo que soy y tengo es tuyo. Tómallo Señor. Todo es tuyo. Es cierto que, teniendo tu vida, me he manchado las manos, el corazón y el pensamiento, que eran tuyos. La túnica blanca con que me vestiste en el Bautismo la he convertido en una túnica sucia y harapienta. Devuelve a su estado auténtico esta túnica. Señor Jesucristo, amigo de la luz y de la vida, anhelo vivir en plenitud.

Me sorprende siempre esa llamada tajante, esa tarjeta de visita que me indica la dirección que debo tomar: "Vosotros sois la luz del mundo". Quiero asumir hoy aquí el oficio de vivir siendo luz. Deseo ser esa luz que es el mismo Jesucristo y que me fue entregada por Él en el Bautismo. Señor, quiero recordar aquellas preguntas que el sacerdote hizo el día de mi Bautismo y que mis padres y padrinos

respondieron por mí; hoy deseo responder por mí mismo. "¿Quieres recibir el Bautismo?", que es lo mismo que decir: "¿Quieres ser santo?". Y ciertamente lo quiero Señor y acepto tu vida en mí y deseo poner la vida en la dirección que Tú marcaste para siempre. Gracias Señor por poder tener esta conversación contigo en el camino de la vida.

3. Un encuentro con Jesucristo tan profundo que cambió todo mi ser y hacer. ¿Te das cuenta que eres luz del mundo por Jesucristo? Vive de esta Luz para que tu ser alcance la plenitud y progrese esta humanidad. No hagas lo que nuestra cultura acostumbra a entregar, esa luz que a cualquier viento se apaga. Lo que en nuestra cultura se alienta para crecer y se llama progreso, podemos compararlo a una máquina de tren con caldera de carbón y muchos vagones de madera. Un día se agota el carbón. Para que siguiera funcionando el tren, a unos cuantos se les ocurrió la feliz idea de ir desarmando los vagones de madera y así alimentar la caldera. Pero un día la madera se acabó, la máquina se detuvo y se quedaron sin tren y sin viaje. Como veis esa luz no sirve, se apaga; y además nos quedamos en el camino sin nada. En el encuentro con Jesucristo reconocemos el precio, es decir, el valor, de nuestra existencia personal. Por eso, a partir de esa acogida que Dios mismo nos hace y que percibimos en toda su intensidad en el Bautismo, cuando el Hijo de Dios nos da su propia vida, entonces es cuando tenemos una percepción de la existencia tan maravillosa que tomamos conciencia de la unidad, de la bondad, de la verdad y de la belleza de la misma. Y todo ello porque descubrimos que Dios mismo nos dice: ¡qué bueno que existas y que tengas mi vida!

4. Gracias Señor por este encuentro que me hace ser "luz del mundo". "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? / El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?" (Sal 26). Gracias Señor por la Luz. Gracias porque me haces ser luz para el mundo. Señor, tu Luz me hace ver cómo desde hace cien años los hombres han hecho casi cien guerras. Tu Luz me hace pedirte que nos enseñes a amarnos. No hay amor sin tu Amor. No hay luz sin tu Luz. Haz Señor que cada día y de por vida, en la alegría y en el dolor, nosotros seamos hermanos sin fronteras que entregamos la Luz. Entonces nuestros hospitales, nuestros laboratorios, nuestras fábricas y oficinas, nuestras universidades, nuestros campos y todo lo que existe y el hombre hizo, serán testigos de tu grandeza y de tu Luz. Y en los corazones de los olvidados también aparecerá esa Luz. Y en nuestra civilización, machacada por el odio, la violencia, el dinero, la utilización de las personas para nuestros fines egoístas, aparecerá la Luz. Señor, con tu Luz que se hace visible a través de nosotros, nacerá la esperanza, crecerá la paz, progresará la justicia.

5. Con el título del bautizado se nos entrega una misión, gracias Señor. Hemos recibido la Luz para alumbrar en este mundo. No puede existir misión sin un misionero, sin un enviado. Recordemos que Cristo fue pura misión del Padre. Recordemos que aquella pregunta que hicieron a Jesucristo: "¿Quién eres tú?", es la misma que se les formula necesariamente a los enviados de Cristo. Y aquí, ante esta pregunta, no cabe disolverse en brillos anónimos y encomendar la respuesta a Cristo y al Espíritu Santo. Los testigos deben enseñar su documento de identidad, debemos saber justificar nuestra fe y nuestra misión. Cristo ha determinado que nosotros seamos los enviados y los que Él destina para ser "luz del mundo". ¿Sabes en qué consiste el envío misionero que te entrega el Señor? Consiste en irradiar la luz de la reconciliación de Dios en Cristo a todo el mundo. Y ser luz tiene una traducción concreta: es vivir la generosidad hasta el fondo; la entrega sincera por todos los hombres.

Gracias Señor porque nos entregas la misión de ser luz en este mundo. Un mundo que está lleno de contradicciones: de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no solo a millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. Junto a estas pobrezas surgen otras nuevas que afectan a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero que viven expuestos a la desesperación del sinsentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o la discriminación social. Gracias Señor porque en estas situaciones escuchamos con una fuerza especial las palabras que expresan el modo en que la Luz debe iluminar: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 35). Gracias Señor porque vivir y ser esa luz pasa por un decidido empeño de encarnar y manifestar lo que es la esencia misma del misterio de la Iglesia, que es la comunión; no blindar nuestra vida para que no entre en ella nadie. Gracias Señor por hacernos partícipes del movimiento del descenso para, como Tú, ser de todos y para todos.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, arzobispo de Madrid

PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA FRAGUADA POR LA ESPERANZA

Al concluir el Año de la Misericordia, el Papa Francisco nos ha regalado la carta apostólica *Misericordia et misera*. Son dos palabras que dan el retrato verdadero de Dios. San Agustín usaba estas palabras para comentar el encuentro entre Jesús y la adúltera. Aquella mujer que había perdido toda esperanza, que solamente esperaba la muerte, y experimenta el gran misterio del amor de Dios cuando viene al encuentro de los hombres. Junto a esta mujer comprendemos hasta dónde llega el abrazo del perdón de Dios. Cuando cada uno nos situamos arrepentidos delante de la misericordia de Dios, su abrazo es tan real que iniciamos para nosotros y para todos los hombres una nueva época, la época de la esperanza, que lo es de misericordia.

En la encíclica *Spe salvi*, el Papa Benedicto XVI nos decía que "en esperanza fuimos salvados". "Según la fe cristiana, la redención, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y

aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino" (Spe salvi, 1). Ante los grandes vacíos que tiene esta cultura que engendra grandes desesperanzas o sustitutivos de la esperanza que hundan aún más al ser humano, seamos personas con esperanza y de esperanza.

Al iniciar el Adviento, me atrevo a invitaros a vivir un tiempo de esperanza, fraguado por el inicio de un camino nuevo, el mismo que recorrió la Santísima Virgen María. A Ella Dios le pidió permiso para entrar en su vida. Veamos esta realidad en la descripción que se hace de la visita del ángel Gabriel, con cuatro expresiones: "Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo"; "has encontrado gracia ante Dios"; "porque para Dios nada hay imposible", y "aquí está la esclava del Señor" (cf. Lc 1, 26-38).

Para vivir y dar esperanza tenemos que recorrer esas etapas de la mano de María: demos permiso a Dios para entrar en nuestra vida, quiere que optemos y decidamos; creamos en su promesa; entremos en una gran conversación; aboquémonos a realizar un compromiso con Dios para darle rostro humano, así es posible que el ser humano conozca la esperanza. Santa María contuvo en su vida a Dios mismo, fue vasija solo para Dios, así le dio rostro humano. Y por Ella conocimos al Dios verdadero, a Jesucristo. Siguiendo su camino, podemos "llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza" (Spe, salvi, 3).

En Spe salvi hay de trasfondo una pregunta que Dios nos sigue haciendo a todos los hombres: "¿Dónde estás?"... "Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo y me escondí". La confesión de Adán puede ser la misma que muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo siguen haciendo. Y la respuesta es la desnudez: estoy sin fe, sin esperanza y sin amor. No me fío más que de mí mismo o de otros parecidos a mí mismo. No me abro a nada ni a nadie. Estoy sin esperanza. Pues escapado de Dios, habiéndolo dejado fuera de mí mismo, habiéndolo arrinconado, estoy sin el Amor. Fuera del amor de Dios, el ser humano es un desconocido, ni se entiende a sí mismo ni entiende a los demás.

Frente a esta respuesta está la de la Santísima Virgen María, llena de fe, amor y esperanza en Dios. Ella nos regala un camino de Adviento diferente y nos prepara a celebrar la Navidad, a dar rostro a Dios como Ella mismo lo hizo. Ella nos dice a todos nosotros con el salmista: "Cantad al Señor un cántico nuevo, por-

que ha hecho maravillas" (Sal 97). Y, ¿cómo es ese cántico nuevo? ¿Cómo es tu vida de Adviento y de preparación de la Navidad? O lo que es lo mismo: "¿Dónde estás, María?". Estoy viviendo en y desde la fe, en y desde la esperanza, y en y desde el amor. ¡Qué belleza adquiere la persona de la Virgen María en la Anunciación! Es la belleza del ser humano que se abre totalmente a Dios para dale rostro. Es la hermosura de quien decide poner todo lo que es y tiene al servicio de Dios y, precisamente por eso, al servicio de los hombres. María se nos presenta en nuestra vida y en la historia como el icono en el que hemos de fijar la mirada para vivir el Adviento. Contemplad a María en estas tres dimensiones que organizan su existencia y que han de proporcionarnos la vivencia de este tiempo:

1. Contempla a María como mujer de fe. Es la mujer de la adhesión absoluta a Dios. ¿Cómo iba a entrar Dios en su vida si Ella hubiese tenido algún resquicio cerrado a Dios? ¿Cómo le iba a decir el ángel Gabriel: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo", si en Ella no hubiera una confianza absoluta en Dios? María es el ser humano plenamente confiado y adherido a Dios. La apertura constante a Dios, el permanecer en diálogo abierto con Él es fuente inagotable de confianza en quien sabemos que nos ama.

2. Contempla a María como mujer de esperanza. Ella tiene experiencia cercana de Dios: ""No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús" [...] "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?" [...] El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra". Dios es quien da y es la esperanza. María, recipiente abierto a Dios, tiene meta, tiene seguridad en quien es el que da la salvación y la liberación. Ella tiene esperanza porque no solamente ha conocido a Dios, sino que le ha dado rostro humano. A las razones que Dios le había concedido como gracia en su vida, María añade y se abre plenamente a las razones que Dios le da para vivir. Y así la esperanza aumenta y crece. Una esperanza que crece en la oración, en el diálogo sincero, abierto y prolongado con Dios.

3. Contempla a María como la mujer que dio rostro al Amor. Sin amor el ser humano es un desconocido. Nadie puede vivir sin amor. Pero no vale cualquier amor para construir la vida. En María se da la explosión más grande del Amor de Dios. Ella concibe en su seno, por obra del Espíritu Santo, a Dios mismo y le da rostro humano. Por Ella hemos conocido el Amor de Dios en concreto. De alguna manera, quien desee aprender a regalar el Amor de Dios, tiene que fijarse en María para ver cómo Ella lo hizo. Regalar este amor no está exento de trabajo y de dificul-

tades que a veces hacen sufrir. Pero es en el trabajo, en el actuar, en la entrega de la vida y en el aguante ante la dificultad, donde se aprende a vivir en la esperanza. Que pueda decir que estoy, como María, viviendo con fe, esperanza y amor. Y lo estoy aprendiendo en su propia escuela y teniéndola a Ella como Maestra. Escuela donde la apertura a Dios es total, se habla con Dios, se trabaja dando la vida para que los demás la tengan y donde el sacrificio es parte integrante de la existencia humana, porque solamente dando la vida se alcanza la Vida.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

HOMILIAS

HOMILÍA DE MONSEÑOR OSORO EN LA MISA POR LOS SINTECHO FALLECIDOS EN LA IGLESIA DE SAN ANTÓN

(2-11-2016)

Queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

Acabamos de oír juntos este salmo 129: "Desde lo hondo a ti grito, Señor". Pues, desde lo más profundo de nuestro corazón y de nuestra vida, le decimos al Señor que nos escuche, que nos atienda, que escuche la súplica que hacemos por aquellos que tuvieron una muerte en la soledad, sin atención. Que nos escuche porque le pedimos también que sea capaz Él de hacer, de esta humanidad, una humanidad con corazón. Que sepamos escuchar y que sepamos estar siempre al lado de los hombres, como lo está Dios. Dios nos quiere a todos queridos hermanos. Dios ama a todos los hombres, sin excepción, sin condiciones. Es el único que no pone condiciones. Naturalmente que, cuando uno es consciente de ese amor que Dios nos tiene, ¿cómo va a estar igual? Cambia su vida, cambia su corazón.

Este salmo tiene una fuerza extraordinaria. Mi alma aguarda al Señor porque tenemos la seguridad de que, de Él, viene la misericordia, el verdadero amor, el

amor incondicional; el que estamos celebrando durante todo este Año de la Misericordia en que el Papa Francisco nos está repitiendo y diciendo que Dios no se cansa nunca de amar, como no se cansa nunca de perdonar, como no se cansa nunca de estar al lado de los hombres. Si el Dios que ha hecho todo lo que existe no abandona a nadie, ¿cómo los que decimos llamarnos y ser discípulos del Señor vamos a abandonar, incluso en los momentos más duros y difíciles, que es dejar este mundo y dejarlo sin sentir, a lo mejor, la mano amiga de alguien que nos acompaña?

Me vais a permitir que recuerde, y después os hablo de la Palabra de Dios, algo que tiene que ver además incluso, con el padre Ángel. Cuando yo era arzobispo de Oviedo, una mujer de raza gitana de Mieres, de unos treinta y tantos años, me conoció y todas las semanas venía a verme y a pedirme... Ella vivía a las afueras de Oviedo y tenía un caballo muy viejo que había comprado. Un día estaba haciendo un funeral por el que había sido rector de la universidad de Oviedo -ni este ni el anterior, el otro-, y estaba despidiendo a la gente, y ella llegó llorando, con un lloro tremendo. "Se ha muerto, se ha muerto", y yo creía que eran los padres o algún hermano suyo, que vivían en Mieres... Y le pregunto que quién había muerto, y me contesta: "¡El caballo! Que era lo que más quería yo, a él y a usted".

Aquello no es una anécdota más; yo me di cuenta de que la necesidad del amor, aunque sea del caballo, la siente todo ser humano. Y cuando no lo encuentra en el ser humano, lo busca donde sea. Porque el amor es cosa de Dios. La necesidad de Dios la tiene todo ser humano, y Dios se vale de los demás para revelarse y hacerse presente.

Esta noche nosotros recordamos a aquellos que, en la soledad y en el abandono, alcanzaron la muerte. En la primera lectura se nos ha hablado de que es necesario que traigamos a la memoria a alguien para que me dé esperanza. Y mirad, solamente la esperanza nos la da quien nos ama. El amor está unido a la esperanza, no puede separarse. La gente, las personas, todos nosotros, tenemos esperanza, y cada día más cuanto más sentimos que se ocupan los demás de nosotros. Por eso, qué importancia tiene, por una parte, hacer memoria de ese Dios que se hizo hombre, que se ha hecho hombre, que ha pasado por uno de tantos, y de este Dios que incluso pasó por la muerte, y que ha conquistado para nosotros la vida. ¡Qué importancia tiene! Porque este Dios nos ama, este Dios nos quiere, este Dios nos ha dicho, en la segunda lectura del apóstol Pablo, que ha conquistado la vida para nosotros. Este Dios es del que hacemos memoria en este Día de los Difuntos.

Haz memoria, nos decía la primera lectura. Hay algo que necesitáis traer a la memoria, y hay algo que, cuando traéis a la memoria, os trae esperanza; y ese algo para nosotros es el amor de Dios, que Dios nos quiere y nos da esperanza. Porque el cariño de Dios no es de un rato, es para siempre. Nunca nos abandona, aunque los hombres le abandonemos. Pero, al mismo tiempo, en este momento excepcional para nosotros al escuchar esta palabra, nos recuerda que Dios cuenta con nosotros para que nadie en la vida experimente la soledad o el desamor.

En segundo lugar, el Señor nos ha hecho en el Evangelio la invitación a creer. Es verdad que la fe es un don, la fe es algo que se nos regala. Queridos hermanos, Dios no hace excepciones. Otra cosa distinta es que uno, al recibir un regalo, puede decir "yo no quiero saber nada de eso, no lo quiero".

La fe, el amor y la esperanza están unidos, no se pueden separar. Cuando tú regalas el amor, te acercas a Dios. Por eso, la invitación que nos ha hecho el Señor en el Evangelio a tener fe, a acoger este don que nos da, nos hace entender precisamente lo que nos decía el Señor hace un momento: que no tiemble vuestro corazón, ni se acobarde, creed... pero es posible creer en el Señor cuando también experimentamos la acogida que tiene de nosotros. Normalmente eso viene también a través de los demás; son los demás los que nos revelan el cariño de Dios.

En tercer lugar, qué maravilla cuando nos dice Jesús: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". No busquéis otro camino, no busquéis sendas extraordinarias, no; "buscadme a mí".

Es verdad que cuando contemplamos a Jesucristo, vemos el rostro perfecto del ser humano. ¿El ser humano está en la vida para retenerse, para guardarse o para darse? ¿El ser humano está en la vida para ser enemigo del otro? ¿El ser humano está en esta existencia para permanentemente poner dificultades al otro y no lograr que el otro desarrolle todas las dimensiones que tiene su existencia? ¿El ser humano está para mantener al otro en el desplante, en no darle importancia, en dejar que siga pasando hambre? ¿O está el ser humano para cambiar este mundo? Pero no con cualquier fuerza. Nos lo enseña Jesús: se puede cambiar este mundo cuando de verdad amamos a los demás.

Todo ser humano busca la verdad, nadie hay que quiera estar en la mentira. Pero a veces buscamos la verdad en el tener, en el poseer... Qué maravilla poder buscar esta verdad como la buscó Jesús: dándose, entregándose, sirviendo, no

descartando a nadie. Nadie puede ser descartado de nuestra vida, haga lo que haga. Queridos hermanos, esto no es fácil. Un día, no sé si en la radio o en la televisión, me preguntaron: "¿Usted tiene enemigos?". "Pues supongo que los tendré, pero mire, cuando termino el día, cuando rezo completas, la oración final del día, intento ir a la cama tranquilo y decir que tengo hermanos, aunque a lo mejor me hayan hecho daño. Yo no puedo echarme a dormir sin saber que el otro es mi hermano, porque quedo intranquilo, no vivo feliz, no vivo congruentemente. Podrá haber enemigos, pero yo, cristiano, tengo hermanos como Dios tiene hijos y nos entregó a su hijo para que nosotros aprendamos a ser hijos y vivamos como hermanos entre todos.

Queridos hermanos, Él alcanzó la vida para todos los hombres... Vamos a darle gracias al Señor por todo esto que nos regala a nosotros. Qué maravilla es, en este Día de los Difuntos, hacer memoria de Jesucristo para tener esperanza. Qué grandeza tiene esta invitación que nos hace el Señor a creer, porque la fe, el amor y la esperanza son tres hermanas que se dan la mano. No hay fe verdadera sin amor y sin esperanza, no hay esperanza verdadera sin fe y sin amor, y no hay amor verdadero sin fe y sin esperanza. Se dan la mano. Esto nos lo hace ver Jesucristo. En Él ponemos la vida de tantos seres humanos que mueren solos, que están solos en el momento más sublime de esta vida: pasar de este mundo, pasar de esta historia. Queridos hermanos es imposible que todo termine en la vida. Es imposible que quien ama nos deje a la intemperie, tirados. Lo vemos en nuestra vida, cuando hemos querido a alguien lo recordamos para siempre, para siempre. Si eso lo sabemos hacer nosotros, ¿cómo no lo va hacer Dios, que es eterno y su amor permanece?

Con la cercanía de Jesucristo, que se hará presente en este altar dentro de un momento, vamos a poner a todos los hombres y mujeres que han pasado por este mundo y que el paso lo hicieron solos, sin que nadie les recordase, sin que nadie les diese importancia... Nosotros le queremos dar importancia, porque el amor de Dios no pasa de nadie. Y menos de ellos.

Oremos así a Dios nuestro Padre.

HOMILÍA CARLOS OSORO
VIGILIA ORACIÓN JÓVENES
CATEDRAL ALMUDENA

(4-11-2016)

...Discípulo a quien tanto quería. Un muchacho joven, muy joven, además, el Señor tuvo una confianza total con él. La prueba de esa confianza fue que le dijo "Ahí tienes a tu madre, a lo que más quiero". Y a la madre le dijo " Ahí tienes a tu hijo".

Yo quiero querer a los hombres, pero les quiero en quien me ha manifestado, también, durante la vida, un cariño y una fidelidad total y absoluta.

Cuando esta tarde llovía, pensaba para que mí en quienes habrá esta noche... Pero antes de comentaros la palabra del Señor, quiero deciros gracias porque el Señor se vale de signos para que me siga fiando de vosotros, de los jóvenes. Entre otras cosas porque así lo hizo el Señor y porque vosotros demostráis y mostráis esa fidelidad a Jesucristo, e incluso a pesar del tiempo. Gracias.

Acabamos de escuchar esta palabra que el Señor nos regala, que quizá sería de esas paginas que pasamos de largo, porque aparentemente habla de resurrección, de vida... Pero os quiero dar tres palabras para que entendamos lo que hemos dicho: morir, resucitar y anunciar. Esto es lo que nos ha dicho el Señor en lo que nos acaba de decir a través de su Palabra. El gran fracaso del hombre es morir, el gran drama del ser humano es que se crea y crea, como los saduceos -que no creían en la resurrección-, que su fin termina el día que dejan de respirar en este mundo. Que nadie puede hacer nada por ellos. Es un drama tremendo del ser humano. Lo que ha querido uno a las personas que ha tenido a su alrededor, lo que ha luchado por ellas, lo que ha participado en su vida, en la construcción de su vida... que esto sea un fracaso y termine, y sea un absurdo la vida... Vivir desde sí mismo es lo que nos lleva siempre el morir.

Pero esta noche el Señor nos reúne aquí, a todos nosotros, Él presente realmente en el misterio de la Eucaristía, para decirnos que el hombre no tiene fracaso, que ha triunfado el hombre; este Dios se hizo hombre y venció a lo que es el fracaso del hombre, que es la muerte. Él resucitó y, frente a los saduceos que hacían esas preguntas absurdas, en definitiva para entretenerse y no entrar de lleno en lo que es el problema y el drama del ser humano cuando no está abierto a Dios, Jesús, frente a ellos, les responde con otras palabras que no tienen nada que ver con la muerte: con la palabra resucitar, resurrección.

El triunfo del hombre está en el triunfo de este Dios que hoy adoramos en el misterio de la Eucaristía y que se ha hecho hombre, igual que nosotros, que ha pasado entre nosotros como uno de tantos, por todas las situaciones que un ser humano puede pasar; desde nacer en la pobreza más grande, no le dejaban sitio en este mundo, y nació en Belén de Judá. Se enteraron en principio solamente unos pobres que vivían a cielo raso, no tenían casa pero, al enterarse, vinieron a adorarlo.

Este Dios que se ha hecho hombre, que ha sido maltratado, que ha sido descartado por muchos; y, sin embargo, Él ha muerto por amor a todos. La fuerza del Dios en quien creemos y que nos reúne aquí, a nosotros, esta noche, es la fuerza de un Dios que ama a todos, sin excepción. Un Dios que no quiere cambiar este mundo matando o muriendo, y un Dios que desea cambiar esta tierra y este mundo con vosotros, resucitando y regalándonos a nosotros su vida, su resurrección.

Los que estamos aquí no somos unos fracasados, no somos unos hombres y mujeres que queremos vivir desde nosotros mismos y por nosotros mismos. So-

mos unos hombres y mujeres que queremos vivir en comunión de vida con Aquel que nos ha dado la vida verdadera, el triunfo del hombre, y decírselo a todos los hombres: que este mundo se cambia, no muriendo, sino viviendo, resucitando; no matando, sino dando vida; haciendo posible que los hombres todos experimenten en su corazón la resurrección. Vivir desde Dios, sí, desde su amor, de su entrega, de su fidelidad, de su servicio, de su perdón, de la fuerza contagiosa que tiene, el crear fraternidad, el crear y dar esperanza en este mundo. Morir primero, resucitar, esto es lo que nos entrega Jesucristo.

En tercer lugar, nos invita a anunciar, a anunciar a un Dios que es de vivos y no de muertos, a un Dios que vive y que nos hace vivir. Porque, ¿qué es vivir, queridos amigos? No solamente respirar es dar posibilidades de que otros respiren, es dar posibilidades de que otros tengan, incluso más de lo que yo tengo. Es hacer posible que los otros que están a mi lado experimenten que se les ama, que se les quiere, que se les da vida. No os podéis imaginar todo lo que significa esto.

El día de los difuntos después de celebrar la misa aquí en la catedral, me fui a celebrar la misa con la gente que está por el centro de Madrid, que viven en la calle, que no tienen lugar donde asentarse, para rezar por aquellos, les decía yo, que nadie se acuerda de ellos, que murieron solos, que murieron a veces a la intemperie, que ni el que estaba a su lado se daba cuenta de que moría. No os podéis imaginar lo que agradecen esos de los que nadie se acuerda, el que se reza por ellos. No os podéis imaginar lo que son vuestras vidas y lo que serán vuestras vidas, de hombres y mujeres que participáis en la resurrección de Cristo, regalando la presencia del Dios vivo, de ese Dios que se acerca a los hombres, que les entrega aliento, amor, cariño, posibilidades de ser más, que les da la mano para levantarse, que les da incluso su asiento para que se asienten, que les hace un hueco en su casa, que les hace un camino en este mundo para que puedan vivir.

Anunciar, queridos amigos, anunciemos a Jesucristo, a este Jesús que esta noche se acerca a nosotros, a este Jesús que hace un instante, nos decía el Evangelio que acabamos de proclamar, se acercaron a Jesús unos saduceos que niegan la resurrección. Negar la resurrección es negar la verdad del ser humano, es negar la realidad viva de que todo ser humano es imagen y semejanza de Dios, Cristo resucitado para hacernos ver a nosotros que somos su imagen, teniendo obras también en la vida, entre los demás. Anunciemos a este Dios que vive y nos hace vivir.

Queridos jóvenes, en este mes de noviembre, que la Iglesia recuerda a los fieles difuntos, en este mes que nosotros celebraremos dentro de unos días la fiesta

de Nuestra Señora de la Almudena, de nuestra Madre, en este mes de noviembre, el Señor en esta oración del primer viernes de mes nos invita a desterrar el fracaso del hombre, a acoger el triunfo del hombre que tenéis vosotros. Sois bautizados, tenéis la vida del Señor, tenéis en propiedad la resurrección de Cristo, pero vivid según la propiedad que tenéis y la riqueza que tenéis. Vividla, en la entrega, en el servicio, en la donación, en el poner la vida a disposición de los demás. Esto es anunciar a Cristo, esto es querer lo que esta noche todos vosotros creéis, en el Dios vivo y verdadero que se nos ha manifestado en Jesucristo.

Adoremos a este Dios, dejemos que entre en nuestro corazón, que ocupe nuestra vida; hagamos la revolución no de la muerte, que es fácil hacerla, sino de la vida, de la resurrección, en la que todos cuentan, todos los hombres sin excepción. Y si encontramos por el camino a alguien que no tiene experiencia de esa vida, que por la nuestra, por el modo de vivir que tenemos, le contagiemos las ganas de vivir en la resurrección. Vivid este mes así.

HOMILÍA DE MONSEÑOR OSORO EN LA FIESTA DE LA ALMUDENA

(9-11-2016)

Hermanos y hermanas:

Querida Madre, a quien aquí, en Madrid, invocamos como Santa María la Real de la Almudena: gracias por ofrecernos a tu Hijo Jesucristo, rostro vivo y auténtico de Dios y del hombre. Sostienes en tus manos a Nuestro Señor recién nacido en Belén y nos lo ofreces a los hombres. Así, en esta postura, con esta fotografía, te han reconocido como Madre de Dios y Madre nuestra, como Madre de Madrid, todos los que habitan estas tierras. Gracias por acompañarnos y abrirnos caminos de encuentro, gracias por enseñarnos a derribar muros, a crear puentes que nos unan a todos, a no hacer una tierra donde unos descartamos a los otros. ¡Qué belleza tiene tu imagen! Es una imagen que expresa muy bien lo que deseamos de nosotros: te manifiestas ofreciéndonos y poniendo en nuestras manos a tu Hijo Jesucristo. No quieres darnos y ofrecernos teorías sobre la verdad, el camino que recorrer o la vida que tener; sino que nos entregas, con rostro de hombre vivo, a quien es Camino, Verdad y Vida. ¡Gracias!

Hoy, Madre, tu Hijo Jesucristo desde la Cruz, mirándote a ti y a Juan el apóstol -en el que estamos representados todos nosotros-, nos dice una expresión que no solamente tiene belleza, sino que da belleza al ser humano: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", y a nosotros, en Juan: "Ahí tienes a tu Madre". Porque el ser humano recibe la gran Belleza cuando se le da amor, especialmente cuando es el Amor más grande. Y en este pasaje del Evangelio se nos muestra el amor de tu Hijo, que da la vida para que los hombres tengamos Vida, y el amor de un Dios que nos da a quien prestó su vida para darle rostro humano, a su Santísima Madre, para que nunca jamás sintamos soledad.

Desde esta oferta de amor de Cristo, quiero entregaros una contemplación de Nuestra Madre, a quien le pido que mire a todos los que formamos parte de esta Comunidad de Madrid, a cada uno de nosotros, con esos sus ojos misericordiosos: a cada familia, a los niños, a los ancianos, a los enfermos, a los que están solos, a quienes están en la cárcel, a los que tienen hambre y no tienen trabajo, a los que perdieron la esperanza, a los que no tienen fe, a los que nos gobiernan, a los que nos enseñan. A Ella le hago también estas tres peticiones:

1. Madre, ayúdanos a cuidar la vida: lo habéis visto en el Evangelio que hemos proclamado, "junto a la Cruz de Jesús estaban su Madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María, la Magdalena". Ahí estaba cuidando la Vida que es el mismo Jesucristo. Y Jesucristo mira a su Madre y le dice que siga cuidando las vidas de los hombres, de todos los hombres. ¡Cómo no recordar hoy aquí a los que más necesitan que cuidemos sus vidas! La vida hay que cuidarla siempre, desde el inicio hasta su término, siempre haciéndolo con ternura. Cuidar la vida supone sembrar esperanza siempre. Un pueblo que cuida la vida es sembrador de esperanza. Un pueblo que cuida a los niños y a los ancianos, cuida a todos. María nos enseña a cuidar la Vida. Cuidó a Jesús desde el momento que estuvo en su vientre y lo cuidó cuando estaba en la Cruz. Nunca abandonó a quien era la Vida y nos muestra el abanico real que tiene la vida humana.

Hay que cuidar la vida de los niños, lo que supone que todas las dimensiones de la vida de un ser humano se desarrollen armónicamente, también la dimensión trascendente en la que se encuentra el amarnos los unos a los otros, el no descartar a nadie, el no hacer diferencias, el crear puentes que unan, el derribar muros que no nos dejan encontrarnos. Y hay que cuidar las vidas de los ancianos, de aquellos que van perdiendo fuerzas; tenemos que tratarlos no como sobrantes y como un peso que hay que sobrellevar, sino como tesoros de sabiduría que debe-

mos alentar y alimentar. Cuidemos la vida de los niños y de los ancianos, en ellos está el futuro de un pueblo. ¡Qué dos realidades más importantes: fuerza y sabiduría, niños y ancianos! Cuidar la vida es sembrar esperanza. María cuidó a Jesús desde chico y nos cuida a nosotros.

Cuidar la vida supone que, en nuestra casa común, todos tengan sitio, un lugar donde estar y ser reconocidos en su dignidad. En las bodas de Caná, cuando María vio que no había lo necesario para hacer la fiesta, se dirigió a su Hijo para pedirle que interviniera sin mirar quiénes estaban. Lo hacía para todos. Porque igual que Jesús dio la vida por todos los hombres, a su Madre la hizo Madre de todos. ¡Qué tradición más hermosa salir aquí, en Madrid, a la plaza Mayor, para pedir a la Madre de Madrid que nos cuide y nos enseñe a cuidarnos los unos a los otros! Hoy sí que podemos decir lo que hace un instante escuchábamos en el salmo: "Tú eres el orgullo de nuestra raza". Acojamos la propuesta de Nuestra Madre, es una propuesta de vida y no de muerte: cuidemos la vida de todos los que viven o llegan aquí a Madrid.

2. Madre, haznos el regalo de tu mirada: necesitamos la misma mirada que tu Hijo Jesucristo te hizo desde la Cruz. "Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo"". Necesitamos la mirada de Madre, esa mirada que abre el alma, que quita cerrojos, que abre todos los sentidos, la mente y el corazón. Necesitamos esa mirada que Ella sintió siendo muy joven, a través del arcángel: una mirada de amor, de conquista del corazón, de hacer lo mejor por todos los hombres, de hacerles partícipes del bien, de la bondad, de la justicia, de la solidaridad de un Dios que quiere hacer de todos los hombres una gran familia de hijos y de hermanos. Es la mirada que le hizo entonar el canto más bello: dar a los hombres la Vida. Un canto en el que Ella misma era el pentagrama sobre el que Dios escribía las notas. Decía así: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho grandes obras por mí, su nombre es santo y su misericordia llega a todos los hombres". Es un canto a la verdad del hombre, al reconocimiento de las dimensiones reales del ser humano.

María, danos el regalo de tu mirada, para ver siempre a todos desde la libertad que Dios ofrece. Desde la bondad de su corazón. Desde una justicia que va mucho más allá de dar a cada uno lo que le corresponde con las medidas humanas, pues Dios lo da todo, hasta su Vida. Desde la solidaridad que se hace comunión y

se manifiesta en darse y no retenerse. Desde el amor que es paciente, comprensivo y servicial, que no tiene envidia ni se engríe, que no es maleducado ni egoísta, que no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad, disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. Es un canto de un Amor que no pasa nunca, porque es de Dios y, por ello, es eterno.

Regálanos tu mirada de Madre para ver nuestra historia, para ver nuestros cansancios, nuestras frustraciones infundadas o fundadas en el sinsentido de una vida vivida desde nosotros mismos. Regálanos tu mirada para vernos entre nosotros de otra manera, no como enemigos, sino como hermanos. Enséñanos a mirar para rescatar, acompañar y proteger; a mirar a los que naturalmente miramos menos y lo necesitan más: a aquellos que están desamparados, solos o enfermos, a los que no tienen de qué vivir, a los que están en la calle, a los que no conocen a tu Hijo ni la ternura que tienes de Madre.

Santa María la Real de la Almudena, que nunca tengamos miedo a salir y mirar a nuestros hermanos con tu mirada. Tú saliste del muro para encontrarte con todos, tejiendo en los corazones de los hombres unión, encuentro, respeto, capacidad de construir juntos. Las situaciones que vive la humanidad, en su complejidad, necesitan de corazones como el tuyo, que creen y dinamicen el encuentro entre nosotros y no la división ni la ruptura, ni el enfrentamiento.

3. Madre, que veamos a tu Hijo en cada ser humano que es nuestro hermano: hoy esta plaza Mayor se convierte en algo significativo, pues Tú nos invitas a encontrar a Jesús en cada ser humano; nos invitas a no permanecer indiferentes ante el hermano. Nos llamas a no destruirnos y a trabajar y poner todos nuestros talentos al servicio de la cultura del encuentro, que nos está pidiendo hacer un trasplante de corazón. Que sintamos dolor cuando esto no lo hacemos, aquel dolor de Madre que tú sentías junto a la Cruz.

Madre, que nos miremos y nos encontremos para ser más hermanos. ¿Estamos dispuestos a emprender este camino de encuentro? Es un camino sencillo y, al mismo tiempo, exigente; requiere olvidarnos de nosotros y poner en primer lugar al otro, sea quien sea. Tengamos también la valentía de ir a las raíces: nuestro pueblo de Madrid hunde sus raíces en un anhelo de fraternidad y deseo de ser familia. Crecemos cuando nos unimos. Y es cierto que para unirnos no vale solo salir con ideas, hay que salir con amor en su mayor grandeza. Que es la que se nos ha

revelado en el Dios que se hizo Hombre y acercó lo divino a la tierra para hacernos ver que aquí podemos construir algo de cielo si lo seguimos a Él.

Hermanos y hermanas, el Hijo de María se va a hacer presente en el misterio de la Eucaristía: contemplad a Dios y en Él, lo que puede llegar a ser el hombre. Establezcamos tal comunión con Dios que podamos decir al unísono del corazón de María: "Hágase en mí según tu palabra", "aquí estoy", disponible para dejarte entrar en mi vida y poder llevar, a los hombres que encuentre en el camino, lo que tú me das. Señor Jesucristo, gracias por darme como Madre a tu Madre. Que con su intercesión cuidemos la vida de los hombres, regalemos tu mirada a todos sin excepción y veamos siempre a un hermano. Santa María la Real de la Almudena, ruega por nosotros. Amén.

HOMILÍA DE MONSEÑOR OSORO
EN LA MISA DE CLAUSURA DEL AÑO SANTO
DE LA MISERICORDIA

(12-11-2016)

Señor cardenal. Querido señor obispo emérito de Ciudad Real, don Antonio. Querido obispo don Juan Antonio. Vicario general, vicarios episcopales, señor deán y cabildo catedral. Queridos hermanos sacerdotes. Queridos diáconos. Queridos miembros de la vida consagrada. Queridos seminaristas. Hermanos y hermanas todos.

Clausuramos en este domingo, tal y como ha querido el santo Padre, el papa Francisco, el Año de la Misericordia. En Roma lo hará el santo Padre el día 20, el domingo próximo.

Al clausurar el Año de la Misericordia en este domingo 33 del tiempo ordinario, el Señor, desde ese amor que tan maravillosamente nos ha mostrado durante este año, acercándose a nuestra vida de una manera especial para decirnos que nos ama incondicionalmente, que su mensaje es la misericordia y que este ha de ser el

mensaje de la Iglesia, desde el que conquiste el corazón de los hombres; que esta es la gran tarea de la Iglesia, pues la viga maestra que sostiene a la Iglesia es la misericordia, y con ella debe acercarse a todos los hombres, hoy damos gracias todos los hombres a Dios por este Año que el Señor nos ha concedido por voluntad del sucesor de Pedro.

Por eso, no es extraño que el Señor nos proponga hoy, a través de la Palabra de Dios que acabamos de proclamar, tres grandes tareas esenciales en nuestra vida.

Primera, nos ha dicho el Señor en la primera lectura: honrad mi nombre, que en este Año hemos aprendido que se honra siendo misericordiosos como el Padre, tal y como nos lo revela nuestro Señor Jesucristo. Es decir, honrar su nombre es acoger su misericordia y ser misericordiosos. Queridos hermanos y hermanas: tened la fuerza de dejaros iluminar, nos diría el Señor, con mi gracia y resplandor. Mi gracia es sol de justicia, pues esto es lo que da salud a los hombres.

Hermanos: os digo con toda verdad que para mí es el mensaje más contundente del Señor. Hay un paso que tenemos que dar, y en este Año Santo tanta gente ha dado: reconocernos necesitados de misericordia, de perdón. Y es que cuando reconocemos que somos pecadores sabemos y experimentamos que Jesús vino por nosotros, vino a salvar y no a condenar.

Mirad aquella parábola del fariseo y el publicano: si, como el fariseo, delante de Dios nos creemos justos, nunca, nunca conoceremos el corazón del Señor y no tendremos la alegría de sentir su misericordia. Pues qué fuerza tienen las palabras del publicano, que no se atrevía a levantar la vista y reconocía que era un pobre pecador. Qué difícil es, para quien está acostumbrado, como el fariseo, a decir: no soy como ese, y dejarse abrazar y perdonar por el Señor. Y es que, quien está acostumbrado a cuidar a los demás desde arriba, sintiéndose cómodo y considerándose bueno, justo y leal, no sabe honrar el nombre de Dios, que es misericordia.

En este Año de gracia, el Señor -hermanos- nos ha enseñado con su pedagogía a volver a Él, a dejarnos que el beso de la paz, el suyo, el del Señor, lo recibamos, nos abrace y nos diga Él: ni siquiera yo te condeno, vete y de ahora en adelante no peques más.

La segunda tarea que nos da el Señor hoy, a través de su palabra, es esta: entregaos al trabajo que salva. Nos lo decía hace un instante san Pablo. El apóstol nos invita a trabajar para ganarnos el pan y no ser carga para nadie. El apóstol observa que algunos viven sin trabajar, ocupados en no hacer nada. Entregarnos, queridos hermanos, a dar a conocer el carnet de identidad de Dios: ese es el trabajo que salva. Y ese carnet de identidad de Dios es la misericordia. Qué buenas son las palabras del apóstol Pablo: si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede renegar de sí mismo.

Hermanos: tú y yo podemos renegar de Dios, podemos pecar contra Él, pero Dios no puede renegar de sí mismo. Él permanece fiel. Misericordia y fidelidad van unidas. Por ello, la gran tarea que hemos de hacer para experimentar y hacer experimentar la salvación es dejarnos amar por el Señor, como lo hace Él: sin condiciones, acogiendo su misericordia y regalando ese amor que gratuitamente se nos ha dado. Hermanos: cambiemos la vida, cambiemos la historia, hagamos la revolución que cambia la vida y las relaciones entre los hombres, que no elimina, que no descarta, que no retira a nadie, que todos son integrados en mi vida y en mi corazón.

Puede venirnos bien escuchar el modo y la manera en que san Juan XXIII lo hizo. Nos decía así: "la esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia en lugar de empuñar las armas del rigor". El beato Pablo VI decía que el fundamento de su vida espiritual estaba en la síntesis propuesta por san Agustín: miseria y misericordia. Decía así el beato Pablo VI: "miseria mía, misericordia de Dios, que yo pueda al menos honrar a quien tú eres, el Dios de infinita bondad, invocando, aceptando, celebrando tu dulcísima misericordia".

Y san Juan Pablo II afirma, en la encíclica *Dives in misericordia*, que "la Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia-el más maravilloso atributo del Creador y del Redentor-y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia". Y también el papa emérito Benedicto XVI nos habló de esto en su magisterio cuando nos decía: "La misericordia es, en realidad, el núcleo central del mensaje evangélico; es el propio nombre de Dios, el rostro con que se reveló en la Antigua Alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del amor creador y redentor".

Queridos hermanos. ¿Cómo no nos va a recordar el Papa Francisco, después que sus anteriores papas, que todos o casi todos hemos conocido, cómo no

nos va a recordar que nunca perdonamos demasiado? Que miremos y contemplemos al Señor, que acojamos el regalo de la confesión todos, y quienes somos sacerdotes vivamos este ministerio con pasión, que cuando alguien se acerque con las puertas cerradas seamos capaces de buscar una fisura, una rendija, una grieta para abrir esa puerta y poder dar el perdón, regalar el amor de Dios, la misericordia. Entreguémonos a este trabajo que salva.

Y, en tercer lugar, dad y mostrad a los hombres la belleza verdadera. La belleza con mayúscula, que es Jesucristo. Nos lo ha dicho el Evangelio que hemos proclamado, lo acabamos de escuchar. Frente a aquellos que ponderaban la belleza del templo por la calidad de la piedra y los exvotos, oigamos lo que Jesús nos dice: "No quedará piedra sobre piedra". Y es que el derribo material del templo es la expresión de que un mundo injusto, corrupto, de pecado, tiene que acabarse. Toda construcción de una vida fundamentada en lo exterior, en la apariencia y en lo superficial, se derrumbará. Cristo ha traído una nueva creación. No es restauración: es nueva creación. Y esa nueva creación tiene un nombre: misericordia.

Qué expresiones las del Señor en el Evangelio que acabamos de proclamar... "Cuidado, que nadie os engañe, porque muchos vendrán usurpando mi nombre: soy yo". No equivoquemos el camino, no aceptemos -hermanos- ofertas engañosas que no aportan liberación. Con vuestra perseverancia, nos dice el Señor, salvaréis vuestras almas. Es decir: el amor vence siempre, la misericordia vence, la misericordia cura, sana. Perseverar es volver al Evangelio, es no repetir palabras vacías, es volver a quien es fuente de vida y alegría, es volver a la misericordia que es Cristo mismo.

El amor de Dios revelado en Cristo es tan curativo, queridos hermanos y hermanas. Qué fuerza tiene en la existencia humana sentirse sorprendido y asombrado por la misericordia de Dios. La misericordia existe si cada uno de nosotros queremos recibirla, hermanos. Tengamos la audacia, tengamos la valentía de volver a las fuentes de la misericordia y de la gracia, que es Cristo mismo. Pecadores, sí; corruptos, no. La corrupción es el pecado no reconocido y elevado a sistema que se convierte en costumbre y en una manera de vivir que no conoce la humildad. La corrupción no es un acto, es una condición. Sin embargo, el pecador sabe que no hay situaciones de las que no podamos salir, que Jesús siempre está dispuesto a darnos la mano para salir. Y es que la misericordia será siempre más grande que el pecado. De ahí la fuerza que, para nosotros y para este momento de la historia de los hombres, tiene precisamente la misericordia, hermanos.

Hemos vivido un año de gracia. Quizá la gran pregunta que en esta clausura el Señor nos hace a todos sea esta: ¿Estamos dispuestos, estáis dispuestos, a hacer de la misericordia, que es la viga maestra que sostiene la Iglesia, la acción pastoral de toda vuestra vida? Es decir, ¿que esté fraguada de misericordia y de ternura en el anuncio y el testimonio en medio del mundo? Digamos un sí claro a la justicia. Pero la Iglesia ofrece, en nombre de Cristo, vivir de una manera y con una meta más alta, más significativa, quiere ir más lejos de la justicia.

Descubramos que la primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo; de ese amor que llega hasta el perdón y el don de sí. La Iglesia se hace sierva y mediadora entre los hombres. Allí donde se haga presente ha de ser evidente que la Iglesia ofrece la misericordia del Padre: a todas las tareas, a todas las relaciones, a todos los planteamientos, a todas las acciones que lleve a cabo la Iglesia... Todo lo que vive, todo lo que hace, todo lo que dice, tiene que estar alcanzado por la misericordia. Este año de gracia así nos lo está pidiendo.

Hemos aprendido, en este año, que donde quiera que esté un cristiano, en las parroquias, en las comunidades, en la iglesia doméstica que es la familia cristiana, en las asociaciones y movimientos, donde estén los cristianos, los hombres tienen que encontrar siempre, en estos lugares, un oasis de misericordia. Y quienes se acerquen vean realizadas en la vida diaria estas realidades existenciales de las que Jesús nos habló y nos propuso vivir: no juzgar, no condenar, perdonar siempre, dar. La generosidad máxima: hasta la propia vida.

Queridos hermanos y hermanas: el Señor, rostro de misericordia, una vez más se acerca a nosotros realmente en el misterio de la Eucaristía. Acojámosle. Hagamos verdad lo que, desde que soy obispo, en el lema episcopal, pongo: vivamos de Él, por Él, en Él y con Él.

Que así sea.

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
POR SU CREACIÓN COMO CARDENAL

(26-11-2016)

Hermanos y hermanas:

Comenzamos el Año Litúrgico y damos gracias a Dios por este nuevo tiempo que nos regala para acercarnos más Él y buscar el ser más fieles testigos de la alegría del Evangelio. Un tiempo de esperanza se abre en nuestras vidas y un tiempo de gracia para realizar esa conversión que siempre, cuando ponemos nuestras vidas delante del Señor, anhelamos y queremos. Os agradezco vuestra presencia hoy aquí para dar gracias conmigo también al Señor porque el día 19 de este mes de noviembre el Papa Francisco creó cardenales para ayudarle en su ministerio como Sucesor de Pedro y entre ellos me eligió a mí. Doy gracias a Dios por esta elección. Bien sabéis vosotros que el cardenalato no significa una promoción o un honor, ni siquiera una consideración, es sencillamente un servicio que exige ampliar la mirada y ensanchar el corazón. Ayudar al Sucesor de Pedro, al Papa Francisco, mirando como el Señor las necesidades de todos los hombres que habitamos esta casa

común que es toda la tierra y ensanchando el corazón para que puedan recibir la buena nueva sin retirar a nadie, teniendo el corazón de Cristo, que mandó a los discípulos entre los que se encontraba Pedro: "Id por el mundo y anunciad a todos los hombres el Evangelio". Este es el honor y la ayuda que el Papa Francisco me pide en estos momentos, que como comprenderéis y como en otras ocasiones os dije de otra manera supone trasplante de ojos y trasplante de corazón. Ayudar a Pedro que es el Papa Francisco a ver con la mirada y con el corazón de Jesús a todos los hombres y ayudarle a vivir su ministerio hasta dar la vida por el Jesucristo.

Hoy a todos quiero deciros:

1. Gracias por compartir conmigo esta alegría y esta misión. Como nos decía el Papa Francisco en una carta que nos escribía a los cardenales recién creados, "que el Señor te acompañe y te sostenga en esta misión que hoy la Iglesia te encomienda [...] Muchos fieles se acercarán para felicitarte y demostrar su alegría por esta designación [...] acepta este gesto de tus fieles y de tus amigos [...] Procura que este gesto luminoso de ternura no quede ensombrecido por ningún atisbo de mundanidad, de alegría mundana [...] la mundanidad es engañosa y apolilla el corazón, privándolo de la solidez y la ternura que debe tener un pastor [...] Deseo que tu servicio a la Iglesia sea luminoso, humilde, servicial y, sobre todo, un testimonio para el bien del pueblo fiel de Dios". Gracias por ayudarme a vivir todo esto.

2. Perdón por las veces que, junto a vosotros, no he sabido decir y vivir lo que el Papa Francisco tan bellamente nos dijo a los cardenales recién creados en su homilía con cuatro palabras: amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen y rueguen por los que los difaman (Lc 6, 27-36). ¡Qué tarea más bella! Exigidme el cumplirla, rezad para que lo haga. Como el Papa Francisco nos decía, nuestra época se caracteriza por fuertes cuestionamientos e interrogantes a escala mundial, surgen la exclusión y la polarización como únicas formas posibles de resolver los conflictos. El desconocido, refugiado o emigrante o se convierte en amenaza o le damos el título de desconocido. La fuerza y el secreto de Jesús se esconde en que nos dice siempre que en el corazón de Dios no hay enemigos, Dios tiene hijos y nosotros si acogemos a Dios tenemos hermanos. ¡Qué bien nos viene recordar a nuestra madre Santa María en esta advocación entrañable de la Almudena, pues nos ratifica que lo nuestro es "haced lo que Él os diga", es decir, quitar muros, romper distancias y barreras. Dios nos ama aun cuando seamos enemigos suyos. Pedid por mí, para que nunca se cuele en mi vida el virus de la polarización y enemistad en las formas de pensar, sentir, y actuar.

3. Iniciemos el camino de la Esperanza y Conversión, que se convierte en compromiso. El tiempo de Adviento que hoy comenzamos así nos lo recuerda. Iniciamos un nuevo año litúrgico que nos dice que lo hagamos viviendo tres etapas: a) Caminando; b) Conversando y meditando y c) Con coraje de existir, es decir con esperanza. Las tres etapas hay que hacerlas al tiempo para poder vivir en esperanza y conversión permanente.

A. Caminando: No tengamos miedo, escuchemos al Señor que nos ha dicho "venid", "subid", convencidos de que Él nos instruirá en nuestros caminos, en lo que hagamos. Él tiene respuestas y salidas para todo y para todos. Pero no vayamos por cualquier senda, hemos de marchar por sus sendas. En este camino, todo lo cambia; de espadas hace arados para remover la tierra y que produzca más y puedan comer todos los hombres, de las armas para defendernos de los demás, de las lanzas, hace podaderas, es decir, va fraguando de tal manera nuestra vida que quita de ella todo lo que estorba al crecimiento humano que en definitiva es verdadero cuando nos hace ser más imágenes reales de Dios y con más capacidad para servir, para entregarnos, para vivir siempre mirando a los otros con la mirada de Jesús y con el corazón de Jesús. (cfr. Is 2, 1-5).

B. Conversando y meditando: Dándonos cuenta del momento que vivimos, de las necesidades y urgencias que tienen todos los hombres, de la necesidad de construir un mundo de hermanos, donde los más necesitados estén en primer lugar, donde Dios esté presente, ya que es el único que nos pregunta siempre: "¿Dónde está tu hermano?". Despertemos del sueño y veamos que la salvación se acerca, está a nuestro lado, cada día más cerca. La salvación es Jesucristo, que vino y se hizo hombre, ha resucitado, pero volverá. De Él es el día, no la noche ni las tinieblas. Por eso, conversemos con Él, escuchemos su Palabra. Dejemos que su Palabra, su presencia, su perdón inunde nuestra vida y nos haga ver que "el día se echa encima", que hay que "dejar las actividades de las tinieblas" que son las que implantan el egoísmo, el desentendernos de los demás, el no dejar sitio para los otros sea quien sea, el no descubrir que esta tierra es de todos y para todos. ¡Qué ánimo nos da el Señor! Al iniciar el Adviento, nos dice: "Pertrechémonos con las armas de la Luz", es decir, el mismo Jesucristo, ya que solamente Él es el Camino, la Verdad y la Vida. La invitación de san Pablo es clara, pues nos invita a "vestirnos del Señor Jesucristo".

C. Con coraje de existir, es decir, vivir con esperanza fundada en Jesucristo: Recordemos la profunda crisis económica y de paz, que lo es de valores, que

estamos viviendo. Seguimos viviendo frívolamente en la manera de enfrentarnos con la vida. Dejemos que nos siga haciendo la pregunta Jesucristo, ¿vivimos despiertos o amodorrados en la rutina de cada día? El Señor nos invita a no vivir distraídos. No es que nos acuse, pero nos advierte: "Comprended que si supiera el dueño de la casa a qué hora de la noche viene el ladrón estaría en vela". A veces estamos distraídos de lo que es esencial. Y Jesús quiere que no nos distraigamos que "Él puede venir en cualquier momento o en cualquier situación". El Señor nos invita a vivir con coraje, a tener esperanza, la que Él nos da. Y nos pone dos ejemplos para que lo entendamos: el descuido de los contemporáneos de Noé y el descuido del amo de la casa, es decir, la llegada imprevista del diluvio y la del ladrón. Estas llegadas provocan ruina y destrucción. El Señor nos invita a vivir y a descubrir en este tiempo de Adviento conscientes del anhelo de paz, de justicia, de solidaridad, de la Vida que Dios ofrece en cada instante; nos invita a eliminar la cultura de la superficialidad. Nos invita a reaccionar con coraje y viviendo de una manera lúcida, abiertos a todos. Sí, "es hora de despertar del sueño", atrevámonos a vivir, a ser diferentes, a tener coraje de existir, con la existencia de Cristo. El Evangelio es una llamada a la esperanza en el Hijo del Hombre que viene. Se nos invita a renovar nuestra esperanza. En el mundo hay un oscurecimiento de la esperanza, hay mucho desorientado e inseguro, marcados por la nada, el sinsentido o la cultura del vacío que se manifiesta en el individualismo, en la vida intrascendente, la apatía, la frivolidad, la falta de utopías. El Papa Francisco nos decía que "la crisis mundial, que afecta a las finanzas y a la economía, pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo".

Que este tiempo de Adviento nos abra a la Luz que es Cristo, que cuando entra en nuestra vida la renueva. Digámosle con todas nuestras fuerzas: ¡Ven, Señor Jesús! Necesitamos que llenes nuestro corazón de esperanza y fortaleza, de tu Amor y de tu Alegría. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS

- **De Nuestra Señora de los Álamos:** D. Víctor González Fernández (2-11-2016).

VICARIOS PARROQUIALES

- **De San Pedro Apóstol de Villaverde:** D. Pedro Sabe Andreu (2-11-2016).
- **De Nuestra Señora de las Delicias:** D. Lorenzo Saavedra González (2-11-2016).
- **De Nuestra Señora del Rosario:** P. Abel García-Cezón Roldán, O.F.M. Conv. (2-11-2016).

ADSCRITOS

- **A Nuestra Señora del Consuelo:** D. Alejandro Javier Cañete (2-11-2016).

- **A María Mediadora:** D. Julio César Rolón Bordón (2-11-2016).
- **A San Bernabé:** D. Gustavo Javier Servián Villagra (2-11-2016).

OTROS OFICIOS

- **Coordinador de Apoyo a la Innovación Pastoral:** D. Pablo Agustín Genovés Azpeitia.

DEFUNCIONES

– El día 2 de noviembre de 2016 falleció SOR GLORIA (Antonia Martínez-Rey Sánchez), a los 91 años de edad y 62 de vida consagrada en el Monasterio de la Purísima Concepción de las monjas Mercedarias de Madrid.

– El día 20 de noviembre de 2016 falleció el R. P. VENANCIO ARANGUREN CELAYA, , Canónigo Regular Lateranense, a los 86 años de edad.

– El día 24 de noviembre de 2016, falleció el Rvdo. Sr. D. IGNACIO ANTOLÍN ABASTAS, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Villada (Palencia), el 22 de enero de 1936. Ordenado en Comillas, el 29 de marzo de 1959. Incardinado en Madrid, el 18 de marzo de 1972. Estaba jubilado. Fue Viceconsiliario de Cursos de Cristiandad (1974-2009); profesor de Religión del Instituto Gómez Moreno (1969-2001). Fue colaborador de las parroquias de Santísimo Cristo de la Salud (1973-2003), Virgen de la Oliva (1974-1997) y adscrito a Santa María del Buen Aire (2003-2004).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

– El día 26 de noviembre de 2016, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Ángel de las Heras Berzal, C.F.M., Obispo de Mondoñedo-Ferrol, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo, confirió, en la Iglesia del Corazón de María - Capilla del Seminario Claretiano, de Colmenar Viejo, el Sagrado Orden del Diaconado al religioso **Adrián de Prado Postigo, C.M.F.**

– El día 26 de noviembre de 2016, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de los Doce Apóstoles, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al Rvdo. **Sr. D. Miguel Silvestre Bengoa, de la Obra de la Iglesia.**

– El día 27 de noviembre de 2016, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de San Miguel Arcángel de Carabanchel, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. Sr. D. Fausto Marín Sánchez, diocesano de Madrid.**

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

ERECCIÓN Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS.-

- Asociación Pública de Fieles "Cofradía de Nuestra Señora de Navahonda", de Robledo de Chavela (15-11-2016).
- Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora del Dulce Nombre de María de la Antigua", de Robledo de Chavela (15-11-2016).

NOMBRAMIENTO DE PRESIDENTE.-

- Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora Santa María del Castillo de Canencia", de Canencia: Dña. Gracia Domingo García (15-11-2016).
- Asociación Pública de Fieles "Hermandad Virgen de la Puerta de Otuzco": D. Homero Miñano Aguilar (15-11-2016).
- Asociación Pública de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora del Remolino", de El Molar: D. José Ignacio López Vallejo (15-11-2016).
- Asociación Pública de Fieles "Congregación Benéfica de Nuestra Señora de la Novena": Dña. María Ángeles Tejedor-Casal Reborio Fernández (28-11-2016).

**ACTIVIDADES
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID**

NOVIEMBRE 2016

Día 1, martes.

12:00.- Visita el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena y celebra la Eucaristía, en la festividad litúrgica de Todos los Santos.

Día 2, miércoles.

10:30.- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.

19:00.- Celebra la Misa en la Catedral por los obispos difuntos.

Día 4, viernes.

09:00.- Recibe visitas durante todo el día en el Palacio Arzobispal.

21:00.- Preside la vigilia de oración con jóvenes en la catedral de la Almudena.

Día 5, sábado.

10:30.- Participa en el Encuentro Diocesano de Niños en la Plaza de la Almudena, y celebra la Eucaristía en la Catedral.

- 12:00.- Concelebra en la Catedral en la Misa homenaje al cardenal Rouco. Y asiste a la posterior comida en el Seminario Conciliar.
- 16:30.- Preside una profesión solemne de la Orden de San Agustín, en la basílica del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.
- 19:00.- Celebra la Eucaristía en la festividad de Santa Ángela de la Cruz con las Hermanas de la Compañía de la Cruz.
- 21:00.- Encuentro y cena con los jóvenes del Foro JM 2016 en el Colegio Jesús y María, de Juan Bravo.

Día 6, domingo.

- 09:00.- Celebra la Eucaristía con ANFE.
- 13:00.- Preside la Eucaristía de toma de posesión del nuevo párroco de San Jerónimo el Real.
- 19:00.- Misa en Nuestra Señora de las Maravillas como inicio oficial de la nueva etapa de este templo, sede de la Comunidad de Sant'Egidio.

Día 7, lunes.

- 10:00.- Jornada de oración con sacerdotes, en la capilla del Palacio Arzobispal.
- 16:00.- Entrevistas con la agencia ACI y Alfa y Omega.
- 19:00.- Presenta el libro "Benedicto XVI. Últimas conversaciones con Peter Seewald" (Mensajero), en la sala de Alfa y Omega.

Día 8, martes.

- 09:00.- Desayuno con José Antonio Masegosa, en directo, para Telemadrid.
- 11:00.- Saluda en la Plaza de la Almudena a los niños que acuden a realizar la ofrenda floral en honor a la Virgen de la Almudena.
- 13:00.- Entrevista de trabajo con el Vicario Judicial, en el Palacio Arzobispal.
- 16:00.- Preside la Junta de Gobierno de la UESD.
- 18:00.- Entrevista de trabajo con el Vicario General, en el Palacio Arzobispal.
- 20:00.- Celebra en la Catedral la Vigilia de oración en honor a la Virgen de la Almudena.

Día 9, miércoles.

11:00.- Preside en la Plaza Mayor la tradicional Misa en honor a la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid. Y la posterior procesión con la imagen de la Virgen hasta la Catedral.

Día 10, jueves.

10:00.- Se reúne con el Comité Ejecutivo en la CEE.

16:30.- Entrevista de trabajo con el Vicario de la Vida Consagrada, en el Palacio Arzobispal.

17:30.- Entrevista de trabajo con el Vicario de Acción Caritativa, en el Palacio Arzobispal.

19:00.- Asiste a la presentación del libro "Fidelidad es cambio. La comunicación de Francisco contada de cerca", por monseñor Darío Edoardo Viganò.

Día 11, viernes.

09:30.- Entrevista con SERVIMEDIA.

11:30.- Participa en una entrevista en directo en Radio María.

13:00.- Recibe visitas en el Palacio Arzobispal.

17:00.- Preside la reunión del Patronato de la Fundación Blanquer, en el Palacio Arzobispal.

19:00.- Celebra una Eucaristía en el colegio Santa Rita, con motivo del 125 aniversario de la llegada de los primeros Religiosos Terciarios Capuchinos.

Día 12, sábado.

10:00.- Preside la Eucaristía en la Jornada Social Diocesana que se celebra en el Seminario Conciliar.

16:00.- Recibe visitas en el Palacio Arzobispal.

19:00.- Celebra la Misa de clausura del Año de la Misericordia en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 13, domingo.

10:30.- Preside la Eucaristía del Congreso Católicos y Vida Pública, en la capilla del Colegio Mayor Universitario San Pablo, emitida por la 2 de TVE.

- 12:30.- Celebra la Eucaristía en la parroquia San Eulogio de Villa de Vallecas, con motivo de su 50 aniversario.
- 17:00.- Imparte el sacramento del Bautismo en la iglesia de San Francisco de Sales.

Día 14, lunes.

- 10:00.- Inaugura la II experiencia de Scholas Ciudadanía en Madrid.
- 12:30.- Recibe visitas en el Palacio Arzobispal.
- 15:30.- Se reúne con el Consejo Episcopal, en el Palacio Arzobispal.

Día 15, martes.

- 12:30.- Clausura la Jornada Académica "El derecho en la misión de la Iglesia" organizada por la Facultad de Derecho Canónico de la UESD.
- 16:00.- Participa en una reunión en la sede de CONFER.
- 19:30.- Presenta el libro "El Papa de la alegría" junto a su autor, Juan Vicente Boo, en la Universidad de Comillas.

Día 16, miércoles.

- 10:00.- Entrevista con Europa Press, en el Palacio Arzobispal.
- 11:00.- Entrevista con Jesús Rodríguez, de El País, en el Palacio Arzobispal.
- 12:00.- Entrevista con el Semanario Gente, en el Palacio Arzobispal.
- 16:00.- Viaja a Roma para la imposición del Capelo Cardenalicio.

Día 17, jueves.

Roma.

Día 18, viernes.

- 18:00.- Recibe en Roma, en el Pontificio Colegio Español, a Dña. Cristina Cifuentes, Presidenta de la Comunidad de Madrid, acompañada por D. Ángel Garrido, Consejero de la Presidencia, Justicia y Portavocía del Gobierno, y por Dña. Marisa González, Directora del Gabinete de la Presidenta y Directora de Comunicación de la Comunidad de Madrid.

Día 19, sábado.

- 11:00.- Participa en Roma en el Consistorio donde es creado Cardenal por el Papa Francisco.
- 16:30.- Recibe en el Aula Pablo VI la felicitación de las personas desplazadas a Roma para asistir a su creación como Cardenal.

Día 20, domingo.

- 10:00.- Concelebra con el Santo Padre y los Cardenales en la Eucaristía de Clausura del Jubileo de la Misericordia, en la Plaza de San Pedro.

Día 21, lunes.

- 10:00.- Participa en Roma en la reunión del XIV Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, presidida por el Santo Padre.

Día 22, martes.

Participa en Roma en la reunión del XIV Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, presidida por el Santo Padre.

Día 23, miércoles.

Participa en Roma en la reunión del XIV Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, presidida por el Santo Padre.
Participa en Madrid en la Asamblea Plenaria de la CEE.

Día 24, jueves.

- 10:00.- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.
- 20:00.- Preside una Misa funeral en la parroquia San José Obrero.

Día 25, viernes.

- 10:00.- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.
- 19:00.- Preside una Eucaristía e imparte el sacramento de la Confirmación en la parroquia San Fermín.

Día 26, sábado.

- 12:00.- Preside la Eucaristía y ordena presbítero a un diácono de La Obra de la Iglesia, en la parroquia de Los Doce Apóstoles.
- 19:00.- Preside la Eucaristía de Acción de Gracias por su creación como Cardenal en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 27, domingo.

- 12:00.- En el I Domingo de Adviento preside la Eucaristía en la catedral de la Almudena.
- 19:00.- Preside en la iglesia de San Miguel Arcángel, de Carabanchel, la ceremonia de ordenación presbiteral del diácono Fausto Marín.

Día 28, lunes.

- 11:30.- Inaugura en el Seminario Conciliar las Jornadas de formación sobre el "Discernimiento y acompañamiento de los casos de nulidad matrimonial".
- 17:00.- Preside en San Antón la Proclamación de la Palabra en braille, organizada por CECO.
- 19:00.- Imparte en los Trinitarios de Alcorcón una conferencia titulada "Mensaje del Papa Francisco".

Día 29, martes.

Viaje a Salamanca con el Cardenal Porras y encuentro con la Rectora, profesores y alumnos de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Día 30, miércoles.

- 10:00.- Recibe visitas en el Palacio Arzobispal.
- 20:00.- Preside en la iglesia de San Andrés Apóstol la Misa en honor al santo patrono.

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO

Prot. Nº 0160/2016

**JUAN ANTONIO REIG PLA
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES**

DECRETO

El Concilio Vaticano II, tomando por fundamento el principio de colegialidad, recuerda a los obispos su responsabilidad en la solicitud por todas las Iglesias y, especialmente, por aquellas regiones más necesitadas de evangelización. El mismo Concilio exhorta a los presbíteros, que participan realmente del sacerdocio universal de Cristo, a que lleven impresa en su corazón esa misma solicitud por todas las Iglesias.

La Diócesis de Alcalá de Henares, desde el servicio a la Verdad y a la Caridad, está llamada a anunciar el Evangelio de la salvación al mundo entero en

comuni3n con las Iglesias particulares hermanas. A esto tambi3n nos emplaz3 el Papa San Juan Pablo II con la invitaci3n a la Nueva Evangelizaci3n de los pa3ses europeos de la antigua cristiandad. Igualmente, recibió con reverencia el llamamiento del Papa Benedicto XVI: "La misi3n evangelizadora, continuaci3n de la obra deseada por el Se1or Jes3s, es para la Iglesia necesaria e insustituible, expresi3n de su propia naturaleza".

Por otra parte, en el Motu Proprio Porta Fidei ya se indicaba: "Caritas Christi urget nos (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy, como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra. Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generaci3n: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confi3 el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, tambi3n hoy, es necesario un compromiso eclesial m3s convencido en favor de una Nueva Evangelizaci3n para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe."

Recientemente, tambi3n el Papa Francisco ha insistido en lo mismo diciendo: "El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo" y en la homilía pronunciada el 8/XII/2015, Solemnidad de la Inmaculada Concepci3n, en la apertura de la Puerta Santa del Jubileo de la Misericordia, agreg3: "dondequiera que haya una persona, all est3 llamada la Iglesia a ir para llevar la alegría del Evangelio y llevar la misericordia y el perd3n de Dios. Un impulso misionero por tanto, que despu3s de estas d3cadas seguimos retomando con la misma fuerza y el mismo entusiasmo".

Aunque en la formaci3n de todo candidato a las rdenes Sagradas haya que tener en cuenta la dimensi3n misionera, ésta merece particular atenci3n cuando se trata de aquellos candidatos al sacerdocio en quienes, bajo la llama viva del Espíritu Santo, ha madurado una particular vocaci3n para la evangelizaci3n a "todos los Pueblos". Por eso, la misma legislaci3n can3nica, inspirada en el Concilio Vaticano II, advierte que el Obispo diocesano debe procurar que los cl3rigos que quieran trasladarse de la propia Di3cesis a una Di3cesis de otra regi3n, se preparen convenientemente. Así mismo, el Concilio Vaticano II establece que los Obispos puedan fundar Seminarios internacionales o del clero diocesano para las misiones.

Por todo ello, despu3s de haber reflexionado, orado y examinado a la luz del Espíritu de Dios la posibilidad de erigir un seminario diocesano misionero, tras

haber realizado las consultas pertinentes y creyendo interpretar correctamente la solicitud pastoral de los Sumos Pontífices, por el presente decreto,

Erijo

el "Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero de formación al presbiterado para la Nueva Evangelización", bajo el patrocinio de la Santísima Virgen María "Redemptoris Mater", de los Santos Niños Justo y Pastor y de San Francisco de Sales.

El Seminario tendrá su sede en Alcalá de Henares, dependerá directamente del Ordinario y su único propósito será formar jóvenes y adultos para el sacerdocio y para la misión. Para ello, todos los bienes, propiedad del Seminario, estarán destinados exclusivamente a la consecución de los fines estatutarios, con la consiguiente prohibición de distribuir para otros fines, ni siquiera indirectamente, los beneficios y los fondos excedentes, reservas o capital durante la vida de la institución.

De acuerdo con el Código de Derecho Canónico, c. 237 §1 y 238ss y de acuerdo con el art. 18 de los Estatutos del Camino Neocatecumenal publicado el 13 de junio de 2009, el Seminario Diocesano Redemptoris Mater, se registrará por un "Estatuto" específico y una "Regla de Vida", que se anexan a este Decreto.

Dado en Alcalá de Henares, a siete de octubre de dos mil dieciséis, memoria de Nuestra Señora, La Virgen del Rosario.

D. Juan Antonio Reig Pla
Obispo Complutense

Por mandato de S. Excia. Rvdma.
José María Sánchez de Lamadrid Camps
Canciller-Secretario

EDICTO

**SESIÓN DE APERTURA DE LA INVESTIGACIÓN DIOCESANA DE
LA CAUSA DE CANONIZACIÓN DE LOS SIERVOS EDUARDO
ARDIACA CASTELL Y 43 COMPAÑEROS**

ALCALÁ DE HENARES, 12 DE NOVIEMBRE DE 2016

DELEGACION PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

CAUSA DE CANONIZACIÓN

EDICTO

El P. Fernando ROJO MARTÍNEZ, O.S.A, Postulador legítimamente constituido en la Causa de los Siervos de Dios, Eduardo ARDIACA CASTELL y 43 compañeros,

Del Clero diocesano:

- 1.- Eduardo Ardiaca Castell, † en Alcalá de Henares.
- 2.- Adrián de Luz Anchuelo, † en Valdetorres de Jarama.
- 3.- César Manero Zaro, † en Alcalá de Henares.
- 4.- Eduardo Torres Montes, † en San Fernando de Henares-Barajas.
- 5.- Eugenio Mangas Santos, † en Santorcaz.
- 6.- Francisco Gómez de Diego, † en Nuevo Baztán.
- 7.- Isidro Martín de León, † en Arganda del Rey.
- 8.- José Vicente Aranda Garabato, † en Morata de Tajuña.
- 9.- Lucio Martín Díez, † en Torrejón de Ardoz.
- 10.- Marcial Plaza Delgado, † en Alcalá de Henares.
- 11.- Martín García García, † en Los Santos de la Humosa.
- 12.- Pablo Herrero Zamorano, † en Alcalá de Henares.
- 13.- Pedro García Ezcaray, † en Alcalá de Henares.
- 14.- Rufo Orea Pérez, † en Arganda del Rey.

Religiosos /as:

Agustinos

- 15.- Fr. Crescencio García Baños, † en Alcalá de Henares.
- 16.- P. Dámaso Martínez Vélez, † en Paracuellos de Jarama.
- 17.- P. Eduardo Turrado Crespo, † en Paracuellos de Jarama.
- 18.- P. Jenaro Díez Fernández, † en Paracuellos de Jarama.
- 19.- P. Pedro Nolasco Alonso Cadierno, † en Paracuellos de Jarama.
- 20.- P. Rufino Palacios Gozalo, † en Paracuellos de Jarama.
- 21.- P. Venancio Azcúnaga Landáburu, † en Paracuellos de Jarama.
- 22.- P. Victorio Martín Gago, † en Paracuellos de Jarama.

Maristas

- 23.- P. Antonio de Santiago Sáez, † en Paracuellos de Jarama.
- 24.- P. Pedro Muñoz Rosales, † en Paracuellos de Jarama.
- 25.- P. Romualdo Sáenz Gastón, † en Paracuellos de Jarama.
- 26.- P. Timoteo Uriondo Marquínez, † en Paracuellos de Jarama.
- 27.- P. Zacarías Feijóo Gallego, † en Paracuellos de Jarama.

Franciscana Clarisa

28.- Antonia Meco Pérez (María del Amor Hermoso), † en Torrejón de Ardoz.

Seglares:

- 29.- Aurelio García Murillo, † en Los Santos de la Humosa.
- 30.- Diego Mac-Crohon Jarava, † en Paracuellos de Jarama.
- 31.- María Encarnación Arenas Orea, † en Arganda del Rey.
- 32.- Felicidad (Celedonia) Rodríguez Alcaide, † en Arganda del Rey.
- 33.- Félix Muñoz Raboso, † en Villarejo de Salvanes.
- 34.- José Plaza Torres, † en Alcalá de Henares.
- 35.- Juan Bautista Pellón Medina, † en Paracuellos de Jarama.
- 36.- Juana Carmen Muñoz Martínez, † en Villarejo de Salvanes.
- 37.- Julián Pérez Díez, † en Torrejón de Ardoz.
- 38.- Luciana Orea Pérez, † en Arganda del Rey.
- 39.- Manuel Mac-Crohon Jarava, † en Paracuellos de Jarama.
- 40.- Paula Muñoz Martínez, † en Arganda del Rey.
- 41.- Pedro Muñoz-Seca Cesari, † en Paracuellos de Jarama.
- 42.- Ramón Bermejo Mesto, † en Paracuellos de Jarama.
- 43.- Ricardo de la Cierva y Codornú, † en Paracuellos de Jarama.
- 44.- Tomás Plaza Maín, † en Alcalá de Henares.

me pide introduzca la Causa de canonización de dichos Siervos de Dios.

El Artículo 11/b de las "Normae servandae" de la Congregación de las Causas de los Santos, de fecha 7 de febrero de 1983, establece que debe hacerse pública en la Diócesis la petición del Postulador, invitando a todos los fieles a que manifiesten todo aquello que pueda ser útil en la Causa, tanto a favor como en contra de la misma.

En consecuencia exhorto a todos los fieles de esta Diócesis Complutense, para que en el plazo de 40 días, a partir de la publicación de este Decreto, exponga a mí o a mi Delegado Episcopal para las Causas de los Santos, M.I. Rvdo. D. Luis García Gutiérrez, todo aquello que pueda ser útil en la introducción de la menciona-

da Causa, incluso lo que pueda ser contrario a la misma; y presenten los escritos o fotocopias de los mismos, en su poder relativos a estos mártires.

Alcalá de Henares, a diez de noviembre del año dos mil dieciséis.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo Complutense

Por mandato de S. Excia. Rvdma.
José María Sánchez de Lamadrid Camps
Canciller-Secretario

DEFUNCIONES

– El día 15 de noviembre de 2016 falleció en Alcalá de Henares el Rvdo. D. José Antonio NAVARRO SAUGAR. Descanse en paz.

D. José Antonio nació en Valencia el día 18/11/1942, y fue ordenado Presbítero en Cuenca, estaba incardinado en la Diócesis de Cuenca. Desde 1997 estaba trabajando pastoralmente en esta Diócesis de Alcalá, desempeñando los siguientes cargos:

- Capellán del Hospital Príncipe, de Alcalá de Henares 30/07/1997-15/09/2001.
- Capellán de la Residencia de Ancianos "Francisco de Vitoria" de Alcalá de Henares 01/09/2001-20/09/2002.
- Adscrito a la Parroquia de Santo Tomás de Villanueva en Alcalá de Henares. 01/09/2001-26/09/200
- Capellán de las MM. Clarisas de Concepcionistas Franciscanas de la Inmaculada Concepción de Alcalá de Henares 03/09/202-14/09/2006.

ACTIVIDADES SR. OBISPO. NOVIEMBRE 2016

1 Martes

TODOS LOS SANTOS

* A las 12:00 h. Santa Misa en el Cementerio antiguo de Alcalá de Henares.

2 Miércoles

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

* A las 10:00 h. Santa Misa en el Cementerio de Cocentaina.

3 Jueves

San Martín de Porres, religioso

* Por la tarde en el Salón de Obispos del Palacio Arzobispal reunión sobre el "Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero Redemptoris Mater y de los Santos Niños Justo y Pastor".

4 Viernes

San Carlos Borromeo, obispo

* Por la tarde en el Salón de Obispos del Palacio Arzobispal reunión sobre el "Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero Redemptoris Mater y de los Santos Niños Justo y Pastor".

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

5 Sábado

* A las 12:00 h. en la Catedral de Ntra. Sra. de la Almudena de Madrid Santa Misa por los 40 años como obispo del Cardenal S. Emcia. Mons. Antonio María Rouco Varela.

* A las 19:30 h. en la parroquia de Santiago Apóstol de Alcalá de Henares Santa Misa de apertura curso de Equipos de Ntra. Sra.

6 Domingo

XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 14:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa con bautizo de un adulto.

7 Lunes

* En Valencia (sede de Santa Úrsula de la Universidad Católica -UCV-) inauguración del curso académico del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia:

* A las 17:00 h. Claustro.

* A las 18:30 h. concelebra la Santa Misa en Santa Úrsula presidida por el Cardenal-Arzbispo Metropolitano de Valencia S. Emcia. Mons. Antonio Cañizares Llovera.

* A las 19:45 h. Acto Académico.

8 Martes

* A las 10:30 h. Santa Misa en la Capilla de San Ildefonso y Acto Cisneriano en la Universidad de Alcalá de Henares.

* A las 18:00 h. en la Catedral-Magistral inauguración del "Año Cisneros" con Vísperas solemnes.

9 Miércoles

LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN, Catedral de Roma, Madre y cabeza de todas las iglesias.

Festividad en el "Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia".

* Por la mañana concelebra la Santa Misa en la Catedral de Madrid en la fiesta de Ntra. Sra. de la Almudena y a continuación procesión.

* A las 18:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

10 Jueves

San León Magno, papa y doctor

* Consejo Episcopal.

* A las 17:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

11 Viernes

San Martín de Tours, obispo

* A las 11:00 h. en el Palacio Arzobispal reunión con los directores de colegios concertados.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Familias en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

12 Sábado

San Josafat, obispo y mártir

* Por la mañana en el Palacio Arzobispal Escuela de Catequistas.

* A las 17:30 h. en la Catedral-Magistral solemne apertura de la Causa de los Santos.

13 Domingo

XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

"Día (y colecta) de la Iglesia Diocesana"

San Diego de Alcalá

San Leandro, obispo

* LXXX Aniversario del martirio de los Beatos de Paracuellos de Jarama y Día de la Iglesia Diocesana. A las 12:00 h. en el Cementerio de los Mártires de Paracuellos de Jarama celebración de la Santa Misa en honor a los 134 Beatos allí inhumados y a continuación procesión eucarística con estaciones y bendición de los presentes.

* A las 19:30 h. Santa Misa de San Diego en la Catedral-Magistral y Clausura Diocesana del Año Jubilar de la Misericordia.

15 Martes

San Alberto Magno, obispo y doctor

* Jornada Sacerdotal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor".

16 Miércoles

Santa Margarita de Escocia y Santa Gertrudis "Magna", virgen

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:30 h. Santa Misa y entrega de Biblias en el Seminario Menor.

17 Jueves

Santa Isabel de Hungría

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Civitas Dei Aula Cultural Cardenal Cisneros. Conferencia: "Morir en el Señor: El entierro del Señor de Orgaz de El Greco, expresión de la fe cristiana en la vida eterna". Intervino: Mons. José Rico Pavés, Obispo auxiliar de Getafe. Doctor en Teología.

18 Viernes

Dedicación de las Basílicas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

19 Sábado

San Abdías, profeta

* Por la mañana asiste en la Basílica de San Pedro del Vaticano al Consistorio de creación de nuevos Cardenales, entre ellos S. Emcia. el Cardenal-Arzbispo Metropolitano de Madrid Mons. Carlos Osoro Sierra.

20 Domingo

CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

XXXIV Y ÚLTIMO DEL TIEMPO ORDINARIO

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

Beatas Ángeles Lloret Martí de San José, H.D.C. y 14 compañeras, vírgenes y mártires

* En la Plaza de San Pedro del Vaticano Santa Misa con el Papa Francisco de Clausura del Año Jubilar de la Misericordia.

21 Lunes

La Presentación de la Santísima Virgen

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

22 Martes

Santa Cecilia, virgen y mártir.

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

23 Miércoles

San Clemente I, papa y mártir y San Columbano, abad.

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

24 Jueves

San Andrés Dung-Lac y compañeros mártires

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

25 Viernes

Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.

* A las 20:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa de inicio de curso del Pontificio Instituto Juan Pablo II y por el alma de doña María Luisa Rosat Donderis, madre de José María Gea Rosat; luego ágape fraterno en la Galería de Concilios.

26 Sábado

* A las 18:00 h. Confirmaciones en la parroquia de San Pedro y San Pablo de Coslada.

27 Domingo

I DE ADVIENTO

* A las 12:30 h. confirmaciones en la parroquia de San Vicente Mártir de Paracuellos de Jarama.

29 Martes

San Saturnino de Cartago, mártir

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor".

30 Miércoles

SAN ANDRÉS, apóstol

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 17:30 h. reunión en el Salón de Obispos del Palacio Arzobispal sobre la Postconfirmación.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

CARTA DE D. JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR,
OBISPO DE GETAFE,
CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DEL DÍA
DE LA IGLESIA DIOCESANA.

SOMOS UNA GRAN FAMILIA CONTIGO

Queridos diocesanos:

Estamos celebrando el 25 aniversario de la creación de la Diócesis de Getafe. Por eso la jornada de la Iglesia diocesana de este año tiene un sentido más profundo. El lema de la campaña nos ayuda: "Somos una gran familia". En estos años hemos visto nacer muchas nuevas parroquias, las delegaciones diocesanas, el Seminario Mayor, el Centro Diocesano de Teología... Nuevas comunidades religiosas, otras formas de vida consagrada, instituciones eclesiales, colegios con un ideario católico, han iniciado su andadura en la Diócesis.

En estos veinticinco años hemos crecido como una familia y es mayor la presencia diocesana en la sociedad civil, en la universidad y en el mundo de la cultura. Sin olvidar la gran labor social en las Caritas parroquiales, y diocesana; en países de extrema pobreza a través de Manos Unidas, en hospitales, residencias, centros penitenciarios...

Con humildad pero como familia nos sentimos contentos de todo lo que estamos haciendo: bajo el impulso del Espíritu Santo, el Evangelio de Jesucristo hoy llega a muchas más personas. En la creación de la Diócesis han intervenido muchas personas singulares, solo nombraré a tres que ya no están entre nosotros: San Juan Pablo II, el Cardenal Suquía y el primer Obispo de Getafe, nuestro querido Don Francisco José. Pero todos y cada uno de los que han trabajado y trabajan son necesarios. Somos llamados y elegidos por Dios uno a uno. Esto es lo más importante.

Ahora bien, también como una familia, son muchos los recursos económicos invertidos en estos años. Gracias por vuestra generosidad. Pero las necesidades, como en la mayoría de las familias, son mayores que los recursos. Son muchas las comunidades parroquiales que están financiando sus templos y locales parroquiales; la administración diocesana a través de la comunicación de bienes ayuda a aliviar las cargas de las parroquias con menos recursos. Como familia responsable nos hemos propuesto como objetivos la transparencia y la autofinanciación. Seguimos los acertados consejos del papa Francisco de ser austeros y responsables con los bienes; se puede decir, que, como tantas familias, somos una familia con escasos recursos.

Por tanto, en este 25 aniversario, vuelvo a llamaros a seguir manteniendo esta gran familia diocesana. A través de vuestras suscripciones bancarias, aportaciones, donativos, legados, herencias y con vuestra colaboración en los Consejos de Economía de las parroquias hacéis posible que esta familia se mantenga y crezca cada día.

También tenemos familiares que han terminado su curso terrenal y gozan ya de la visión beatífica, acompañando a san Benito Menni, a santa Maravillas de Jesús, al beato Faustino Míguez, a los mártires del Cerro de los Ángeles y de Ciempozuelos, donde interceden por nosotros.

Esta familia tiene una madre que vela por todos, María. Con su amparo y protección: SOMOS UN GRAN FAMILIA CONTIGO.

Con mi bendición y afecto en el Señor.

† Joaquín María López de Andújar
Obispo de Getafe

DECRETO

Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

PROEMIO

El Concilio Vaticano II nos ha recordado que: *"La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta o mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas, habida cuenta de las circunstancias de lugar y tiempo. El hombre, en efecto, no se limita al solo horizonte temporal, sino que, sujeto de la historia humana, mantiene íntegramente su vocación eterna. La Iglesia, por su parte, fundada en el amor del Redentor, contribuye a difundir cada vez más el reino de la justicia y de la caridad en el seno de cada nación y entre las naciones. Predicando la verdad evangélica e iluminando todos los sectores de la acción humana con su doctrina y con el testimonio de los cristianos, respeta y promueve también la libertad y la responsabilidad políticas del ciudadano."* (G.S. 76).

Para llevar a cabo esta cooperación y como consecuencia de la aprobación de diversas normativas legales en el ámbito civil, referentes al voluntariado y a la protección a la infancia y a la adolescencia, estamos ante la necesidad de recopilar determinada información con el fin de darle cabal cumplimiento. Para ello, necesitamos de vuestra colaboración, en bien de la Diócesis y de todos aquellos que en ella desarrollamos tareas de evangelización.

DECRETO

En primer lugar, y tras la aprobación de la nueva legislación en materia de voluntariado (Ley 45/2015, de 14 de octubre, de Voluntariado), es necesario contar con un adecuado **registro de voluntarios** que nos permita, no solo disponer de una más precisa cuantificación de los mismos, sino poner de manifiesto la relación existente con ellos que evite en algunos casos posibles dudas sobre la naturaleza de su relación; y por otro confirmar su inclusión dentro de la cobertura del seguro que tenemos contratado al efecto con la compañía UMAS. Se entiende por voluntarios todas las personas mayores de edad que colaboran gratuitamente con la Iglesia: catequistas, monitores, equipos de limpieza y sacristía etc ... Para ello, debemos **suscribir con cada uno de ellos la 11 Carta de Compromiso de incorporación de una persona voluntaria a la Diócesis de Getafe"** (ANEXO 1), del que luego tendremos que disponer de copia en el Obispado a los efectos oportunos; sobre todo de comunicación y cobertura en el seguro.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

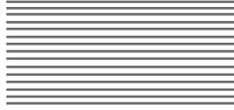
- **D. Tommaso Pedroli Viotto**, Administrador parroquial en la Parroquia San Benito Menni, en Fuenlabrada el 1 de noviembre de 2016.
- **D. Iván Puertas Mesa**, Vicario parroquial, en la Parroquia Santos Justo y Pastor, en Parla, el 1 de noviembre de 2016.

DEFUNCIONES

– **D. Vicente Royo Mejía** falleció en Madrid, el 22 de noviembre, a los 59 años de edad. Es hermano de D. Alberto Royo, Párroco en Santa María de la Alegría, en Móstoles. Deja esposa y dos hijos.

– **D. Rafael Rico Beltrán** falleció en Gandía el 2 de diciembre, a los 76 de edad. Era viudo y no tenía hijos. Es hermano de D. Vicente Rico que estaba en la Parroquia Sagrada Familia, en Fuenlabrada, y actualmente ejerce su ministerio sacerdotal en San Fortunato, en Leganés.

"Señor Jesús, Tú que estás sentado a la derecha del Padre, alegra con la visión de tu rostro a nuestros hermanos Vicente y Rafael difuntos".



sacerdote el 17 de mayo de 1981. Obtuvo la licenciatura en Teología Sistemática-Bíblica en el Instituto Católico de París, en 1995.

Su ministerio sacerdotal lo ha desarrollado en la diócesis de Palencia, donde ha desempeñado distintos cargos pastorales: en 1982 fue nombrado vicario parroquial de San Lázaro y vocal del Consejo Presbiteral por consiliarios; además de consiliario diocesano del Movimiento Junior A.C. y coordinador de consiliarios de Castilla y León. En 1983 fue nombrado delegado diocesano de Pastoral Juvenil y Vocacional; en 1984, párroco solidario de San Lázaro; en 1985, formador del seminario mayor de Palencia; en 1986, delegado para el acompañamiento vocacional para el presbiterado; en 1990, delegado de Pastoral Juvenil-Vocacional y miembro del Consejo de Consultores; en 1992, consiliario internacional del MIDADEN (Acción Católica de Niños) en París, cargo que ocupó hasta 1995; en 1995, vicedirector y profesor del seminario menor; en 1996, rector del seminario menor y delegado diocesano de Pastoral de Vocaciones; en 1998, rector del seminario mayor, en el que permaneció hasta 2004; en el 2000, profesor extraordinario del Instituto Teológico del seminario mayor de Palencia y miembro del consejo de consultores; en 2001, administrador del seminario mayor y de la casa sacerdotal, y desde 2008 miembro del Colegio de Consultores.

Desde el año 2004 es párroco de San Lázaro de Palencia y desde 2008 el vicario general y moderador de curia. Del 8 de mayo de 2015 hasta el 18 de junio de 2016 fue el administrador diocesano de Palencia.

DISCURSO INAUGURAL
DE LA CVIII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

DISCURSO DEL PRESIDENTE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Y ARZOBISPO DE VALLADOLID,
CARDENAL RICARDO BLÁZQUEZ,
EN LA SESIÓN INAUGURAL DE LA
108º ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

"CONVOCADOS A LA ESPERANZA"

1. Saludos

Saludo en primer lugar a los hermanos en el Episcopado y les doy la bienvenida a esta Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española que hoy iniciamos.

Nada más comenzar, haciéndome eco del sentir de todos los miembros de nuestra Asamblea, quiero expresar nuestra afectuosa felicitación al recién nombra-

do cardenal D. Carlos Osoro Sierra, arzobispo de Madrid y vicepresidente de nuestra Conferencia, quien anteayer recibió de manos del papa Francisco la birreta y el título cardenalicio. Su designación es un reconocimiento no solo de su persona y de la diócesis madrileña, sino también de la Iglesia en España, reforzando aún más nuestra adhesión al sucesor del apóstol Pedro en la sede de Roma. Excusamos la presencia hoy entre nosotros del nuevo cardenal, motivada por su participación en Roma en los trabajos de la Secretaría del Sínodo de los Obispos, de la que es miembro.

Como siempre, también en nombre de todos, deseo expresar nuestra gratitud a quienes con generosidad y competencia trabajan en los diversos servicios de esta Casa de la Iglesia. A cuantos comunicadores cubren habitualmente las tareas de la Conferencia Episcopal expreso mi respeto y gratitud por su trabajo.

Doy un saludo especial a los obispos que, representando a otras conferencias episcopales, han aceptado la invitación de compartir estas jornadas con nosotros.

Reciban también un fraterno saludo de bienvenida y de felicitación los nuevos obispos nombrados después de nuestra anterior Asamblea Plenaria: Mons. D. Manuel Herrero Fernández, OSA, obispo de Palencia, y Mons. Arturo Pablo Ros Murgadas, obispo auxiliar de Valencia.

Un saludo también a quienes recientemente han pasado a ejercer el ministerio en nuevas sedes episcopales: Mons. D. Carlos Manuel Escribano Subías en la de Calahorra y La Calzada-Logroño, y Mons. D. Javier Salinas Viñals como auxiliar de Valencia. Hago extensivo estos deseos a Mons. Sebastián Taltavull Anglada, obispo auxiliar de Barcelona y administrador apostólico de Mallorca.

Nuestro saludo y felicitación fraterna a los obispos nombrados las pasadas semanas y que, antes de su ordenación episcopal, nos acompañan al inicio de esta Asamblea: Mons. Francisco Simón Conesa Ferrer, nombrado obispo de Menorca el día 27 de octubre, y Mons. Antonio Gómez Cantero, nombrado el pasado día 17 de noviembre obispo de Teruel y Albarracín.

A todos ellos queremos mostrar nuestra fraternidad en el ministerio episcopal.

Saludo cordialmente a los Ilmos. administradores diocesanos que están actualmente al frente de sus respectivas diócesis: D. Gerardo Villalonga Hellín, de la diócesis de Menorca; D. Francisco Rico Bayo, de Plasencia; y D. Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, de Osma-Soria. ¡Bienvenidos a esta Asamblea!

Saludo cordialmente a la representación de la Conferencia Española de Religiosos (CONFER), a quienes expresamos nuestra gratitud y afecto por su importantísimo servicio a la Iglesia en España, expresión de la misión y comunión, nacida de su riqueza de carismas.

Saludo, por último, a los hermanos y hermanas que nos acompañan en esta sesión inaugural y les pido que recen a nuestro Señor Jesucristo por los frutos de esta Asamblea de nuestra Conferencia Episcopal que iniciamos.

Deseo tener un recuerdo especial para dos obispos fallecidos en los pasados meses. Se trata de Mons. Luis Gutiérrez Martín, claretiano, obispo emérito de Segovia, sede que rigió durante 22 años, y antes auxiliar de Madrid, que falleció el 22 de junio de este año, tras una larga enfermedad. Este buen hijo del Inmaculado Corazón de María deja tras de sí, con su entrega al servicio a la Iglesia y su acreditado saber jurídico, el ejemplo de un pastor entregado a su grey.

El otro obispo que nos ha dejado es Mons. Miguel Asurmendi Aramendía, SDB, fallecido el día 9 de agosto de este año. Obispo emérito de Vitoria desde hacía solo unos meses, este salesiano ejemplar inició su ministerio episcopal hace 26 años en la diócesis de Tarazona, pasando posteriormente a ocupar durante dos décadas la sede de Vitoria, en la que se afanó incansablemente desde la comunión eclesial en promover la paz y la reconciliación.

Oramos al Señor por el eterno descanso de estos dos pastores de la Iglesia y los confiamos a la poderosa intercesión de la santísima Virgen María, de san Antonio María Claret y de san Juan Bosco.

2. Tres acontecimientos

Ayer, solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, ha clausurado el papa Francisco el Año Jubilar de la Misericordia, cuya Puerta Santa había abierto el día 8 de diciembre del año 2015, en coincidencia con los cincuenta años de la clausura

del Concilio Vaticano II. La Puerta Santa del Año Jubilar se cierra, pero la puerta de la misericordia sigue abierta. El Año de Gracia inaugurado por nuestro Señor Jesucristo es un "hoy" permanente (cf. Lc 4, 19; 2 Cor 6, 2). Ha sido un año muy intenso pastoralmente; la gracia de Dios se ha derramado con abundancia. Nuestro mundo, todos nosotros, necesitamos el anuncio de la Misericordia de Dios, el toque de su mano compasiva y el ejercicio generoso de las obras de misericordia. El hombre contemporáneo, como escribió san Juan Pablo II y ha reafirmado el papa Francisco, necesita la medicina de la misericordia.

Por otro lado, durante este año 2016 venimos celebrando los cincuenta de la Conferencia Episcopal Española. En los meses pasados hemos culminado la publicación de los Documentos de la Conferencia Episcopal Española, en seis gruesos volúmenes, desde el año 1966 hasta 2015. Sorprende la cantidad de intervenciones y el número de temas afrontados; estoy convencido de que el servicio prestado a la Iglesia en España y también a la sociedad española ha sido considerable.

Los días 2, 3 y 4 de junio tuvo lugar en la Universidad Pontificia de Salamanca un Congreso-Simposio sobre "Conferencias episcopales: Orígenes, presente y perspectivas. A los cincuenta años de la creación de la Conferencia Episcopal Española". Pronto aparecerán las Actas. Ha sido una oportunidad excelente para tratar y dialogar con los participantes, que representaban a las Facultades de Teología y Derecho Canónico y otros Centros Eclesiásticos Superiores de España.

En este año hemos iniciado también una revisión del funcionamiento de la Conferencia Episcopal con la intención de hacerla un ámbito cada vez más apto para que los obispos puedan dialogar y "conferir" libre y confiadamente sobre los desafíos planteados a la misión de la Iglesia y sobre las respuestas que reclama su ministerio pastoral en las diócesis encomendadas. Por diversas vías se ha informado a la opinión pública de la importancia de la Conferencia Episcopal y de su itinerario eficaz y fecundo.

Durante este año cincuentenario y en el marco del Simposio-Homenaje al beato Pablo VI, organizado por la Conferencia Episcopal y la Fundación Pablo VI, nos ha visitado el secretario de Estado, Card. Pietro Parolin, que tuvo una conferencia el día 14 de octubre en esta aula plenaria, sobre Pablo VI y la paz, suscitando un gran interés. Agradecemos su visita y nos alegramos de la oportunidad para expresar, a través de él, nuestra comunión, que es al mismo tiempo respeto, afecto, gratitud, obediencia y colaboración, con el papa Francisco.

Pablo VI aprobó los Estatutos de la Conferencia Episcopal Española. Ha sido una coincidencia gozosa y buscada la celebración del Simposio-Homenaje con el cincuentenario de vida y actividad de la Conferencia Episcopal. Permítanme que me detenga sobre la persona y el ministerio de Pablo VI por los motivos que iré indicando.

El pontificado de Pablo VI está inseparablemente unido a la celebración del Concilio Vaticano II y al cumplimiento de los mandatos conciliares, unos sobre reformas concretas y otros de orientación más amplia, por ejemplo sobre renovación litúrgica y ecumenismo. Es justo reconocer y agradecer al papa Pablo VI tanto la fidelidad a las actitudes que había marcado Juan XXIII, como el pulso firme con que presidió el Concilio, y el estilo realmente conciliar, es decir, de tratamiento de las cuestiones planteadas con amplia participación de los obispos buscando la concordia en la aceptación de los documentos. Cuando había un número alto de votos negativos era remitido el esquema a la comisión correspondiente para su revisión y búsqueda de acuerdo. De esta manera el Concilio es modelo de trabajo compartido y de aprobación de los documentos con unanimidad moral, ya que un Concilio no busca la mayoría democrática, sino la coincidencia mayor posible. El Espíritu Santo actúa también en la mutua escucha y en la generosidad para coincidir en lo que se ha ido decantando y pueda contribuir mejor a la misión de la Iglesia. La obediencia al Señor y al Evangelio fue una actitud fundamental en todos los participantes.

En el primer discurso como papa, en el año 1963, pronunció las siguientes palabras que señalan el camino: "Está fuera de toda duda que es deseo, necesidad y deber de la Iglesia que se dé finalmente una más meditada definición de sí misma". No se trata de discutir algunos puntos importantes de la doctrina de la Iglesia, sino de buscar conciliarmente cómo en la coyuntura actual de la humanidad anunciar el Evangelio. Por eso, la nueva evangelización tiene su puesta en marcha en el Concilio Vaticano II. La introspección en el misterio de la Iglesia implica también la perspectiva misionera.

¡Con qué vigor y belleza reivindicó el papa Pablo VI que Jesucristo, luz del mundo, fuera el norte del Concilio! La asamblea profesa la fe en su Señor y desea anunciarlo al mundo. "¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo nuestra vida y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término... Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, único Maestro; que ninguna otra

aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga sino aquella que conforta, mediante su palabra, nuestra angustiada debilidad: Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos (Mt 28, 20)".

Los primeros años del postconcilio fueron de gran esperanza, de realización de las reformas encomendadas por el Concilio, de intensa efervescencia y también de "contestación". Vista esta a distancia nos parece un hecho debido a prisas en el cumplimiento de las tareas para la renovación de la Iglesia, a una pretendida actualización teológica que en ocasiones ponía en peligro la misma fe, a las posibilidades que ofrecían los medios de comunicación, al desbordamiento de iniciativas particulares que desatendían las orientaciones de la autoridad en la Iglesia y el ritmo razonable de asimilación de las enseñanzas conciliares. En muchos momentos causó frustración, desgaste en la vitalidad de la Iglesia, disensiones internas. Se puede comprender que para el papa Pablo VI, tan sensible él, fuera la contestación, unas veces con mayor calado y otras con menor incidencia, una fuente de sufrimientos.

El pontificado del papa Pablo VI coincidió en España con los últimos años del régimen político anterior. Hubo muchas incomprendiones, susceptibilidades, tergiversaciones, resistencias, y también aceptación leal y obediente de las decisiones de la superior autoridad eclesiástica con las que había escasa sintonía interior. Fueron años difíciles para el papa y el nuncio, para la Conferencia Episcopal y la Iglesia, para el gobierno y la sociedad en general. En las relaciones entre la Iglesia y el Estado se pasó en pocos años de una convivencia quizá demasiado estrecha a una desavenencia clamorosa. Católicos de toda la vida en poco tiempo se sintieron incomprendidos y desplazados.

A Pablo VI le resultó penoso que se mezclaran negativamente su desafección personal y cultural a un régimen no-democrático con su amor al pueblo español, la estima de su historia católica y su obligación pastoral después de un concilio ecuménico. Pablo VI mantuvo siempre serias reservas sobre el régimen político, pero manifestó públicamente su admiración y amor al pueblo español, y para este tuvo siempre numerosos gestos de afecto y simpatía. Teniendo en cuenta aquella situación, nos ha parecido conveniente celebrar el Simposio-Homenaje al beato Pablo VI a los cincuenta años de vida de la Conferencia Episcopal Española.

También, dentro del marco del cincuentenario que estamos celebrando, tendremos el honor de recibir en esta Casa de la Iglesia la visita de Sus Majestades los

Reyes de España a nuestra Asamblea Plenaria. Esta singular visita es para nosotros un motivo de gran alegría y signo elocuente de la normalidad de la inserción de la religión católica en la sociedad española y en su marco constitucional. Al mismo tiempo es un motivo para manifestar de manera solemne nuestro compromiso de proseguir el servicio a nuestro pueblo, de innegable tradición cristiana, mediante la misión eclesial que tenemos encomendada.

3. Un horizonte de esperanza

La puesta en marcha del nuevo Gobierno de España, después de tantos meses de estar bloqueada su formación y disminuida la actividad pública, ha significado para la sociedad en conjunto un alivio, con las reservas comprensibles. Pedimos a Dios que acierten en el cumplimiento de la responsabilidad que han asumido para la gestión del bien común.

Se abre un horizonte de esperanza, a la cual deseamos convocar. La esperanza es decisión y ánimo de cara al futuro, que siempre está poblado de posibilidades y de inquietudes. Permítanme que aluda a algunas condiciones para caminar esperanzadamente hacia nuestro porvenir. La esperanza y el pasado no se pueden separar. La desmemoria conduce fácilmente a la desesperanza. En nuestra historia hay motivos para la humillación y la gloria. Muchas cosas debemos recordar para corregirnos y es razonable que de muchos hechos nos sintamos legítimamente orgullosos para avanzar con la cabeza alta. España ha dejado una huella profunda en la historia de la humanidad.

En la situación actual debemos llevar a cabo una catarsis, una purificación profunda de actitudes y un cambio de conducta moral. La corrupción con tantas personas implicadas y diversos focos de contaminación ha degradado el servicio público. Han trascendido a la opinión pública hechos de corrupción, al tiempo que miles de personas perdían su puesto de trabajo. La falta de honradez causa irritación. Sin una revisión y regeneración ética no podemos afrontar esperanzadamente el futuro.

La esperanza que no se traduce en obras no pasa de un deseo. Para fortalecer el trabajo de la esperanza necesitamos abandonar la incomunicación y caminar unidos. Que cedan los partidismos en favor del bien común, de lo que a todos nos afecta y nos puede beneficiar. Es una convicción compartida el que nos aguar-

dan reformas importantes y proyectos fundamentales en que todos deberíamos converger. El interés general y el futuro de la sociedad están en juego.

Hace pocos días decía el papa Francisco que si no hay diálogo habrá gritos. Los gritos llevan siempre algo de desgarró, el diálogo en cambio supone hablar con libertad y escuchar con respeto buscando entre todos el acuerdo. El diálogo es la vía digna del hombre para buscar la respuesta más adecuada a los desafíos pendientes. El diálogo en nuestra sociedad supone compartir una historia, tener planteados unos problemas comunes y buscar entre todos su respuesta sobre la base de formar parte de la misma sociedad que se ha dado unas leyes fundamentales para convivir y para renovar incesantemente el proyecto de vida en común. La pluralidad, para ser colaboradora y no disgregadora, para enriquecer la unidad y no romperla, para garantizar la vida en común con respeto a las legítimas diversidades, necesita una amplia y fundamental base compartida. No podemos olvidar la llamada Transición como referente orientador, aunque deba ser constantemente enriquecida. El paso de un régimen autocrático a otro realmente democrático fue un éxito en conjunto, alabado en general. Entonces los españoles alcanzamos un acuerdo histórico para caminar unidos a un futuro de paz.

El trabajo que impulsa la esperanza es en ocasiones arduo, y requiere esfuerzo sostenido por parte de todos ya que los hechos lo ponen frecuentemente a prueba. La esperanza debe ser perseverante en el trabajo continuado. La paciencia es parte de la esperanza. La esperanza compartida con otros no significa descargo de nuestras responsabilidades. No cedamos a la evasión ni al derrotismo. Es una tentación pensar que no tenemos remedio. A hechos inéditos, respuestas renovadas.

Como obispos de la Conferencia Episcopal Española queremos ofrecer a la sociedad, con el debido respeto a nuestros conciudadanos y con la debida actitud democrática, nuestra persuasión más honda. La regeneración moral, la concordia entre las personas, el trabajo conjunto de los grupos sociales, la renovación diaria de la esperanza tienen en Dios el cimiento más eficaz. No bastan los resortes de una sociedad moderna para vivir éticamente, si no obedecemos a la conciencia moral bien formada. Dios y el hombre no son competitivos. "La gloria de Dios es el hombre vivo"[1]. No es acertado decir que debe ser excluido Dios para que el hombre

[1] San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, IV, 20, 4,7.

actúe con responsabilidad de adulto, ni pensar que la obediencia a la Ley de Dios lleva consigo la humillación del hombre (cf. Gén 3, 5). El olvido de Dios repercute negativamente en la vida personal y social de los hombres. El papa emérito Benedicto XVI dijo y ha repetido: "El verdadero problema en este momento de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres. Con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad padece una desorientación, cuyos efectos destructivos se manifiestan siempre más"[2]. La Iglesia reconoce, y anuncia a todos, que la fe en Dios está en la fuente de su servicio a los hombres. En el rostro de toda persona herida por la vida ve el rostro de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 25, 31ss). La luz del Evangelio potencia con la fe la mirada para ver en cada hombre y mujer una persona con derechos inalienables y con deberes insoslayables, y una imagen inviolable de Dios. Nos viene bien creer en Dios; y excluir a Dios nos daña.

De cara al futuro necesitamos subrayar siempre la dignidad de la persona que es centro y sentido de las instituciones; el respeto a la vida de las personas en todo el recorrido de su existencia y en todas las circunstancias de la vida; la educación en la verdad y libertad, como maduración personal y capacitación profesional. La familia es el ámbito humanizador primordial. Sin trabajo y sin familia es difícil mirar al futuro con serenidad. La familia vence la soledad; es el recurso básico en las situaciones de enfermedad y desprotección social. Recordemos cómo en los años más agudos de la crisis ha sido la familia un recurso básico. La salud de la sociedad en gran medida depende de la salud de la familia.

Permitidme que recuerde unas palabras del Señor y unas recomendaciones del apóstol San Pablo. "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme" (Mt 25, 35-36). "Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa" (Tit 2, 11-12). "Todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, tenedlo en cuenta. Y el Dios de la paz estará con vosotros" (cf. Fil 4, 8-9).

[2] Carta a los obispos de la Iglesia (10.III.2009); cf. *Gaudium et spes*, n. 41).

A la esperanza en el Nuevo Testamento se califica frecuentemente como "alegre". ¿No muestran nuestras tristezas y malestar a flor de piel un debilitamiento de la esperanza? La persona, por ser histórica, está distendida entre el pasado, el presente y el futuro; por ello, necesita contar con el pasado, vivir sin evasiones el presente y abrirse al futuro con esperanza.

4. Itinerario de nuestros trabajos

Como señalábamos los obispos en la Instrucción pastoral Iglesia, servidora de los pobres, "ante la ardua tarea que debemos afrontar, necesitamos levantar la mirada y acudir a Dios para que Él nos inspire. Estamos convencidos de que la apertura a la trascendencia puede formar una nueva mentalidad política y económica que ayude a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social (Evangelii gaudium, n. 205). En la Palabra de Dios encontramos luz suficiente para ordenar las cuestiones sociales. El Evangelio ilumina el cambio e infunde esperanza" (n. 33).

A esta esperanza para la entera sociedad española quiere contribuir la Iglesia mediante su específica misión pastoral al servicio del bien común de todo nuestro pueblo. La parte fundamental de esta misión la constituye nuestra tarea evangelizadora, siguiendo el espíritu marcado por el papa Francisco en la exhortación Evangelii gaudium, en la que se inspira nuestro vigente Plan Pastoral, que poniendo la mirada especialmente en "la comunión y corresponsabilidad al servicio de la evangelización" nos señala para este curso el objetivo de "poner en estado de misión permanente a la Iglesia en España; para ello, animar a las comunidades cristianas y a los evangelizadores de toda clase y condición, a que con sus vidas irradian en el mundo la alegría de Cristo que ellos han recibido".

En consecuencia, sin olvidar las tareas permanentes de la misión de la Iglesia, promovidas de forma permanente desde las distintas comisiones y servicios de la Conferencia de la que informarán los obispos responsables, nuestras reflexiones van a centrarse de manera especial en los agentes eclesiales.

En este sentido, ocupará una parte de nuestro trabajo en esta Asamblea la continuación de la reflexión sobre la situación del clero en España, con la problemática del aumento de su edad media, así como la disminución de vocaciones al minis-

terio presbiteral, lo que nos ha de llevar a intensificar la atención y cercanía a nuestros sacerdotes en todas las dimensiones de su vida y ministerio, la búsqueda de nuevas formas de atención pastoral a las comunidades cristianas, así como el fortalecimiento de la promoción vocacional y adecuada formación integral de los candidatos al sacerdocio.

A ello se une también en esta Asamblea, siguiendo la estela de la celebración el pasado curso del Año de la Vida Consagrada, del estudio de la situación de la vida contemplativa en España en lo que se refiere tanto a cooperar en su promoción vocacional, como también en asegurarle mediante el Fondo Intermonacal la necesaria ayuda material cuando las circunstancias especiales de alguna comunidad contemplativa la precise.

La consideración del laicado tendrá en esta Asamblea un acento especialmente dirigido a la familia, mediante el estudio y reflexión la recepción de la exhortación postsinodal "Amoris Laetitia" y sus implicaciones en la renovación de la pastoral familiar en España.

En definitiva, queremos seguir haciéndonos eco de las expresas indicaciones que el papa Francisco nos dirigió en su discurso escrito a los obispos españoles en nuestra última visita ad limina, el 3 de marzo de 2014, cuando nos decía que "el momento actual, en el que las mediaciones de la fe son cada vez más escasas y no faltan dificultades para su transmisión, exige poner a vuestras Iglesias en un verdadero estado de misión permanente (...). Despertar y avivar una fe sincera favorece la preparación al matrimonio y el acompañamiento de las familias, cuya vocación es ser lugar nativo de convivencia en el amor, célula originaria de la sociedad, transmisora de vida e Iglesia doméstica donde se fragua y se vive la fe. Una familia evangelizada es un valioso agente de evangelización, especialmente irradiando las maravillas que Dios ha obrado en ella. Además, al ser por su naturaleza ámbito de generosidad, promoverá el nacimiento de vocaciones al seguimiento del Señor en el sacerdocio o la vida consagrada".

"Seguid adelante con esperanza -proseguía diciéndonos el santo padre a los obispos españoles en su discurso, y con ello quiero terminar mis palabras-. Poneos al frente de la renovación espiritual y misionera de vuestras Iglesias particulares, como hermanos y pastores de vuestros fieles, y también de los que no lo son, o lo han olvidado. Para ello, os será de gran ayuda la colaboración franca y fraterna en

el seno de la Conferencia Episcopal, así como el apoyo recíproco y solícito en la búsqueda de las formas más adecuadas de actuar".

Esto mismo es lo que deseamos hacer en esta Asamblea Plenaria y para lo que pedimos vuestra oración a Dios, así como la intercesión de santa María, Madre de la Iglesia.

SALUDO DEL NUNCIO APOSTÓLICO EN ESPAÑA,
S.E.R. MONS. RENZO FRATINI,
A LA CVIII ASAMBLEA PLENARIA
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA,
QUE SE CELEBRA EN MADRID,
EN LA SEDE DE LA CEE,
DEL 21 AL 25 DE NOVIEMBRE

Madrid, 21 de noviembre de 2016

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente,

Eminentísimos Señores Cardenales,

Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,

Señoras y Señores:

Al inaugurar los trabajos de la CVIII Asamblea Plenaria, agradezco muy vivamente la invitación que este episcopado me ha hecho llegar, expresando, con este gesto afectuoso y cordial, la comunión con el Santo Padre.

Al considerar los temas a tratar, he comprobado con gusto la oportunidad y acierto de incluir en el programa tres puntos de vital importancia. Se trata de la reflexión sobre la situación del clero en España, la urgencia de una pastoral vocacional y también, de la pastoral de la familia observando las pautas de la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*.

1.- La situación del clero en España

En este tiempo de cambio profundo y continuado en la sociedad española, urge fomentar las vocaciones al presbiterado y cuidar a los sacerdotes de forma especial. Todo sacerdote es un don de Dios para su Iglesia a la que ama y edifica con la entrega de sus ministros. Asimismo, en los sacerdotes conviene despertar, no solo el amor a la diócesis, sino la disponibilidad generosa para la vida de la Iglesia, particularmente allí donde exista más necesidad, mirando el bien de las almas.

La necesidad del cultivo de una disponibilidad efectiva está en dependencia del hecho de que la Eucaristía es la que hace la Iglesia y vivifica el corazón de los fieles manteniéndolos en su unión con el Señor y llevándolos también a un compromiso de vida que contribuye en la tarea permanente de transformar el mundo. Por tanto el término "situación" del clero, no es ante todo estadístico o geográfico. Nuclearmente la "situación" del sacerdote es ante todo sacramental y teológica, es decir su relación con el "Misterio de la Fe", con el Misterio Eucarístico: "imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor".

2.- Urgencia de una pastoral vocacional

Otro punto del programa en conexión, en cierto modo, con el anterior, es la reflexión en torno a la importancia de la dirección espiritual en la formación integral de los candidatos al sacerdocio. Se trata de un ministerio eclesial trascendental y de un apoyo para el propio candidato, cuya inclinación vocacional exige un discernimiento. El director espiritual es un testigo directo de la obra de la gracia en el alma, de la semilla de la vocación que el Señor ha puesto con su mirada. Pero al director espiritual no solo le compete ayudar a resolver conflictos personales y a discernir. Además le corresponde cultivar gradualmente actitudes de vida que, desde el seminario, sirven de pauta a lo largo de la vida en el sagrado ministerio. Se trata en concreto del sentido del servicio y de la gratuidad. Ambas actitudes, propias de un

ánimo en "salida", son imprescindibles para poder conocer a la gente. Solo cuando las personas son bien comprendidas, pueden ser ayudadas más eficazmente.

Qué provechosas son las reflexiones que el Santo Padre ha hecho recientemente con ocasión del encuentro internacional de pastoral vocacional, promovido por la Congregación para el Clero el pasado octubre. Él se ha referido a la pastoral vocacional con los términos de "tarea esencial de la Iglesia" y también "misión urgente". No es una humana estrategia, sino propiciar y descubrir el encuentro con Cristo observando los tres pasos implícitos que el Papa señala en el evangelio: "Salir, ver y llamar"... la pastoral vocacional es aprender el estilo de Jesús, que pasa por los lugares de la vida cotidiana, se detiene sin prisa y, mirando a los hermanos con misericordia, les lleva a encontrarse con Dios Padre".

3.- La pastoral familiar a la luz de la Exhortación post sinodal "Amoris Laetitia"

Por lo general, las vocaciones salen de las buenas familias. La importancia de la familia en el desarrollo humano y cristiano de la persona es incuestionable. La pastoral familiar tiene por fin, señala la Exhortación Amoris Laetitia, "lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y fermento evangelizador en la sociedad" (n. 290).

No ignoramos, como dice el Santo Padre, el "creciente intento, por parte de algunos, de redefinir la institución misma del matrimonio... y la falta de apertura a la vida" (Viaje Apostólico a Filipinas 16/1/2015). Tenemos delante la cultura de "lo provisorio" así le llama el Papa Francisco. No se trata, para nada, de someterse a su dictado, de adoptar la forma de pensar de dicha cultura de lo efímero. Se trata de acompañar sin olvidar como pastores "que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña" (Amoris Laetitia, n. 291). Esto es, "acompañar" lo que significa "perder el tiempo" con "paciencia para hacer madurar las conciencias, para curar heridas, para enseñar" (Encuentro con el Movimiento de Schoenstatt, 25/10/14).

La "cultura de lo provisorio" del hombre posmoderno, ha hecho emerger una nueva pobreza, la soledad que padece en su corazón. La ayuda que podemos dar a los jóvenes de cara a formar una nueva familia incluye el empeño de prepararlos, "desde muy lejos", en el noviazgo, para que comprendan lo que significa el

matrimonio y asuman realmente lo que prometen "tomando conciencia de que es para siempre".

Y por encima de todo, la pastoral familiar debe seguir proponiendo a Jesucristo, "en realidad - nos dice también el Papa Francisco- la gran misión de la familia es dejar sitio a Jesús que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia (Audiencia General, 17/12/2014).

Al comenzar sus tareas les animo a mantener, con toda fortaleza, el espíritu de concordia y de unidad, propiedad del Colegio Episcopal. En este día de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, en el que recordamos la entrega total que de sí misma hizo al Señor, les aseguro un recuerdo en mi oración por su maternal intercesión suplicándole que sus trabajos redunden para el bien de la Iglesia.

Muchas gracias.

SALUDO DEL CARDENAL RICARDO BLÁZQUEZ,
ARZOBISPO DE VALLADOLID Y PRESIDENTE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA,
A SS. MM. LOS REYES DE ESPAÑA
EN SU VISITA A LA CVIII ASAMBLEA PLENARIA

MADRID, 22 DE NOVIEMBRE DE 2016

Majestades:

En nombre de la Conferencia Episcopal Española y de sus colaboradores les saludo con respeto y afecto.

Su presencia entre nosotros nos ofrece la oportunidad de manifestar nuestra condición de leales ciudadanos y la convicción de que nuestra misión pastoral como obispos, si es adecuadamente cumplida, significa también un auténtico servicio a nuestra sociedad. Las actividades de la predicación, del culto y de la catequesis; la exposición de la doctrina cristiana; los diversos servicios de carácter cultural y educativo, caritativo y social de la Iglesia constituyen una aportación importante a los ciudadanos.

Cáritas, presente capilarmente en todo el tejido parroquial de la Iglesia, cuya ayuda es motivo de esperanza para personas y familias en situaciones de indigencia y particularmente en tiempo de crisis; Manos Unidas, organización creada por las mujeres de Acción Católica hace bastantes decenios, que anima la conciencia social entre nosotros y contribuye eficazmente al servicio de los necesitados y a la promoción de la mujer en innumerables lugares del mundo; las Misiones, con más de trece mil misioneros, que cumpliendo su vocación de transmitir el Evangelio con palabras y obras desarrollan una colaboración extraordinaria en muchos países... estas instituciones de la Iglesia canalizan al servicio de los demás los recursos económicos puestos a su disposición por la generosidad de nuestro pueblo. Estas organizaciones y otras muchas muestran cómo la fe cristiana repercute en beneficio de muchas personas de cerca y de lejos. En cuanto Conferencia Episcopal nos sentimos satisfechos de esta múltiple irradiación de la fe cristiana y de la generosidad de los fieles. La memoria de lo que venimos haciendo nos estimula a proseguir en el cumplimiento de nuestro quehacer.

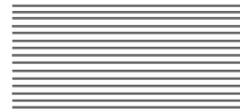
Celebramos este año los cincuenta de la creación de la Conferencia Episcopal Española, que tuvo lugar a finales de febrero y comienzos de marzo de 1966, inmediatamente después de la clausura del Concilio Vaticano II. La creación de las Conferencias Episcopales fue una decisión conciliar de largo alcance. Nuestra experiencia como Obispos avala el acierto de aquella determinación. Las intervenciones de la Conferencia Episcopal, publicadas íntegramente con ocasión de estas efemérides, muestran la atención constante de los Obispos a las necesidades de la Iglesia; en nuestra consideración entra también la vida de la sociedad desde el punto de vista de nuestro ministerio pastoral. Nuestros escritos van dirigidos inmediatamente a los fieles católicos, y también son destinatarios cuantos deseen escucharnos.

Los diez primeros años de la Conferencia Episcopal coincidieron con los últimos del Régimen anterior. Las orientaciones del Concilio ayudaron eficazmente a los obispos de entonces a adoptar las actitudes y a tomar las decisiones en coherencia con el espíritu y los documentos del Concilio. En aquella situación histórica con los cambios de envergadura que comportaba, estamos persuadidos de que la Iglesia prestó una colaboración relevante a nuestro pueblo. La Constitución Española, además de tener en cuenta la Declaración Universal de los Derechos Humanos, está en sintonía con la Declaración del Vaticano II sobre la Libertad Religiosa.

Las siguientes palabras de la mencionada Declaración conciliar son pauta de nuestra conducta en la sociedad: "Este Sínodo Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar libres de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano, de modo que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella, pública o privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites" (Dignitatis humanae, 2). Nos sentimos reconocidos en el marco de nuestra Constitución, que se inspira en las palabras también conciliares "mutua independencia y sana colaboración". El respeto de las legítimas libertades propicia nuestro servicio a la sociedad, según la identidad de la Iglesia.

La Conferencia Episcopal nos ofrece el ámbito para dialogar y "conferir" los obispos sobre la complejidad de lo que acontece en nuestro mundo en continuo cambio y sobre la respuesta que debemos adoptar, teniendo en cuenta el debido respeto a cada obispo en su diócesis y la unidad de todos los obispos con el Papa. En los diálogos en nuestra Conferencia cada uno de nosotros interviene con libertad y escucha con respeto en orden a comprender lo que acontece, discernir las cuestiones implicadas y tomar las decisiones oportunas en el cumplimiento de nuestra responsabilidad pastoral.

Majestades, son bienvenidos a la Conferencia Episcopal Española. Ante Uds. en esta situación excepcional, (en otra semejante el día 21 de noviembre de 2001 tuvimos la oportunidad de recibir a los Reyes D. Juan Carlos y Dña. Sofía), deseamos, al hacer memoria de nuestra historia, manifestar nuestro compromiso de cumplir con fidelidad nuestra misión que incluye también el servicio a nuestro pueblo. Pedimos a Dios que bendiga a la Familia Real. ¡Muchas gracias!



CARTA DEL CARDENAL BLÁZQUEZ AL PAPA FRANCISCO

El presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal Ricardo Blázquez, ha remitido al Santo Padre una carta al terminar los trabajos de la Asamblea Plenaria, que tuvo lugar la semana pasada. En su carta, el cardenal Blázquez ha agradecido al papa Francisco la convocatoria del Año Santo de la Misericordia, "realmente un Año de Gracia del Señor. Reciba nuestro agradecimiento por la convocatoria, el estímulo constante y la magnífica culminación. La carta Apostólica Misericordia et misera nos exhorta oportunamente a que recorramos la vía de la caridad".

Al mismo tiempo, el cardenal Blázquez, al referirse al trabajo de la Asamblea Plenaria en torno a la orientación de la pastoral familiar con la ayuda de la Exhortación Amoris Laetitia, agradece a Su Santidad "el excelente documento, que es un servicio extraordinario a la Iglesia y una inestimable ayuda a la humanidad ante los desafíos que padece actualmente la familia".

La carta finaliza expresando al Santo Padre "nuestra comunión cordial y obediente" y expresa la petición "al Señor que continúe alentando su dedicación abnegada al ministerio que le ha confiado. Cuento con nuestra cercanía y apoyo en las dificultades y las pruebas que la fidelidad al Evangelio le exija. ¡Gracias por su ejemplo que nos ilumina en el camino!

Iglesia Universal

CONSISTORIO ORDINARIO PÚBLICO
PARA LA CREACIÓN DE NUEVOS CARDENALES

CAPILLA PAPAL

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

BASÍLICA VATICANA
SÁBADO 19 DE NOVIEMBRE DE 2016

Al texto del Evangelio que terminamos de escuchar (cf. Lc 6,27-36), muchos lo han llamado "el Sermón de la llanura". Después de la institución de los doce, Jesús bajó con sus discípulos a donde una muchedumbre lo esperaba para escucharlo y hacerse sanar. El llamado de los apóstoles va acompañado de este "ponerse en marcha" hacia la llanura, hacia el encuentro de una muchedumbre que, como dice el texto del Evangelio, estaba "atormentada" (cf. v. 18). La elección, en vez de mantenerlos en lo alto del monte, en su cumbre, los lleva al corazón de la multitud, los pone en medio de sus tormentos, en el llano de sus vidas. De esta forma, el Señor les y nos revela que la verdadera cúspide se realiza

en la llanura, y la llanura nos recuerda que la cúspide se encuentra en una mirada y especialmente en una llamada: "Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso" (v. 36).

Una invitación acompañada de cuatro imperativos, podríamos decir de cuatro exhortaciones que el Señor les hace para plasmar su vocación en lo concreto, en lo cotidiano de la vida. Son cuatro acciones que darán forma, darán carne y harán tangible el camino del discípulo. Podríamos decir que son cuatro etapas de la mistagogia de la misericordia: amen, hagan el bien, bendigan y rueguen. Creo que en estos aspectos todos podemos coincidir y hasta nos resultan razonables. Son cuatro acciones que fácilmente realizamos con nuestros amigos, con las personas más o menos cercanas, cercanas en el afecto, en la idiosincrasia, en las costumbres.

El problema surge cuando Jesús nos presenta los destinatarios de estas acciones, y en esto es muy claro, no anda con vueltas ni eufemismos: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman (cf. vv. 27-28).

Y estas no son acciones que surgen espontáneas con quien está delante de nosotros como un adversario, como un enemigo. Frente a ellos, nuestra actitud primera e instintiva es descalificarlos, desautorizarlos, maldecirlos; buscamos en muchos casos "demonizarlos", a fin de tener una "santa" justificación para sacármolos de encima. En cambio, Jesús nos dice que al enemigo, al que te odia, al que te maldice o difama: ámalo, hazle el bien, bendícelo y ruega por él.

Nos encontramos frente a una de las características más propias del mensaje de Jesús, allí donde esconde su fuerza y su secreto; allí radica la fuente de nuestra alegría, la potencia de nuestro andar y el anuncio de la buena nueva. El enemigo es alguien a quien debo amar. En el corazón de Dios no hay enemigos, Dios tiene hijos. Nosotros levantamos muros, construimos barreras y clasificamos a las personas. Dios tiene hijos y no precisamente para sacárselos de encima. El amor de Dios tiene sabor a fidelidad con las personas, porque es amor de entrañas, un amor maternal/paternal que no las deja abandonadas, incluso cuando se hayan equivocado. Nuestro Padre no espera a amar al mundo cuando seamos buenos, no espera a amarnos cuando seamos menos injustos o perfectos; nos ama porque eligió amarnos, nos ama porque nos ha dado el estatuto de hijos. Nos ha amado incluso cuando éramos enemigos suyos (cf. Rm 5,10). El amor incondicionado del Padre para con todos ha sido, y es, verdadera exigencia de conversión para nues-

tro pobre corazón que tiende a juzgar, dividir, oponer y condenar. Saber que Dios sigue amando incluso a quien lo rechaza es una fuente ilimitada de confianza y estímulo para la misión. Ninguna mano sucia puede impedir que Dios ponga en esa mano la Vida que quiere regalarnos.

La nuestra es una época caracterizada por fuertes cuestionamientos e interrogantes a escala mundial. Nos toca transitar un tiempo donde resurgen epidémicamente, en nuestras sociedades, la polarización y la exclusión como única forma posible de resolver los conflictos. Vemos, por ejemplo, cómo rápidamente el que está a nuestro lado ya no sólo posee el estado de desconocido o inmigrante o refugiado, sino que se convierte en una amenaza; posee el estado de enemigo. Enemigo por venir de una tierra lejana o por tener otras costumbres. Enemigo por su color de piel, por su idioma o su condición social, enemigo por pensar diferente e inclusive por tener otra fe. Enemigo por... Y sin darnos cuenta esta lógica se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Entonces, todo y todos comienzan a tener sabor de enemistad. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia. Cuántas heridas crecen por esta epidemia de enemistad y de violencia, que se sella en la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de esta patología de la indiferencia. Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento se siembran por este crecimiento de enemistad entre los pueblos, entre nosotros. Sí, entre nosotros, dentro de nuestras comunidades, de nuestros presbiterios, de nuestros encuentros. El virus de la polarización y la enemistad se nos cuele en nuestras formas de pensar, de sentir y de actuar. No somos inmunes a esto y tenemos que velar para que esta actitud no cope nuestro corazón, porque iría contra la riqueza y la universalidad de la Iglesia que podemos palpar en este Colegio Cardenalicio. Venimos de tierras lejanas, tenemos diferentes costumbres, color de piel, idiomas y condición social; pensamos distinto e incluso celebramos la fe con ritos diversos. Y nada de esto nos hace enemigos, al contrario, es una de nuestras mayores riquezas.

Queridos hermanos, Jesús no deja de "bajar del monte", no deja de querer insertarnos en la encrucijada de nuestra historia para anunciar el Evangelio de la Misericordia. Jesús nos sigue llamando y enviando al "llano" de nuestros pueblos, nos sigue invitando a gastar nuestras vidas levantando la esperanza de nuestra gente, siendo signos de reconciliación. Como Iglesia, seguimos siendo invitados a abrir nuestros ojos para mirar las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad, privados en su dignidad.

Querido hermano neo Cardenal, el camino al cielo comienza en el llano, en la cotidianidad de la vida partida y compartida, de una vida gastada y entregada. En la entrega silenciosa y cotidiana de lo que somos. Nuestra cumbre es esta calidad del amor; nuestra meta y deseo es buscar en la llanura de la vida, junto al Pueblo de Dios, transformarnos en personas capaces de perdón y reconciliación.

Querido hermano, hoy se te pide cuidar en tu corazón y en el de la Iglesia esta invitación a ser misericordioso como el Padre, sabiendo que "si hay algo que debe inquietarnos santamente y preocupar nuestras conciencias es que tantos hermanos vivan sin la fuerza, sin la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido que dé vida" (Exhort. ap. Evangelii Gaudium, 49).

SANTA MISA DE CLAUSURA DEL JUBILEO
DE LA MISERICORDIA

CAPILLA PAPAL

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

SOLEMNIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
REY DEL UNIVERSO

PLAZA DE SAN PEDRO

DOMINGO 20 DE NOVIEMBRE DE 2016

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo corona el año litúrgico y este Año santo de la misericordia. El Evangelio presenta la realeza de Jesús al culmen de su obra de salvación, y lo hace de una manera sorprendente. "El Mesías de Dios, el Elegido, el Rey" (Lc 23,35.37) se presenta sin poder y sin gloria: está en la cruz, donde parece más un vencido que un vencedor. Su realeza es paradójica: su trono

es la cruz; su corona es de espinas; no tiene cetro, pero le ponen una caña en la mano; no viste suntuosamente, pero es privado de la túnica; no tiene anillos deslumbrantes en los dedos, sino sus manos están traspasadas por los clavos; no posee un tesoro, pero es vendido por treinta monedas.

Verdaderamente el reino de Jesús no es de este mundo (cf. Jn 18,36); pero justamente es aquí -nos dice el Apóstol Pablo en la segunda lectura-, donde encontramos la redención y el perdón (cf. Col 1,13-14). Porque la grandeza de su reino no es el poder según el mundo, sino el amor de Dios, un amor capaz de alcanzar y restaurar todas las cosas. Por este amor, Cristo se abajó hasta nosotros, vivió nuestra miseria humana, probó nuestra condición más ínfima: la injusticia, la traición, el abandono; experimentó la muerte, el sepulcro, los infiernos. De esta forma nuestro Rey fue incluso hasta los confines del Universo para abrazar y salvar a todo viviente. No nos ha condenado, ni siquiera conquistado, nunca ha violado nuestra libertad, sino que se ha abierto paso por medio del amor humilde que todo excusa, todo espera, todo soporta (cf. 1 Co 13,7). Sólo este amor ha vencido y sigue venciendo a nuestros grandes adversarios: el pecado, la muerte y el miedo.

Hoy queridos hermanos y hermanas, proclamamos esta singular victoria, con la que Jesús se ha hecho el Rey de los siglos, el Señor de la historia: con la sola omnipotencia del amor, que es la naturaleza de Dios, su misma vida, y que no pasará nunca (cf. 1 Co 13,8). Compartimos con alegría la belleza de tener a Jesús como nuestro rey; su señorío de amor transforma el pecado en gracia, la muerte en resurrección, el miedo en confianza.

Pero sería poco creer que Jesús es Rey del universo y centro de la historia, sin que se convierta en el Señor de nuestra vida: todo es vano si no lo acogemos personalmente y si no lo acogemos incluso en su modo de reinar. En esto nos ayudan los personajes que el Evangelio de hoy presenta. Además de Jesús, aparecen tres figuras: el pueblo que mira, el grupo que se encuentra cerca de la cruz y un malhechor crucificado junto a Jesús.

En primer lugar, el pueblo: el Evangelio dice que "estaba mirando" (Lc 23,35): ninguno dice una palabra, ninguno se acerca. El pueblo está lejos, observando qué sucede. Es el mismo pueblo que por sus propias necesidades se agolpaba entorno a Jesús, y ahora mantiene su distancia. Frente a las circunstancias de la vida o ante nuestras expectativas no cumplidas, también podemos tener la tentación de tomar distancia de la realeza de Jesús, de no aceptar totalmente el escándalo de su amor

humilde, que inquieta nuestro "yo", que incomoda. Se prefiere permanecer en la ventana, estar a distancia, más bien que acercarse y hacerse próximo. Pero el pueblo santo, que tiene a Jesús como Rey, está llamado a seguir su camino de amor concreto; a preguntarse cada uno todos los días: "¿Qué me pide el amor? ¿A dónde me conduce? ¿Qué respuesta doy a Jesús con mi vida?".

Hay un segundo grupo, que incluye diversos personajes: los jefes del pueblo, los soldados y un malhechor. Todos ellos se burlaban de Jesús. Le dirigen la misma provocación: "Sálvate a ti mismo" (cf. Lc 23,35.37.39). Es una tentación peor que la del pueblo. Aquí tientan a Jesús, como lo hizo el diablo al comienzo del Evangelio (cf. Lc 4,1-13), para que renuncie a reinar a la manera de Dios, pero que lo haga según la lógica del mundo: baje de la cruz y derrote a los enemigos. Si es Dios, que demuestre poder y superioridad. Esta tentación es un ataque directo al amor: "Sálvate a ti mismo" (vv. 37. 39); no a los otros, sino a ti mismo. Prevalga el yo con su fuerza, con su gloria, con su éxito. Es la tentación más terrible, la primera y la última del Evangelio. Pero ante este ataque al propio modo de ser, Jesús no habla, no reacciona. No se defiende, no trata de convencer, no hace una apología de su realeza. Más bien sigue amando, perdona, vive el momento de la prueba según la voluntad del Padre, consciente de que el amor dará su fruto.

Para acoger la realeza de Jesús, estamos llamados a luchar contra esta tentación, a fijar la mirada en el Crucificado, para ser cada vez más fieles. Cuántas veces en cambio, incluso entre nosotros, se buscan las seguridades gratificantes que ofrece el mundo. Cuántas veces hemos sido tentados a bajar de la cruz. La fuerza de atracción del poder y del éxito se presenta como un camino fácil y rápido para difundir el Evangelio, olvidando rápidamente el reino de Dios como obra. Este Año de la misericordia nos ha invitado a redescubrir el centro, a volver a lo esencial. Este tiempo de misericordia nos llama a mirar al verdadero rostro de nuestro Rey, el que resplandece en la Pascua, y a redescubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es acogedora, libre, fiel, pobre en los medios y rica en el amor, misionera. La misericordia, al llevarnos al corazón del Evangelio, nos exhorta también a que renunciemos a los hábitos y costumbres que pueden obstaculizar el servicio al reino de Dios; a que nos dirijamos sólo a la perenne y humilde realeza de Jesús, no adecuándonos a las realezas precarias y poderes cambiantes de cada época.

En el Evangelio aparece otro personaje, más cercano a Jesús, el malhechor que le ruega diciendo: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino" (v. 42).

Esta persona, mirando simplemente a Jesús, creyó en su reino. Y no se encerró en sí mismo, sino que con sus errores, sus pecados y sus dificultades se dirigió a Jesús. Pidió ser recordado y experimentó la misericordia de Dios: "hoy estarás conmigo en el paraíso" (v. 43). Dios, a penas le damos la oportunidad, se acuerda de nosotros. Él está dispuesto a borrar por completo y para siempre el pecado, porque su memoria, no como la nuestra, olvida el mal realizado y no lleva cuenta de las ofensas sufridas. Dios no tiene memoria del pecado, sino de nosotros, de cada uno de nosotros, sus hijos amados. Y cree que es siempre posible volver a comenzar, levantarse de nuevo.

Pidamos también nosotros el don de esta memoria abierta y viva. Pidamos la gracia de no cerrar nunca la puerta de la reconciliación y del perdón, sino de saber ir más allá del mal y de las divergencias, abriendo cualquier posible vía de esperanza. Como Dios cree en nosotros, infinitamente más allá de nuestros méritos, también nosotros estamos llamados a infundir esperanza y a dar oportunidad a los demás. Porque, aunque se cierra la Puerta santa, permanece siempre abierta de par en par para nosotros la verdadera puerta de la misericordia, que es el Corazón de Cristo. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza.

Muchos peregrinos han cruzado la Puerta santa y lejos del ruido de las noticias has gustado la gran bondad del Señor. Damos gracias por esto y recordamos que hemos sido investidos de misericordia para revestirnos de sentimientos de misericordia, para ser también instrumentos de misericordia. Continuemos nuestro camino juntos. Nos acompaña la Virgen María, también ella estaba junto a la cruz, allí ella nos ha dado a luz como tierna Madre de la Iglesia que desea acoger a todos bajo su manto. Ella, junto a la cruz, vio al buen ladrón recibir el perdón y acogió al discípulo de Jesús como hijo suyo. Es la Madre de misericordia, a la que encomendamos: todas nuestras situaciones, todas nuestras súplicas, dirigidas a sus ojos misericordiosos, que no quedarán sin respuesta.

FRANCISCO

A CUANTOS LEERÁN ESTA CARTA APOSTÓLICA

MISERICORDIA Y PAZ

Misericordia et misera son las dos palabras que san Agustín usa para comentar el encuentro entre Jesús y la adúltera (cf. Jn 8,1-11). No podía encontrar una expresión más bella y coherente que esta para hacer comprender el misterio del amor de Dios cuando viene al encuentro del pecador: "Quedaron sólo ellos dos: la miserable y la misericordia"[1]. Cuánta piedad y justicia divina hay en este episodio. Su enseñanza viene a iluminar la conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia e indica, además, el camino que estamos llamados a seguir en el futuro.

1. Esta página del Evangelio puede ser asumida, con todo derecho, como imagen de lo que hemos celebrado en el Año Santo, un tiempo rico de misericordia, que pide ser siempre celebrada y vivida en nuestras comunidades. En efecto, la

[1] In Io. Ev. tract. 33,5.

misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio. Todo se revela en la misericordia; todo se resuelve en el amor misericordioso del Padre.

Una mujer y Jesús se encuentran. Ella, adúltera y, según la Ley, juzgada merecedora de la lapidación; él, que con su predicación y el don total de sí mismo, que lo llevará hasta la cruz, ha devuelto la ley mosaica a su genuino propósito originario. En el centro no aparece la ley y la justicia legal, sino el amor de Dios que sabe leer el corazón de cada persona, para comprender su deseo más recóndito, y que debe tener el primado sobre todo. En este relato evangélico, sin embargo, no se encuentran el pecado y el juicio en abstracto, sino una pecadora y el Salvador. Jesús ha mirado a los ojos a aquella mujer y ha leído su corazón: allí ha reconocido el deseo de ser comprendida, perdonada y liberada. La miseria del pecado ha sido revestida por la misericordia del amor. Por parte de Jesús, ningún juicio que no esté marcado por la piedad y la compasión hacia la condición de la pecadora. A quien quería juzgarla y condenarla a muerte, Jesús responde con un silencio prolongado, que ayuda a que la voz de Dios resuene en las conciencias, tanto de la mujer como de sus acusadores. Estos dejan caer las piedras de sus manos y se van uno a uno (cf. Jn 8,9). Y después de ese silencio, Jesús dice: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? [...] Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más" (vv. 10-11). De este modo la ayuda a mirar el futuro con esperanza y a estar lista para encaminar nuevamente su vida; de ahora en adelante, si lo querrá, podrá "caminar en la caridad" (cf. Ef 5,2). Una vez que hemos sido revestidos de misericordia, aunque permanezca la condición de debilidad por el pecado, esta debilidad es superada por el amor que permite mirar más allá y vivir de otra manera.

2. Jesús lo había enseñado con claridad en otro momento cuando, invitado a comer por un fariseo, se le había acercado una mujer conocida por todos como pecadora (cf. Lc 7,36-50). Ella había ungido con perfume los pies de Jesús, los había bañado con sus lágrimas y secado con sus cabellos (cf. vv. 37-38). A la reacción escandalizada del fariseo, Jesús responde: "Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco" (v. 47).

El perdón es el signo más visible del amor del Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. No existe página del Evangelio que pueda ser

sustraída a este imperativo del amor que llega hasta el perdón. Incluso en el último momento de su vida terrena, mientras estaba siendo crucificado, Jesús tiene palabras de perdón: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34).

Nada de cuanto un pecador arrepentido coloca delante de la misericordia de Dios queda sin el abrazo de su perdón. Por este motivo, ninguno de nosotros puede poner condiciones a la misericordia; ella será siempre un acto de gratuidad del Padre celeste, un amor incondicionado e inmerecido. No podemos correr el riesgo de oponernos a la plena libertad del amor con el cual Dios entra en la vida de cada persona.

La misericordia es esta acción concreta del amor que, perdonando, transforma y cambia la vida. Así se manifiesta su misterio divino. Dios es misericordioso (cf. Ex 34,6), su misericordia dura por siempre (cf. Sal 136), de generación en generación abraza a cada persona que se confía a él y la transforma, dándole su misma vida.

3. Cuánta alegría ha brotado en el corazón de estas dos mujeres, la adúltera y la pecadora. El perdón ha hecho que se sintieran al fin más libres y felices que nunca. Las lágrimas de vergüenza y de dolor se han transformado en la sonrisa de quien se sabe amado. La misericordia suscita alegría porque el corazón se abre a la esperanza de una vida nueva. La alegría del perdón es difícil de expresar, pero se trasparenta en nosotros cada vez que la experimentamos. En su origen está el amor con el cual Dios viene a nuestro encuentro, rompiendo el círculo del egoísmo que nos envuelve, para hacernos también a nosotros instrumentos de misericordia.

Qué significativas son, también para nosotros, las antiguas palabras que guiaban a los primeros cristianos: "Revístete de alegría, que encuentra siempre gracia delante de Dios y siempre le es agradable, y complácete en ella. Porque todo hombre alegre obra el bien, piensa el bien y desprecia la tristeza [...] Vivirán en Dios cuantos alejen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría"[2]. Experimentar la misericordia produce alegría. No permitamos que las aflicciones y preocupaciones nos la quiten; que permanezca bien arraigada en nuestro corazón y nos ayude a mirar siempre con serenidad la vida cotidiana.

[2] Pastor de Hermas, 42, 1-4.

En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes. En efecto, el futuro parece estar en manos de la incertidumbre que impide tener estabilidad. De ahí surgen a menudo sentimientos de melancolía, tristeza y aburrimiento que lentamente pueden conducir a la desesperación. Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales. El vacío profundo de muchos puede ser colmado por la esperanza que llevamos en el corazón y por la alegría que brota de ella. Hay mucha necesidad de reconocer la alegría que se revela en el corazón que ha sido tocado por la misericordia. Hagamos nuestras, por tanto, las palabras del Apóstol: "Estad siempre alegres en el Señor" (Flp 4,4; cf. 1 Ts 5,16).

4. Hemos celebrado un Año intenso, en el que la gracia de la misericordia se nos ha dado en abundancia. Como un viento impetuoso y saludable, la bondad y la misericordia se han esparcido por el mundo entero. Y delante de esta mirada amorosa de Dios, que de manera tan prolongada se ha posado sobre cada uno de nosotros, no podemos permanecer indiferentes, porque ella cambia la vida.

Sentimos la necesidad, ante todo, de dar gracias al Señor y decirle: "Has sido bueno, Señor, con tu tierra [...]. Has perdonado la culpa de tu pueblo" (Sal 85,2-3). Así es: Dios ha destruido nuestras culpas y ha arrojado nuestros pecados a lo hondo del mar (cf. Mi 7,19); no los recuerda más, se los ha echado a la espalda (cf. Is 38,17); como dista el oriente del ocaso, así aparta de nosotros nuestros pecados (cf. Sal 103,12).

En este Año Santo la Iglesia ha sabido ponerse a la escucha y ha experimentado con gran intensidad la presencia y cercanía del Padre, que mediante la obra del Espíritu Santo le ha hecho más evidente el don y el mandato de Jesús sobre el perdón. Ha sido realmente una nueva visita del Señor en medio de nosotros. Hemos percibido cómo su soplo vital se difundía por la Iglesia y, una vez más, sus palabras han indicado la misión: "Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (Jn 20,22-23).

5. Ahora, concluido este Jubileo, es tiempo de mirar hacia adelante y de comprender cómo seguir viviendo con fidelidad, alegría y entusiasmo, la riqueza de la misericordia divina. Nuestras comunidades continuarán con vitalidad y dinamismo la obra de la nueva evangelización en la medida en que la "conversión pastoral",

que estamos llamados a vivir[3], se plasme cada día, gracias a la fuerza renovadora de la misericordia. No limitemos su acción; no hagamos entristecer al Espíritu, que siempre indica nuevos senderos para recorrer y llevar a todos el Evangelio que salva.

En primer lugar estamos llamados a celebrar la misericordia. Cuánta riqueza contiene la oración de la Iglesia cuando invoca a Dios como Padre misericordioso. En la liturgia, la misericordia no sólo se evoca con frecuencia, sino que se recibe y se vive. Desde el inicio hasta el final de la celebración eucarística, la misericordia aparece varias veces en el diálogo entre la asamblea orante y el corazón del Padre, que se alegra cada vez que puede derramar su amor misericordioso. Después de la súplica de perdón inicial, con la invocación "Señor, ten piedad", somos inmediatamente confortados: "Dios omnipotente tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna". Con esta confianza la comunidad se reúne en la presencia del Señor, especialmente en el día santo de la resurrección. Muchas oraciones "colectas" se refieren al gran don de la misericordia. En el periodo de Cuaresma, por ejemplo, oramos diciendo: "Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, qué aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados; mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas"[4]. Después nos sumergimos en la gran plegaria eucarística con el prefacio que proclama: "Porque tu amor al mundo fue tan misericordioso que no sólo nos enviaste como redentor a tu propio Hijo, sino que en todo lo quisiste semejante al hombre, menos en el pecado"[5]. Además, la plegaria eucarística cuarta es un himno a la misericordia de Dios: "Compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca". "Ten misericordia de todos nosotros"[6], es la súplica apremiante que realiza el sacerdote, para implorar la participación en la vida eterna. Después del Padrenuestro, el sacerdote prolonga la plegaria invocando la paz y la liberación del pecado gracias a la "ayuda de su misericordia". Y antes del signo de la paz, que se da como expresión de fraternidad y de amor recíproco a la luz del perdón recibido, él ora de nuevo diciendo: "No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia"[7]. Me-

[3] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013, 27: AAS 105 (2013), 1031.

[4] Misal Romano, III Domingo de Cuaresma.

[5] *Ibíd.*, Prefacio VII dominical del Tiempo Ordinario.

[6] *Ibíd.*, Plegaria eucarística II.

[7] *Ibíd.*, Rito de la comunión.

diante estas palabras, pedimos con humilde confianza el don de la unidad y de la paz para la santa Madre Iglesia. La celebración de la misericordia divina culmina en el Sacrificio eucarístico, memorial del misterio pascual de Cristo, del que brota la salvación para cada ser humano, para la historia y para el mundo entero. En resumen, cada momento de la celebración eucarística está referido a la misericordia de Dios.

En toda la vida sacramental la misericordia se nos da en abundancia. Es muy relevante el hecho de que la Iglesia haya querido mencionar explícitamente la misericordia en la fórmula de los dos sacramentos llamados "de sanación", es decir, la Reconciliación y la Unción de los enfermos. La fórmula de la absolución dice: "Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz"[8]; y la de la Unción reza así: "Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo"[9]. Así, en la oración de la Iglesia la referencia a la misericordia, lejos de ser solamente parenética, es altamente performativa, es decir que, mientras la invocamos con fe, nos viene concedida; mientras la confesamos viva y real, nos transforma verdaderamente. Este es un aspecto fundamental de nuestra fe, que debemos conservar en toda su originalidad: antes que el pecado, tenemos la revelación del amor con el que Dios ha creado el mundo y los seres humanos. El amor es el primer acto con el que Dios se da a conocer y viene a nuestro encuentro. Por tanto, abramos el corazón a la confianza de ser amados por Dios. Su amor nos precede siempre, nos acompaña y permanece junto a nosotros a pesar de nuestro pecado.

6. En este contexto, la escucha de la Palabra de Dios asume también un significado particular. Cada domingo, la Palabra de Dios es proclamada en la comunidad cristiana para que el día del Señor se ilumine con la luz que proviene del misterio pascual[10]. En la celebración eucarística asistimos a un verdadero diálogo entre Dios y su pueblo. En la proclamación de las lecturas bíblicas, se recorre la historia de nuestra salvación como una incesante obra de misericordia que se nos anuncia. Dios sigue hablando hoy con nosotros como sus amigos, se "entretiene"

[8] Ritual de la Penitencia, n. 102.

[9] Ritual de la Unción y de la pastoral de enfermos, n. 143.

[10] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, 106.

con nosotros[11], para ofrecernos su compañía y mostrarnos el sendero de la vida. Su Palabra se hace intérprete de nuestras peticiones y preocupaciones, y es también respuesta fecunda para que podamos experimentar concretamente su cercanía. Qué importante es la homilía, en la que "la verdad va de la mano de la belleza y del bien"[12], para que el corazón de los creyentes vibre ante la grandeza de la misericordia. Recomiendo mucho la preparación de la homilía y el cuidado de la predicación. Ella será tanto más fructuosa, cuanto más haya experimentado el sacerdote en sí mismo la bondad misericordiosa del Señor. Comunicar la certeza de que Dios nos ama no es un ejercicio retórico, sino condición de credibilidad del propio sacerdocio. Vivir la misericordia es el camino seguro para que ella llegue a ser verdadero anuncio de consolación y de conversión en la vida pastoral. La homilía, como también la catequesis, ha de estar siempre sostenida por este corazón palpitante de la vida cristiana.

7. La Biblia es la gran historia que narra las maravillas de la misericordia de Dios. Cada una de sus páginas está impregnada del amor del Padre que desde la creación ha querido imprimir en el universo los signos de su amor. El Espíritu Santo, a través de las palabras de los profetas y de los escritos sapienciales, ha modelado la historia de Israel con el reconocimiento de la ternura y de la cercanía de Dios, a pesar de la infidelidad del pueblo. La vida de Jesús y su predicación marcan de manera decisiva la historia de la comunidad cristiana, que entiende la propia misión como respuesta al mandato de Cristo de ser instrumento permanente de su misericordia y de su perdón (cf. Jn 20,23). Por medio de la Sagrada Escritura, que se mantiene viva gracias a la fe de la Iglesia, el Señor continúa hablando a su Esposa y le indica los caminos a seguir, para que el Evangelio de la salvación llegue a todos. Deseo vivamente que la Palabra de Dios se celebre, se conozca y se difunda cada vez más, para que nos ayude a comprender mejor el misterio del amor que brota de esta fuente de misericordia. Lo recuerda claramente el Apóstol: "Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia" (2 Tm 3,16).

Sería oportuno que cada comunidad, en un domingo del Año litúrgico, renovase su compromiso en favor de la difusión, conocimiento y profundización de la Sagrada Escritura: un domingo dedicado enteramente a la Palabra de Dios para

[11] Cf. Id. Const. dogm. Dei Verbum, 2.

[12] Exhort. ap. Evangelii gaudium, 24 noviembre 2013, 142: AAS 105 (2013), 1079.

comprender la inagotable riqueza que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo. Habría que enriquecer ese momento con iniciativas creativas, que animen a los creyentes a ser instrumentos vivos de la transmisión de la Palabra. Ciertamente, entre esas iniciativas tendrá que estar la difusión más amplia de la lectio divina, para que, a través de la lectura orante del texto sagrado, la vida espiritual se fortalezca y crezca. La lectio divina sobre los temas de la misericordia permitirá comprobar cuánta riqueza hay en el texto sagrado, que leído a la luz de la entera tradición espiritual de la Iglesia, desembocará necesariamente en gestos y obras concretas de caridad[13].

8. La celebración de la misericordia tiene lugar de modo especial en el Sacramento de la Reconciliación. Es el momento en el que sentimos el abrazo del Padre que sale a nuestro encuentro para restituirnos de nuevo la gracia de ser sus hijos. Somos pecadores y cargamos con el peso de la contradicción entre lo que queremos hacer y lo que, en cambio, hacemos (cf. Rm 7,14-21); la gracia, sin embargo, nos precede siempre y adopta el rostro de la misericordia que se realiza eficazmente con la reconciliación y el perdón. Dios hace que comprendamos su inmenso amor justamente ante nuestra condición de pecadores. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia, porque el amor todo lo puede (cf. 1 Co 13,7).

En el Sacramento del Perdón, Dios muestra la vía de la conversión hacia él, y nos invita a experimentar de nuevo su cercanía. Es un perdón que se obtiene, ante todo, empezando por vivir la caridad. Lo recuerda también el apóstol Pedro cuando escribe que "el amor cubre la multitud de los pecados" (1 Pe 4,8). Sólo Dios perdona los pecados, pero quiere que también nosotros estemos dispuestos a perdonar a los demás, como él perdona nuestras faltas: "Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden" (Mt 6,12). Qué tristeza cada vez que nos quedamos encerrados en nosotros mismos, incapaces de perdonar. Triunfa el rencor, la rabia, la venganza; la vida se vuelve infeliz y se anula el alegre compromiso por la misericordia.

9. Una experiencia de gracia que la Iglesia ha vivido con mucho fruto a lo largo del Año jubilar ha sido ciertamente el servicio de los Misioneros de la Miseri-

[13] Cf. Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. *Verbum Domini*, 30 septiembre 2010, 86-87: AAS 102 (2010), 757-760.

cordia. Su acción pastoral ha querido evidenciar que Dios no pone ningún límite a cuantos lo buscan con corazón contrito, porque sale al encuentro de todos, como un Padre. He recibido muchos testimonios de alegría por el renovado encuentro con el Señor en el Sacramento de la Confesión. No perdamos la oportunidad de vivir también la fe como una experiencia de reconciliación. "Reconciliaos con Dios" (2 Co 5,20), esta es la invitación que el Apóstol dirige también hoy a cada creyente, para que descubra la potencia del amor que transforma en una "criatura nueva" (2 Co 5,17).

Doy las gracias a cada Misionero de la Misericordia por este inestimable servicio de hacer fructificar la gracia del perdón. Este ministerio extraordinario, sin embargo, no cesará con la clausura de la Puerta Santa. Deseo que se prolongue todavía, hasta nueva disposición, como signo concreto de que la gracia del Jubileo siga siendo viva y eficaz, a lo largo y ancho del mundo. Será tarea del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización acompañar durante este periodo a los Misioneros de la Misericordia, como expresión directa de mi solicitud y cercanía, y encontrar las formas más coherentes para el ejercicio de este precioso ministerio.

10. A los sacerdotes renuevo la invitación a prepararse con mucho esmero para el ministerio de la Confesión, que es una verdadera misión sacerdotal. Os agradezco de corazón vuestro servicio y os pido que seáis acogedores con todos; testigos de la ternura paterna, a pesar de la gravedad del pecado; solícitos en ayudar a reflexionar sobre el mal cometido; claros a la hora de presentar los principios morales; disponibles para acompañar a los fieles en el camino penitencial, siguiendo el paso de cada uno con paciencia; prudentes en el discernimiento de cada caso concreto; generosos en el momento de dispensar el perdón de Dios. Así como Jesús ante la mujer adúltera optó por permanecer en silencio para salvarla de su condena a muerte, del mismo modo el sacerdote en el confesionario tenga también un corazón magnánimo, recordando que cada penitente lo remite a su propia condición personal: pecador, pero ministro de la misericordia.

11. Me gustaría que todos meditáramos las palabras del Apóstol, escritas hacia el final de su vida, en las que confiesa a Timoteo de haber sido el primero de los pecadores, "por esto precisamente se compadeció de mí" (1 Tm 1,16). Sus palabras tienen una fuerza arrebatadora para hacer que también nosotros reflexionemos sobre nuestra existencia y para que veamos cómo la misericordia de Dios actúa para cambiar, convertir y transformar nuestro corazón: "Doy gracias a Cristo

Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fio de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí" (1 Tm 1,12-13).

Por tanto, recordemos siempre con renovada pasión pastoral las palabras del Apóstol: "Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación" (2 Co 5,18). Con vistas a este ministerio, nosotros hemos sido los primeros en ser perdonados; hemos sido testigos en primera persona de la universalidad del perdón. No existe ley ni precepto que pueda impedir a Dios volver a abrazar al hijo que regresa a él reconociendo que se ha equivocado, pero decidido a recomenzar desde el principio. Quedarse solamente en la ley equivale a banalizar la fe y la misericordia divina. Hay un valor propedéutico en la ley (cf. Ga 3,24), cuyo fin es la caridad (cf. 1 Tm 1,5). El cristiano está llamado a vivir la novedad del Evangelio, "la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús" (Rm 8,2). Incluso en los casos más complejos, en los que se siente la tentación de hacer prevalecer una justicia que deriva sólo de las normas, se debe creer en la fuerza que brota de la gracia divina.

Nosotros, confesores, somos testigos de tantas conversiones que suceden delante de nuestros ojos. Sentimos la responsabilidad de gestos y palabras que toquen lo más profundo del corazón del penitente, para que descubra la cercanía y ternura del Padre que perdona. No arruinemos esas ocasiones con comportamientos que contradigan la experiencia de la misericordia que se busca. Ayudemos, más bien, a iluminar el ámbito de la conciencia personal con el amor infinito de Dios (cf. 1 Jn 3,20).

El Sacramento de la Reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por esto se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del "ministerio de la reconciliación" (2 Co 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre, que espera su retorno, y a todos se les ofrezca la posibilidad de experimentar la fuerza liberadora del perdón.

Una ocasión propicia puede ser la celebración de la iniciativa 24 horas para el Señor en la proximidad del IV Domingo de Cuaresma, que ha encontrado un buen consenso en las diócesis y sigue siendo como una fuerte llamada pastoral para vivir intensamente el Sacramento de la Confesión.

12. En virtud de esta exigencia, para que ningún obstáculo se interponga entre la petición de reconciliación y el perdón de Dios, de ahora en adelante concedo a todos los sacerdotes, en razón de su ministerio, la facultad de absolver a quienes hayan procurado el pecado de aborto. Cuanto había concedido de modo limitado para el período jubilar[14], lo extiendo ahora en el tiempo, no obstante cualquier cosa en contrario. Quiero enfatizar con todas mis fuerzas que el aborto es un pecado grave, porque pone fin a una vida humana inocente. Con la misma fuerza, sin embargo, puedo y debo afirmar que no existe ningún pecado que la misericordia de Dios no pueda alcanzar y destruir, allí donde encuentra un corazón arrepen­tido que pide reconciliarse con el Padre. Por tanto, que cada sacerdote sea guía, apoyo y alivio a la hora de acompañar a los penitentes en este camino de reconciliación especial.

En el Año del Jubileo había concedido a los fieles, que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X, la posibilidad de recibir válida y lícitamente la absolución sacramental de sus pecados[15]. Por el bien pastoral de estos fieles, y confiando en la buena voluntad de sus sacerdotes, para que se pueda recuperar con la ayuda de Dios, la plena comunión con la Iglesia Católica, establezco por decisión personal que esta facultad se extienda más allá del período jubilar, hasta nueva disposición, de modo que a nadie le falte el signo sacramental de la reconciliación a través del perdón de la Iglesia.

13. La misericordia tiene también el rostro de la consolación. "Consolad, consolad a mi pueblo" (Is 40,1), son las sentidas palabras que el profeta pronuncia también hoy, para que llegue una palabra de esperanza a cuantos sufren y padecen. No nos dejemos robar nunca la esperanza que proviene de la fe en el Señor resucitado. Es cierto, a menudo pasamos por duras pruebas, pero jamás debe decaer la certeza de que el Señor nos ama. Su misericordia se expresa también en la cercanía, en el afecto y en el apoyo que muchos hermanos y hermanas nos ofrecen cuando sobrevienen los días de tristeza y aflicción. Enjugar las lágrimas es una acción concreta que rompe el círculo de la soledad en el que con frecuencia terminamos encerrados.

[14] Cf. Carta con la que se concede la indulgencia con ocasión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, 1 septiembre 2015: L'Osservatore Romano ed. Española, 4 de septiembre de 2015, 3-4

[15] Cf. *ibíd.*

Todos tenemos necesidad de consuelo, porque ninguno es inmune al sufrimiento, al dolor y a la incomprensión. Cuánto dolor puede causar una palabra rencorosa, fruto de la envidia, de los celos y de la rabia. Cuánto sufrimiento provoca la experiencia de la traición, de la violencia y del abandono; cuánta amargura ante la muerte de los seres queridos. Sin embargo, Dios nunca permanece distante cuando se viven estos dramas. Una palabra que da ánimo, un abrazo que te hace sentir comprendido, una caricia que hace percibir el amor, una oración que permite ser más fuerte... , son todas expresiones de la cercanía de Dios a través del consuelo ofrecido por los hermanos.

A veces también el silencio es de gran ayuda; porque en algunos momentos no existen palabras para responder a los interrogantes del que sufre. La falta de palabras, sin embargo, se puede suplir por la compasión del que está presente y cercano, del que ama y tiende la mano. No es cierto que el silencio sea un acto de rendición, al contrario, es un momento de fuerza y de amor. El silencio también pertenece al lenguaje de la consolación, porque se transforma en una obra concreta de solidaridad y unión con el sufrimiento del hermano.

14. En un momento particular como el nuestro, caracterizado por la crisis de la familia, entre otras, es importante que llegue una palabra de gran consuelo a nuestras familias. El don del matrimonio es una gran vocación a la que, con la gracia de Cristo, hay que corresponder con el amor generoso, fiel y paciente. La belleza de la familia permanece inmutable, a pesar de numerosas sombras y propuestas alternativas: "El gozo del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia"[16]. El sendero de la vida lleva a que un hombre y una mujer se encuentren, se amen y se prometan fidelidad por siempre delante de Dios, a menudo se interrumpe por el sufrimiento, la traición y la soledad. La alegría de los padres por el don de los hijos no es inmune a las preocupaciones con respecto a su crecimiento y formación, y para que tengan un futuro digno de ser vivido con intensidad.

La gracia del Sacramento del Matrimonio no sólo fortalece a la familia para que sea un lugar privilegiado en el que se viva la misericordia, sino que compromete a la comunidad cristiana, y con ella a toda la acción pastoral, para que se resalte el gran valor propositivo de la familia. De todas formas, este Año jubilar nos ha de

[16] Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 19 marzo 2016, 1.

ayudar a reconocer la complejidad de la realidad familiar actual. La experiencia de la misericordia nos hace capaces de mirar todas las dificultades humanas con la actitud del amor de Dios, que no se cansa de acoger y acompañar[17].

No podemos olvidar que cada uno lleva consigo el peso de la propia historia que lo distingue de cualquier otra persona. Nuestra vida, con sus alegrías y dolores, es algo único e irrepetible, que se desenvuelve bajo la mirada misericordiosa de Dios. Esto exige, sobre todo de parte del sacerdote, un discernimiento espiritual atento, profundo y prudente para que cada uno, sin excluir a nadie, sin importar la situación que viva, pueda sentirse acogido concretamente por Dios, participar activamente en la vida de la comunidad y ser admitido en ese Pueblo de Dios que, sin descanso, camina hacia la plenitud del reino de Dios, reino de justicia, de amor, de perdón y de misericordia.

15. El momento de la muerte reviste una importancia particular. La Iglesia siempre ha vivido este dramático tránsito a la luz de la resurrección de Jesucristo, que ha abierto el camino de la certeza en la vida futura. Tenemos un gran reto que afrontar, sobre todo en la cultura contemporánea que, a menudo, tiende a banalizar la muerte hasta el punto de esconderla o considerarla una simple ficción. La muerte en cambio se ha de afrontar y preparar como un paso doloroso e ineludible, pero lleno de sentido: como el acto de amor extremo hacia las personas que dejamos y hacia Dios, a cuyo encuentro nos dirigimos. En todas las religiones el momento de la muerte, así como el del nacimiento, está acompañado de una presencia religiosa. Nosotros vivimos la experiencia de las exequias como una plegaria llena de esperanza por el alma del difunto y como una ocasión para ofrecer consuelo a cuantos sufren por la ausencia de la persona amada.

Estoy convencido de la necesidad de que, en la acción pastoral animada por la fe viva, los signos litúrgicos y nuestras oraciones sean expresión de la misericordia del Señor. Es él mismo quien nos da palabras de esperanza, porque nada ni nadie podrán jamás separarnos de su amor (cf. Rm 8,35). La participación del sacerdote en este momento significa un acompañamiento importante, porque ayuda a sentir la cercanía de la comunidad cristiana en los momentos de debilidad, soledad, incertidumbre y llanto.

[17] Cf. *ibíd.*, 291-300.

16. Termina el Jubileo y se cierra la Puerta Santa. Pero la puerta de la misericordia de nuestro corazón permanece siempre abierta, de par en par. Hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros (cf. Os 11,4) para que también nosotros podamos imitarlo inclinándonos hacia los hermanos. La nostalgia que muchos sienten de volver a la casa del Padre, que está esperando su regreso, está provocada también por el testimonio sincero y generoso que algunos dan de la ternura divina. La Puerta Santa que hemos atravesado en este Año jubilar nos ha situado en la vía de la caridad, que estamos llamados a recorrer cada día con fidelidad y alegría. El camino de la misericordia es el que nos hace encontrar a tantos hermanos y hermanas que tienden la mano esperando que alguien la aferre y poder así caminar juntos.

Querer acercarse a Jesús implica hacerse prójimo de los hermanos, porque nada es más agradable al Padre que un signo concreto de misericordia. Por su misma naturaleza, la misericordia se hace visible y tangible en una acción concreta y dinámica. Una vez que se la ha experimentado en su verdad, no se puede volver atrás: crece continuamente y transforma la vida. Es verdaderamente una nueva creación que obra un corazón nuevo, capaz de amar en plenitud, y purifica los ojos para que sepan ver las necesidades más ocultas. Qué verdaderas son las palabras con las que la Iglesia ora en la Vigilia Pascual, después de la lectura que narra la creación: "Oh Dios, que con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste".[18]

La misericordia renueva y redime, porque es el encuentro de dos corazones: el de Dios, que sale al encuentro, y el del hombre. Mientras este se va encendiendo, aquel lo va sanando: el corazón de piedra es transformado en corazón de carne (cf. Ez 36,26), capaz de amar a pesar de su pecado. Es aquí donde se descubre que es realmente una "nueva creatura" (cf. Ga 6,15): soy amado, luego existo; he sido perdonado, entonces renazco a una vida nueva; he sido "misericordiado", entonces me convierto en instrumento de misericordia.

17. Durante el Año Santo, especialmente en los "viernes de la misericordia", he podido darme cuenta de cuánto bien hay en el mundo. Con frecuencia no es conocido porque se realiza cotidianamente de manera discreta y silenciosa. Aunque no llega a ser noticia, existen sin embargo tantos signos concretos de bondad y

[18] Misal Romano, Vigilia Pascual, Oración después de la Primera Lectura.

ternura dirigidos a los más pequeños e indefensos, a los que están más solos y abandonados. Existen personas que encarnan realmente la caridad y que llevan continuamente la solidaridad a los más pobres e infelices. Agradecemos al Señor el don valioso de estas personas que, ante la debilidad de la humanidad herida, son como una invitación para descubrir la alegría de hacerse prójimo. Con gratitud pienso en los numerosos voluntarios que con su entrega de cada día dedican su tiempo a mostrar la presencia y cercanía de Dios. Su servicio es una genuina obra de misericordia y hace que muchas personas se acerquen a la Iglesia.

18. Es el momento de dejar paso a la fantasía de la misericordia para dar vida a tantas iniciativas nuevas, fruto de la gracia. La Iglesia necesita anunciar hoy esos "muchos otros signos" que Jesús realizó y que "no están escritos" (Jn 20,30), de modo que sean expresión elocuente de la fecundidad del amor de Cristo y de la comunidad que vive de él. Han pasado más de dos mil años y, sin embargo, las obras de misericordia siguen haciendo visible la bondad de Dios.

Todavía hay poblaciones enteras que sufren hoy el hambre y la sed, y despiertan una gran preocupación las imágenes de niños que no tienen nada para comer. Grandes masas de personas siguen emigrando de un país a otro en busca de alimento, trabajo, casa y paz. La enfermedad, en sus múltiples formas, es una causa permanente de sufrimiento que reclama socorro, ayuda y consuelo. Las cárceles son lugares en los que, con frecuencia, las condiciones de vida inhumana causan sufrimientos, en ocasiones graves, que se añaden a las penas restrictivas. El analfabetismo está todavía muy extendido, impidiendo que niños y niñas se formen, exponiéndolos a nuevas formas de esclavitud. La cultura del individualismo exasperado, sobre todo en Occidente, hace que se pierda el sentido de la solidaridad y la responsabilidad hacia los demás. Dios mismo sigue siendo hoy un desconocido para muchos; esto representa la más grande de las pobreza y el mayor obstáculo para el reconocimiento de la dignidad inviolable de la vida humana.

Con todo, las obras de misericordia corporales y espirituales constituyen hasta nuestros días una prueba de la incidencia importante y positiva de la misericordia como valor social. Ella nos impulsa a ponernos manos a la obra para restituir la dignidad a millones de personas que son nuestros hermanos y hermanas, llamados a construir con nosotros una "ciudad fiable".[19]

[19] Carta. enc. Lumen fidei, 29 junio 2013, 50: AAS 105 (2013), 589.

19. En este Año Santo se han realizado muchos signos concretos de misericordia. Comunidades, familias y personas creyentes han vuelto a descubrir la alegría de compartir y la belleza de la solidaridad. Y aun así, no basta. El mundo sigue generando nuevas formas de pobreza espiritual y material que atentan contra la dignidad de las personas. Por este motivo, la Iglesia debe estar siempre atenta y dispuesta a descubrir nuevas obras de misericordia y realizarlas con generosidad y entusiasmo.

Esforcémonos entonces en concretar la caridad y, al mismo tiempo, en iluminar con inteligencia la práctica de las obras de misericordia. Esta posee un dinamismo inclusivo mediante el cual se extiende en todas las direcciones, sin límites. En este sentido, estamos llamados a darle un rostro nuevo a las obras de misericordia que conocemos de siempre. En efecto, la misericordia se excede; siempre va más allá, es fecunda. Es como la levadura que hace fermentar la masa (cf. Mt 13,33) y como un granito de mostaza que se convierte en un árbol (cf. Lc 13,19).

Pensemos solamente, a modo de ejemplo, en la obra de misericordia corporal de vestir al desnudo (cf. Mt 25,36.38.43.44). Ella nos transporta a los orígenes, al jardín del Edén, cuando Adán y Eva se dieron cuenta de que estaban desnudos y, sintiendo que el Señor se acercaba, les dio vergüenza y se escondieron (cf. Gn 3,7-8). Sabemos que el Señor los castigó; sin embargo, él "hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió" (Gn 3,21). La vergüenza quedó superada y la dignidad fue restablecida.

Miremos fijamente también a Jesús en el Gólgota. El Hijo de Dios está desnudo en la cruz; su túnica ha sido echada a suerte por los soldados y está en sus manos (cf. Jn 19,23-24); él ya no tiene nada. En la cruz se revela de manera extrema la solidaridad de Jesús con todos los que han perdido la dignidad porque no cuentan con lo necesario. Si la Iglesia está llamada a ser la "túnica de Cristo"[20] para revestir a su Señor, del mismo modo ha de empeñarse en ser solidaria con aquellos que han sido despojados, para que recobren la dignidad que les han sido despojada. "Estuve desnudo y me vestisteis" (Mt 25,36) implica, por tanto, no mirar para otro lado ante las nuevas formas de pobreza y marginación que impiden a las personas vivir dignamente.

[20] Cf. Cipriano, La unidad de la Iglesia católica, 7.

No tener trabajo y no recibir un salario justo; no tener una casa o una tierra donde habitar; ser discriminados por la fe, la raza, la condición social...: estas, y muchas otras, son situaciones que atentan contra la dignidad de la persona, frente a las cuales la acción misericordiosa de los cristianos responde ante todo con la vigilancia y la solidaridad. Cuántas son las situaciones en las que podemos restituir la dignidad a las personas para que tengan una vida más humana. Pensemos solamente en los niños y niñas que sufren violencias de todo tipo, violencias que les roban la alegría de la vida. Sus rostros tristes y desorientados están impresos en mi mente; piden que les ayudemos a liberarse de las esclavitudes del mundo contemporáneo. Estos niños son los jóvenes del mañana; ¿cómo los estamos preparando para vivir con dignidad y responsabilidad? ¿Con qué esperanza pueden afrontar su presente y su futuro?

El carácter social de la misericordia obliga a no quedarse inmóviles y a desterrar la indiferencia y la hipocresía, de modo que los planes y proyectos no queden sólo en letra muerta. Que el Espíritu Santo nos ayude a estar siempre dispuestos a contribuir de manera concreta y desinteresada, para que la justicia y una vida digna no sean sólo palabras bonitas, sino que constituyan el compromiso concreto de todo el que quiere testimoniar la presencia del reino de Dios.

20. Estamos llamados a hacer que crezca una cultura de la misericordia, basada en el redescubrimiento del encuentro con los demás: una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos. Las obras de misericordia son "artesanales": ninguna de ellas es igual a otra; nuestras manos las pueden modelar de mil modos, y aunque sea único el Dios que las inspira y única la "materia" de la que están hechas, es decir la misericordia misma, cada una adquiere una forma diversa.

Las obras de misericordia tocan todos los aspectos de la vida de una persona. Podemos llevar a cabo una verdadera revolución cultural a partir de la simplicidad de esos gestos que saben tocar el cuerpo y el espíritu, es decir la vida de las personas. Es una tarea que la comunidad cristiana puede hacer suya, consciente de que la Palabra del Señor la llama siempre a salir de la indiferencia y del individualismo, en el que se corre el riesgo de caer para llevar una existencia cómoda y sin problemas. "A los pobres los tenéis siempre con vosotros" (Jn 12,8), dice Jesús a sus discípulos. No hay excusas que puedan justificar una falta de compromiso cuando sabemos que él se ha identificado con cada uno de ellos.

La cultura de la misericordia se va plasmando con la oración asidua, con la dócil apertura a la acción del Espíritu Santo, la familiaridad con la vida de los santos y la cercanía concreta a los pobres. Es una invitación apremiante a tener claro dónde tenemos que comprometernos necesariamente. La tentación de quedarse en la "teoría sobre la misericordia" se supera en la medida que esta se convierte en vida cotidiana de participación y colaboración. Por otra parte, no deberíamos olvidar las palabras con las que el apóstol Pablo, narrando su encuentro con Pedro, Santiago y Juan, después de su conversión, se refiere a un aspecto esencial de su misión y de toda la vida cristiana: "Nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, lo cual he procurado cumplir" (Ga 2,10). No podemos olvidarnos de los pobres: es una invitación hoy más que nunca actual, que se impone en razón de su evidencia evangélica.

21. Que la experiencia del Jubileo grabe en nosotros las palabras del apóstol Pedro: "Los que antes erais no compadecidos, ahora sois objeto de compasión" (1 P 2,10). No guardemos sólo para nosotros cuanto hemos recibido; sepamos compartirlo con los hermanos que sufren, para que sean sostenidos por la fuerza de la misericordia del Padre. Que nuestras comunidades se abran hasta llegar a todos los que viven en su territorio, para que llegue a todos, a través del testimonio de los creyentes, la caricia de Dios.

Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios, que guía nuestros pasos con el poder de la gracia que el Espíritu infunde en el corazón para plasmarlo y hacerlo capaz de amar. Es el tiempo de la misericordia para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. Es el tiempo de la misericordia, para que los débiles e indefensos, los que están lejos y solos sientan la presencia de hermanos y hermanas que los sostienen en sus necesidades. Es el tiempo de la misericordia, para que los pobres sientan la mirada de respeto y atención de aquellos que, venciendo la indiferencia, han descubierto lo que es fundamental en la vida. Es el tiempo de la misericordia, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del Padre que acoge y abraza siempre.

A la luz del "Jubileo de las personas socialmente excluidas", mientras en todas las catedrales y santuarios del mundo se cerraban las Puertas de la Misericordia, intuí que, como otro signo concreto de este Año Santo extraordinario, se debe celebrar en toda la Iglesia, en el XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, la Jornada mundial de los pobres. Será la preparación más adecuada para vivir la solemnidad

de Jesucristo, Rey del Universo, el cual se ha identificado con los pequeños y los pobres, y nos juzgará a partir de las obras de misericordia (cf. Mt 25,31-46). Será una Jornada que ayudará a las comunidades y a cada bautizado a reflexionar cómo la pobreza está en el corazón del Evangelio y sobre el hecho que, mientras Lázaro esté echado a la puerta de nuestra casa (cf. Lc 16,19-21), no podrá haber justicia ni paz social. Esta Jornada constituirá también una genuina forma de nueva evangelización (cf. Mt 11,5), con la que se renueve el rostro de la Iglesia en su acción perenne de conversión pastoral, para ser testimonio de la misericordia.

22. Que los ojos misericordiosos de la Santa Madre de Dios estén siempre vueltos hacia nosotros. Ella es la primera en abrir camino y nos acompaña cuando damos testimonio del amor. La Madre de Misericordia acoge a todos bajo la protección de su manto, tal y como el arte la ha representado a menudo. Confiemos en su ayuda materna y sigamos su constante indicación de volver los ojos a Jesús, rostro radiante de la misericordia de Dios.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 20 de noviembre, Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, del Año del Señor 2016, cuarto de pontificado.

FRANCISCO

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.